



Rosalía de Castro

Follas novas



E LEJANDRIA

Libro descargado en www.elelandria.com, tu sitio web de obras
de dominio público
¡Esperamos que lo disfrutéis!

ÍNDICE

- [Rosalía de Castro](#)
 - [\[Dedicatoria\]](#)
 - [Prólogo](#)
 - [Dúas palabras da autora](#)
 - [= I =](#)
 - [= I =](#)
 - [= II =](#)
 - [= III =](#)
 - [= IV =](#)
 - [= V =](#)
 - [= VI =](#)
 - [= VII =](#)
 - [= VIII =](#)
 - [= IX =](#)
 - [= X =](#)
 - [= XI =](#)
 - [= XII =](#)
 - [= XIII =](#)
 - [= XIV =](#)
 - [= XV =](#)
 - [= XVI =](#)
 - [= XVII =](#)
 - [= XVIII =](#)
 - [= XIX =](#)
 - [= XX =](#)
 - [= II =](#)
 - [¡Adios!](#)
 - [\[Grilos e ralos, rans albariñas\]](#)
 - [\[Cal as nubes no espazo sin límites\]](#)

- [Rico ou probe, algún día]
- Na catredal
- [Corré, seren as ondas cristaíñas]
- [Cada noite eu chorando pensaba...]
- Ti onte, mañán eu
- [Deixa que nesa copa en donde bebes]
- Bos amores
- Amores cativos
- [Abride, as frescas rosas]
- De balde...
- ¿Quen non xime?
- [Ladraban contra min, que camiñaba]
- [Por que, miña almiña]
- O toque da alba
- [¡Mar!, cas túas auguas sin fondo]
- [Cava lixeiro, cava]
- [Cando penso que te fuches]
- Aventura é traidora
- [Lévame a aquela fonte cristaíña]
- O pazo de A***
- [No ceo, azul crarísimo]
- A xusticia pola man
- [Dios puxo un velo enriba]
- [¡Tas-tis!, ¡Tas-tis!, na silenciosa noite]
- Amigos vellos
- [Maio longo... Maio longo]
- Lúa descolorida
- [Que pracidamente brillan]
- Estranxeira na súa patria
- [¡Padrón!... ¡Padrón!]
 - I
 - II
 - III
- Pasade
- [Por que, Dios piadoso]
- ¡Soia!

○ III

- Non hai peor meiga que unha gran pena
 - I
 - II
- Vamos bebendo
- [Un verdadeiro amor é grande e santo]
- [Non cantes, non chores, non rías, non fales]
- ¡Adiante!
- ¡Nin ás escuras...!
 - I
 - II
- [Xigantescos olmos, mirtos]
- Cada cousa no seu tempo
- [Cabe das froles a nena]
- Pelouro que roda
- A disgracia
- ¡E ben! Cando comprido
- Sin niño
- Eu por vós, e vós por outro
- [¡Valor!, que anque eres como branda cera]
- Dulce sono
- [Espantada, o abismo vexo]
- [Para a vida, para a morte]
- Na tomba do xeneral inglés sir John Moore morto na batalla de Elviña (Coruña) o 16 de xaneiro de 1809
- I
- II
- Sin terra
- [Para uns, negro]
 - I
 - II
 - III
- Tristes recordos
- [Meses do inverno fríos]
- I
- II
- III
- IV

- ¿Que tén?
- [Ti, a feiticeira e branca como as neves]
- Ruinas
- [Chirrar dos carros da Ponte]
- A bandolinata
- [Brancas virxes de cándidos rostros]
- Vanidade
- [Para á vida e para á morte]
- [Aprisa, Alvaro de Anido]
- [Decides que o matrimonio]
- [Agora cabelos negros]
- [Premita Dios que te vexas]
- [Tengo un mal que non tén cura]
- [Sarna con gusto, non pica]
- [É verdade que un pode]
- [Fas uns versos... ¡ai, que versos!]
- [Tembra un neno no húmedo pórtico]
- — IV —
 - ¡Calade!
 - [Miña casiña, meu lar]
 - Soberba
 - ¡Aprobiña, que está xorda!...
 - Xan
 - O encanto da pedra chan
 - [Tanto e tanto nos odiamos]
 - En cornes
 - I
 - II
 - III
 - San Lourenzo
 - I
 - II
- V
 - ¡Pra a Habana!
 - I
 - II
 - III

- IV
- V
- ¡Olvidémo—los mortos!
 - I
 - II
 - III
 - IV
 - V
- ¡Terra a nosa!
 - I
 - II
 - III
 - IV
 - V
 - VI
 - VII
 - VIII
- [Tecín soia a miña tea]
- [Os mananciales sécanse]
- Dor alleo n'e meu dor
- [Como venden a carne no mercado]
- [Foi a Pascoa enxoita]
- [Non coidarei xa os rosales]
- [Eu levo unha pena]
- [Meus pensamentos, ¡cal voás tolos!...]
- Vivir para ver
- N'è de morte
- [¡Quérome ire, quérome ire!]
- [O meu olido máis puro]
- [Médico, doille a cabeza...]
- [Anque me des viño do Ribeiro de Avia]
- [Dende aquí vexo un camiño]
- No craustro
- [¡Como lle doi a ialma!]
- [Ó sol fun quentarme]
- [Sempre pola morte esperas]
- ¿Que lle digo?

- [\[Teño un niño de tolos pensamentos\]](#)
 - [\[Basta unha morte\]](#)
 - [\[As torres de oeste\]](#)
 - [\[¿Por que?\]](#)
 - [\[De soidás morríase\]](#)
 - [\[Pois consólate, Rosa\]](#)
 - [\[Ca pena ó lombo\]](#)
 - [\[Tan soio\]](#)
-

Rosalía de Castro

Follas novas

(1880)

[Dedicatoria]

**OS SEÑORES DA XUNTA DIRECTIVA
E MAIS INDIVIDUOS QUE COMPOÑEN A
SOCIEDADE DE BENEFICENCIA D'OS NATURALES DE GALICIA
N'HABANA**

Un sentimento de gratitude faime oxe dedicarlles este meu libro. O dia en qu'os fillos de Galicia levaban á cabo n'Habana un d'os seus mais groriosos feitos (permitaseme chamarlle asi, porque tal o creio); o dia en qu'entr'o aplauso de todos, fundouse en tan lexana rexion á Sociedade de beneficencia d'os naturais de Galicia, houbo quen quixo santifical'ô seu modo volvendo pr'á sua patria os ollos y o corazon, unindo n'aquela obra de patriotismo ó recordo d'un libro que foi tamen ó esaltado fruto d'amor ô noso país.

O xuntar ôs nomes d'os fundadores d'a Sociedade, o d'autora d'os Cantares Gallegos (cousa que lles agradecin por que me via asi unida á obra de caridade mais grata ô meu corazon) xa sey que non foy mais que como un-ha espresion d'amor pr'á patria ausente, qu'eu cantara xa que non en bós versos, ô menos en versos afertunados. Séino ben; mais non por eso deixo de ter n'o que val aquel recordo, e de crêrme obrigada á dar á esa Sociedade un-ha pubrica moestra d'o meu agradecemento, xa que púbrica foy tamen á proba d'estimacion que á su vez me deron n'aquel dia os meus paisanos n'Habana.

Reciban pois á dedicatoria d'este meu novo libro: trata d'as cousas d'a terra, e vay escrita n'a nosa lengoa. Recíbana, non pó-lo que val, sinon pó-lo que significa.

ROSALÍA CASTRO DE MURGUIA

Socia honoraria da Sociedade de beneficencia

d'os naturais de Galicia n' Habana

Santiago 23 Febreiro 1880

Prólogo

Nada me complace tanto en la vida como recorrer las regiones que componen el territorio de nuestra España y contemplar los monumentos que despiertan la memoria de nuestros padres. Los tiempos pasados se avivan y resucitan en el escenario donde sus tragedias sucedieron. El alma de los muertos vuelve, a los conjuros y evocaciones del recuerdo, como para buscar el origen de venturas o desventuras trascendentes a su nombre en el mundo y a su reposo en la eternidad. Enseña más sobre el destino de Roma un paseo por la Vía Apia, bordada de sepulcros, que un estudio de los libros de Tito Livio y de Tácito. Cuentan más historia de España las piedras mudas de la catedral de Toledo, que las páginas grandilocuentes de Mariana y de Mendoza. Los campos de Montiel llevan aún la maldición del fratricidio de los Trastamaras; las ruinas de Poblet, cubiertas de ortigas, guardan aún las sombras augustas de los reyes de Aragón; las alturas del puerto de Muradiel revelan a

los ojos más vulgares las glorias a ellas unidas como la luz a los soles; el pico de Montserrat refleja las retinas de los navegantes catalanes del Mediterráneo, que lo saludaban arrobados en sus fabulosas expediciones al Oriente de Europa; las rejas de Granada parecen el poema de la guerra santa y de la reconquista nacional, y apenas hay un rincón de la Península donde los espectáculos de la naturaleza no estén realzados por las grandiosas escenas de la historia.

En mi calidad de historiador he contemplado mil veces los escenarios principales de los hechos históricos, y no he visto, sin embargo, aquellos donde nuestras crónicas modernas comienzan, y la fuente de nuestra vida nacional brota, y el poema de la reconquista se inicia, y el habla española balbucea sus primeras palabras, y el grito de Dios y libertad resuena, y la capilla de Covadonga señala como la letra inicial de nuestras victorias, y el astur y el galaico hacen retroceder al árabe abortado por los desiertos hacia el Mediodía y al normando abortado por los mares hacia el Norte; y por doquier, así en los primitivos dialectos de incomparable dulzura como en las iglesias románicas de indecible severidad, se sienten aún los vagidos de nuestro espíritu y se tocan las tablas de nuestra cuna; ¡ah! no he visto, decía, ni Asturias ni Galicia.

¡Y cuántas veces heme fingido estas tierras en mi imaginación y he tratado de resucitarlas y de describirlas tales como las veía interiormente! Sobre todo, esa extraña y desconocida Galicia me llamaba con sus innumerables atractivos y aparecía verde y húmeda, ceñida de espumas oceánicas, tapizada de inacabables prados, llena de colinas en cuyas alturas sombrea el bosque y a cuyos pies brilla la floresta, esmaltada por sus rías y por sus puertos semejantes a tranquilos lagos, cubierta de castaños y de naranjales, con sus mares verdes y sus horizontes recamados de arreboladas neblinas, como una especie de Escocia meridional española, muy apropiada, cual la Escocia británica del Norte, a la poesía, y al cántico, y al sentimiento de la naturaleza.

¡Y será de ver aquella catedral, a la que volvían sus ojos los moribundos en toda la Edad Media, e iban, hasta del seno de la Bulgaria y de Rusia, los peregrinos en gran muchedumbre a ganar

el perdón de sus culpas con poner los labios en las losas de su pavimento! ¡Y el alma se quedará estática en su puerta de la Gloria pintada de tantos colores y entre cuyos dorados, semejantes a los resplandores de immaculado éter, revolotean las innumerables figuras como místicas mariposas venidas de las flores del cielo, y surgen las estatuillas como mensajeras encargadas de elevar a las alturas celestiales las constantes aspiraciones que a lo infinito siente en su eternal carrera nuestro pobre y oscuro planeta! ¡Cómo caerán las sombras por aquellas recatadas capillas, antiguo albergue de las peregrinaciones y término santo de largo y proceloso viaje! ¡Cómo resonará por aquellas bóvedas el grito que los guerreros han proferido en Clavijo, en Calatañazor, en las Navas, en Tarifa; el grito que invocaba al Apóstol y lo traía al frente de nuestros ejércitos en su blanca cabalgadura apocalíptica! Jerusalén, Roma, Compostela, eran por aquellos tiempos de fe como las tres gradas espirituales por donde la pobre humanidad podía subir hasta ver frente a las tres personas de la Trinidad Santísima.

Y después de haberse confortado el ánimo con estos santos recuerdos, ¡cómo se comunicará con la naturaleza! Ya sé por experiencia que no puede pedírsele al Norte el color de nuestras tierras meridionales y la línea inflamada que rodea como de una aureola esplendente las aristas de la Giralda y las estrías del Parthenon. Ya sé que nuestro paganismo clásico, nuestra forma plástica, nuestro relieve escultórico, los secos torrentes en que la adelfa se corona de rosadas flores y la palma se cimbea al sople abrasador del simoun, jamás se encuentran en los campos eternamente verdes que el océano riega con sus evaporaciones continuas y con sus lluvias benéficas, y que la niebla envuelve en sus velos de gasa. Pero será de ver el campo tranquilo, como los idilios de Teócrito; el prado a la continua reverdecido por una primavera perpetua; los bosques de frutales, cargados con las brillantadas frutas; las colinas, donde en libertad crecen toda clase de arbustos; entre los altos robles y castaños el antiguo campanario de la aldea; por los hondos valles la cabaña con su establo y el establo con sus vacas a la puerta; serpenteando en varias direcciones la ría serena y transparente, llena de barcas ligeras que contrastan con las pesadas carretas, y trabajando sin descanso los

campesinos de ambos sexos, seguidos de sus innumerables chicuelos que entonan a una en coro esas sonatas y cantares, cuyos aires se han elevado en las composiciones de los primeros maestros europeos, lo mismo en la sinfonía pastoral de Beethoven que en la tierna *Sonámbula* de Bellini, a expresión clásica de la felicidad campestre. Galicia tiene pintores, que excuso nombrar, capaces de darnos idea tan clara de su tierra como los pintores malagueños nos la han dado de una merienda en la Caleta o los pintores sevillanos de un baile en Triana.

Inútil buscar en las composiciones gallegas una sombra como de azabache junto a una pared cuya cal semeja al alabastro; la luz llega, cernida por tantos vapores como hay en el aire y amortiguada por tanta vegetación como hay en el suelo, dulce, a guisa de caricia gallega, sin rebotes hiperbólicos, sin reverberaciones metálicas a los ojos, que pueden recibirla y gozarla en una placidez inefable. Bajo los seculares árboles de ramas bastantes a cubrir una plaza; en cercados floridos y olientes a madreSelva; sobre alfombra natural, y, aunque natural, mullida y blanda, el gallego, cubierto con su montera y ataviado con sus calzones y su chaqueta de paño oscuro que chapillas de plata abotonan y adornan, baila en compañía de la hermosísima gallega, en cuya cabeza flamea el pañuelo de colores realzado sobre el primoroso dengue y el oscuro zagalejo de estameña, y en cuyo cuello relucen sobre la blanca camisa los varios collares; y así, trenzan, al son de su gaita, una de esas danzas iguales a su música, por tristes, por amantes y por voluptuosas.

Lo cierto es que esta tierra, falta de calor, inspira a sus hijos una pasión tan encendida que raya en fanatismo. Ni el catalán, que se cree ciudadano de perfecta nacionalidad; ni el andaluz, que habita la región más privilegiada y más poética de España; ni el valenciano, bienhadado en sus asiáticos jardines; ni el vigoroso aragonés aman a su patria como la ama el gallego. La sombra de sus árboles, el dejo de su agua natal, los mendrugos de su pan de maíz y de centeno, las maderas de su establo, el olor de sus vacas, el espacio de su Municipio, el tañido de la campana que toca la oración al anochecer, la melodía de su zampoña, el cantar de su alborada en tales términos se imponen a sus sentidos, a sus sentimientos, a su

conciencia, a toda su alma, a todo su ser, que al arrancarle de allí le desarraigan, como si fuera un árbol, y dobla el cuello, y pierde la gana, y apaga la mirada, y desmaya de fuerzas, y decae de color, y olvida el habla, y siente una tristeza tal en todos sus afectos y un dolor tan agudo en todo su cuerpo, que concluye el infeliz por la muerte. Hay razas de tal suerte unidas con su tierra, que al separarlas separáis los dos términos de una entidad, el alma y el cuerpo, y concluís con su existencia. La mayor parte de aquellos suicidios de pueblos, como los de Numancia y de Sagunto, que tanto nos maravillan, se explican por el apego al suelo natal, fuera de cuyo aire no pueden respirar ni vivir. Existen razas nómadas como las razas invasoras del Norte, llamadas por una vocación interior al movimiento, desasidas del suelo, juntas con su caballo y con su carro que las transportan de uno a otro territorio, las cuales se engendran en una región, nacen en otra, viven de continuo viaje, mueren sin saber el pueblo donde han nacido, y cambiando de creencias cual cambian de patria, tienen la vocación de las emigraciones y de las conquistas, por cuyo terrible poder suelen renovarse las sociedades humanas, de igual suerte que se renuevan los aires por las tempestades y por las inundaciones los campos. Pero en cambio hay otras razas a quienes jamás separaríais del territorio donde nacen y que se pegan a él como la carne al hueso. Éstas son las razas que padecen el mal del país, llamado en griego nostalgia, mal horrible que termina casi siempre por la muerte. Y parece que la fatalidad lo quiere. El gallego se ve obligado, por la densidad de la población y por la tristeza del suelo, a las emigraciones constantes. Imaginaos cuál será su pena cuando trasponga la línea del horizonte sensible y deje tras sí el campanario de la iglesia parroquial en cuyo regazo ha crecido su alma; el cementerio donde yacen sus mayores, con cuyos huesos se mezclan las raíces de la vida; los hogares que han cobijado los afectos y las pasiones, a cuyo impulso se ha reunido la sangre y ha amasado la carne del corazón. En ningún punto del mundo donde vaya volverá a ver la zagaleja que, con la mano puesta al oído, la cabeza movida a un lado y otro, los ojos fuera casi de las órbitas cual si buscara y no encontrara el ser amado, entona la triste canción correspondiente a la serenata andaluza, canción parecida,

en su larga y triste cadencia, bien a un arrullo de amor, o bien a un suspiro de muerte. Y se comprende, se comprende perfectamente que al abandonar todos estos lugares, indisolublemente unidos a todas sus pasiones, desfallezca y muera. Y esta tristeza del alma se refleja en su poesía, que es verdaderamente una poesía melancólica del corazón.

Así tiene los caracteres de la poesía del Norte, la vaguedad y la profundidad. La naturaleza se refleja en la conciencia de sus bardos como se reflejan los objetos en los poemas osiánicos. La estrella que luce entre las primeras sombras de la tarde; el vapor que asciende del oleaje de los mares a formar las nubes; los vientos huracanados que se estrellan al pie de la roca vestida de pinares; las hierbas de las colinas que ondean y se pliegan al beso de los céfiros; el torrente que se despeña espumoso entre los riscos; la luna coronada de nieblas, que dan mayor palidez y mayor misterio a su faz; la caverna llena de aves nocturnas, cuyos gritos se confunden con el toque de las ánimas, dan a la poesía gallega mucho del sabor que tienen los cánticos de aquellos pueblos obligados por su latitud y por su clima a encerrarse dentro de sí mismos, y relacionar los fenómenos del universo con los afectos y las ideas del alma.

Su lengua, sin embargo, por la riqueza de combinaciones vocales, por la dulzura de las consonancias, por la copia de rimas, por la variedad de metrificacón, por la onomatopeya de sus palabras, relaciónase con todas las lenguas meridionales, pues al oírla diríais que estáis oyendo el italiano, el provenzal, el lemosín, cualquiera de las lenguas habladas a orillas del Mediterráneo y compuestas por las relaciones y el comercio de aquellos pueblos, que sobre un fondo heleno—latino ostentan esmaltes y relieves por el movimiento natural de la sociedad sobrepuestos y realizados. A estas calidades reúne un candor, una sencillez, un sabor arcaico que muestran cómo se ha cultivado principalmente en la Edad Media, y luego, cuando la oración se formó en el siglo generador de los grandes Estados ha tenido que ceder la palma a la gran lengua del centro, a la lengua castellana. Galicia, menos abierta naturalmente a las irrupciones de extranjeros pueblos que el Mediodía de España; menos helena y menos árabe, pues ni una ni otra raza han ejercido

en las orillas del Atlántico el poder que en las orillas del Mediterráneo; romana, muy romana durante el Imperio, y después de la irrupción germánica, esencialmente sueva, tiene una complexión más determinada y una tradición más seguida que el resto de las provincias españolas. Su habla, pues, debe ser el latín romanceado por los suevos, como el habla castellana el latín romanceado por los habitantes del centro. Sea de esto lo que quiera, existe una hermosa literatura en Galicia. El mayor de nuestros escritores y de nuestros sabios en la Edad Media, el Rey D. Alfonso X, escogió el gallego para cantar loores a la Virgen madre, y el gallego ha inmortalizado los amores y los duelos del popular Macías. Y si examináis el conjunto de esa literatura, encontraréis que tienen sus poetas algo de la escuela de Suabia, tan encarecida y alabada en Alemania por la fluidez de sus rimas, unida a la profundidad del sentimiento y de la idea.

Si la literatura gallega no tuviese ningún otro libro más que las *Follas Novas* de Rosalía Castro, bastábale para su lucimiento y para su gloria. Puesto que la poesía es, como todo arte, la idea sentida con profundidad y expresada con hermosura, digo que no conozco quien sienta más y exprese mejor. La ternura se mezcla con la tristeza, la luz con el misterio, la inspiración y el estro con la verdad, formando un conjunto de tal suerte nuevo y original y suyo, que no se cansa de admirarlo el entendimiento, fatigado por lo convencional y arbitrario de artificiosas escuelas que se empeñan en resucitar lo pasado, muerto para siempre, o ya en repetir pasiva y fotográficamente la impura realidad. Rosalía siente y sabe expresar lo sentido. Su alma no liba la poesía en lo grande, en lo inmenso, en lo infinito; como la violeta, gusta de las sombras y exhala su aroma con tal humildad que excusa como grave falta el propio mérito. Pocas veces he visto expresar como en la composición titulada *Vaguedás* esas visitas de las inspiraciones varias, nubes sin formas evaporadas del corazón a la mente, y que suelen unas veces arrebolarse en las tintas de la idea, y otras veces enrojecerse en el relámpago de la pasión. Así pregunta por qué escribe y no sabe cómo responder a esta pregunta. Pues en tal ignorancia se encuentra el secreto de la verdadera vocación poética. Quien canta sin voluntad, obedeciendo a movimientos del ser como obedece el

arpa a la mano que la tañe, y expresando ideas instintivas presentadas de súbito a la mente, más por sobrenaturales revelaciones que por la interior reflexión; quien hace eso ha recibido del cielo el don de la poesía para traerlo y depositarlo entre los abrojos de la tierra.

Teniendo este don, no podía menos de tener con él profunda melancolía. Redentores y no llevar corona de espinas; profetas y no sentir las epilepsias de la admiración; sabios y no consumirse en el calor de la retorta donde surgen nuevos elementos; héroes y no desposarse con la muerte; poetas y no padecer con todos los que padecen, y no llorar con todos los que lloran, y no sentir la nostalgia de cielos misteriosos, ¡ah!, es completamente imposible. Rosalía está triste, y la tristeza rodea de aureola mística sus sienes, y la tristeza se plañe en todos los acordes de su lira. Así no podéis menos de llorar cuando se despide de sus prados, del claustro donde tantas veces ha gemido; de los montes negros, plateados por la alborada que brilla en el Sar y en el Sarela; de las pardas torres metropolitanas destacándose en las inciertas lontananzas; y al decirles adiós, considera que esto permanecerá perenne, inmóvil, perdurable, mientras los que se creen inmortales superiores a todos los mencionados objetos, eternos como las almas, cada día darán hacia la muerte un paso y dejarán en las tortuosidades del camino alguna ilusión o alguna esperanza. Conozco pocas emociones más magistralmente dichas que la despertada en su corazón por el interior de la catedral de Santiago. Se oye rezar a los viejos y a las viejas los padrenuestros; se ven los rayos últimos del sol en su ocaso penetrando por las vidrieras de colores y descomponiéndose en las brillantes sartas de las arañas; se siente el terror que la sobrecoge cuando al plañido de los campanarios ve las almas en pena pintadas por los altares, y las cabezas de los santos moviéndose como para contarse algún misterio unas a otras; se pregunta, por fin, al poder de la evocación, si aquellos rostros de las estatuas tienen alma, y los labios de piedra palabras, y los Arzobispos y los Obispos, tendidos sobre las losas, fuerza para levantarse de sus lechos fríos como el mármol y pedir perdón a los crucifijos, iluminados por las dudosas lámparas, y la Soledad lágrimas para llorar los dolores de su divino Hijo y la eternidad de

nuestros pecados. No acierto a expresar cuánto me conmueven los pensamientos poéticos por Rosalía consagrados al cementerio, a la ermita, al enterramiento, a la mezcla de la religión con la muerte.

Creeríais sus ideas florecillas

brotadas en los sepulcros. Caen sobre el alma con la lánguida tristeza de las ramas del sauce y huelen a ciprés. Hace bien la poetisa cantando esos abismos insondables donde concluye el frenesí de nuestra vida y para el movimiento vertiginoso de nuestra desatentada carrera. Yo nunca he visto sin conmoverme una iglesia en los valles de mi tierra. Una iglesia, único ideal del pobre pueblo, a quien el arte se aparece bajo la forma religiosa; nave mística, poblada de santos que interceden por nosotros y circuida de muertos que esperan su resurrección; faro luminoso, encendido sobre los escollos del mundo y que proyecta su luz en las profundidades del alma, luz solitaria, la cual se nos aparece como estrella misteriosa en el día de los tormentos; arca que flota en el diluvio de nuestras lágrimas; punto de intersección entre los caminos de la tierra y los caminos de la eternidad; influencia de toda aspiración ascendente a lo infinito y de toda inspiración descendente de lo infinito; una iglesia conmueve siempre por las lágrimas que se han evaporado en sus aires aguardando consuelo y por los cadáveres que han caído sobre su pavimento, aguardando perdón, por las oraciones que aletean bajo sus bóvedas y los ex—votos que penden de sus paredes, por las lenguas de fuego que manda el espíritu divino a todo lo continente, y las nubes de incienso que manda el espíritu humano a todo lo absoluto; por el esfuerzo que sus arcos, sus aras, sus altares, sus cúpulas representan para romper el misterio divino que envuelve la inmensidad de los espacios y que agita y hace estremecer desde el fondo de nuestro corazón hasta la cima de nuestra inteligencia.

No conozco en las diversas lenguas literarias de la Península composición alguna más tierna y más sentida que la titulada: *¡Padrón! ¡Padrón!* Dentro de poco, así que el libro se divulgue, alcanzará renombre tan ruidoso como la inmortal composición de Bécquer: ¡Dios mío, qué solos se quedan los muertos! Delante de un cementerio, lo primero que se le ocurre es la idea de todo cuanto acaba en nosotros al pasar de la juventud a la madurez en la

existencia: las risas sin fin, los bailes sin término, los cantares dulces, los coloquios amorosos, las noches serenas, la guitarra melancólica, los acordes de la serenata, cuanto ha pasado en la vida. Sigue a esta triste reflexión sobre todo lo que llevamos muerto en nosotros mismos, una pintura del cementerio de Adina, tal como se aprecia a sus ojos en la niñez, con sus olivos viejos y oscuros; con sus clérigos que toman el sol en las tapias como los viejos cipreses, y los niños que juegan entre las tumbas como las mariposas entre las flores; con las piedras tumularias que resaltan entre los montones oscuros de la tierra removida; con el blanco osario, que a lo mejor, en la callada noche, despide la fósforica luz de sus fuegos fatuos; con las hierbas verdes, las malvas, las cicutas, las ortigas, que crecen alimentadas por los muertos y exhalan desde la superficie de sus sepulturas, mezcladas sus raíces con los huesos, el oxígeno de la vida. Naturalmente, la emoción que el cementerio despierta en el alma de una niña es emoción de alegría. Y en esta alegría se encuentra lo filosófico y lo profundo del pensamiento, alcanzado por la intuición soberana del poeta. En la edad en que no hemos visto los muertos, no creemos en la muerte. Pues qué, ¿no jugamos a la puerta del cementerio como a la puerta de la escuela? ¿Habéis visto algún contraste mayor y más terrible que los divertimientos, y las risas, y los gritos de los huérfanos de dos o tres años mientras los clérigos salmodian, a la puerta de la casa en duelo y ante un ataúd lleno, los cánticos de la eternidad? La niña ve en el cementerio de Adina la hierba sobre las sepulturas, las flores sobre las hierbas, las mariposas sobre las flores, los pájaros sobre las mariposas, el cielo sobre los pájaros, la vida que rebosa en el templo de la muerte. Pero se ha ido lejos de allí, se ha separado por mucho tiempo, y al cabo ha vuelto la infeliz. Pregunta por todos los que ha amado, y nadie le responde. El tiempo se los ha ido llevando poco a poco en sus giros, y ha despoblado de los seres predilectos a Padrón y ha poblado con sus despojos el cementerio. Así corre a él, y mira por la cerradura, y en vez de ver y oír lo que veía y oía de niña, ve la tierra removida sobre la cual vagan las almas y oye la campana plañidera que llora por los muertos.

Consolémonos. Nada en la realidad tan repugnante ni nada en el ideal tan hermoso como la muerte. El cadáver a los ojos del cuerpo está lleno de gusanos, y a los ojos del alma circuido de ángeles. Hiede cuando nos acercamos a él con nuestro cuerpo, y embalsama el aire cuando nos acercamos con nuestra alma. ¡Qué sería de nosotros si no muriéramos nunca! Estas dudas que taladran las sienes, y estos desengaños que desgarran el corazón; el amor sin esperanza, la ilusión sin realidad, la separación de los seres queridos, la pena de la ausencia, todos estos dolores habrían de ser eternos. Sólo allende la tumba el ideal será verdad, la ilusión certidumbre, la poesía pensamiento, el pensamiento vida, la vida eternidad, la eternidad amores sin celos, satisfacciones sin desencantos, creencias sin sombras, espíritus sin cuerpos, arte sin formas, felicidad sin zozobras, la plenitud del ser, el día imperecedero de la justicia, la visión perfecta del Eterno. ¡Dios mío, que no vengan dos veces los cálices ya apurados; que no se aparten de nosotros jamás los seres tan queridos; que no suceda al ideal soñado con tanto amor el parto abortivo de la grosera realidad; que el cierzo de un nuevo desengaño no hiele, no, la última florescencia de ilusiones y la última cosecha de esperanzas; y como todo esto sea imposible en el mundo, mátanos pronto en tu divina misericordia para que pronto nuestros mismos calumniadores nos hagan justicia y nos durmamos para siempre creyéndonos bendecidos y amados, y aguardando muchas lágrimas sobre nuestras cenizas.

Una de las cualidades más sobresalientes en Rosalía Castro es la cualidad poética por excelencia, la vista intuitiva de la relación misteriosa que existe entre el mundo interior y el mundo exterior, entre el universo que compone la humanidad y el universo que compone la naturaleza. La esfera del horizonte y la esfera del cerebro, la luz de los ojos y la luz de los astros, las lluvias y las lágrimas, las tormentas y los dolores, la electricidad que culebrea por las nubes, y las simpatías que despedimos de nuestro ser, forman, como los asonantes un romance, como los consonantes una oda, como los tonos graves y agudos una sinfonía. La luna llena, mirando al océano, lo aviva en mareas; la mujer hermosa mirando nuestros ojos los enciende en fuego, que a su vez aviva y

enciende el deseo. Las corrientes magnéticas, en cuya virtud se pliegan las hojas de la sensitiva, tienen algo de esa otra corriente en cuya virtud se agitan unos nervios como las cuerdas de un arpa. Hay entre la palabra y la idea, entre la forma y el fondo, entre el alma y el cuerpo la misma relación que entre la electricidad y el magnetismo, que entre la luz y el calor. La serpiente fascina al pajarillo como la meditación al místico. En el yermo encontráis muchas almas y muchas alondras estáticas. El entusiasmo de los corazones contribuye al movimiento de los cuerpos como el esfuerzo de los músculos. El bacante caería rendido en su carrera si no creyese que un Dios lo impulsa, y la pitonisa muerta en su trípode si no creyese que un Dios habla por su boca. Los seres humanos se sostienen unos pendientes de otros en la sociedad como los mundos sidereos se sostienen unos a otros en la atracción universal. La mirada del tigre os da terror como la mirada de vuestro mayor enemigo, y la mirada del cordero compasión como la mirada de un niño. Existe una relación misteriosa entre los matices del prisma y las notas del músico. Pitágoras explicaba más a sus discípulos con la vista que con la palabra. Alejandro, que sólo tenía cincuenta mil hombres en Arbelas, mientras Darío tenía un millón, no quiso pelear en las tinieblas como le aconsejaba Parmemón, porque creía más en los prodigios de sus ojos que en los prodigios de su táctica. Magnetismo, electricidad, amor, voluntad, calor, pasión, luz, idea, todas estas virtudes varias se confunden, perteneciendo unas a la esfera espiritual y otras a la esfera material, como unas fuerzas se confunden con otras fuerzas en la inmensidad del universo. Pues pocos pensadores y pocos poetas expresan mejor estas relaciones que Rosalía Castro en sus bellísimos versos. Si hubiéramos de calificarla con una sola palabra, calificaríamosla de poeta lírico por excelencia. Cuando se eleva en alas de robusto estilo a la poesía impersonal, objetiva, rayana con la epopeya, carece de la originalidad que la distingue en tanto grado cuando canta sus propias emociones; y si presenta el mundo externo, lo presenta en relación con su alma, celeste, luminosa, transparente, y en cuya superficie el menor soplo de las auras levanta rizos y ondulaciones, el menor reflejo de la luz extiende esmaltes, y matices el menor objeto de las orillas; el árbol frondoso y la hierba humilde,

la colina que permanece inmóvil en los bordes y el ave que pasa por los horizontes, encuentran espejos y dejan de sí copias y retratos. Y siendo poeta lírico por excelencia, es por necesidad poeta elegiaco. Desde el principio al fin de sus versos dos sentimientos la poseen; sentimiento de tristeza melancólica por las desgracias universales de la vida humana, y sentimiento de tristeza exaltada por las desgracias particulares a la vida gallega. El hombre es una síntesis de la creación. El universo sideral recoge su más bello éter Para producir la luz de los humanos ojos; los fluidos electromagnéticos condensan sus más poderosas corrientes para derramarse por las cuerdas de nuestros nervios; los átomos, que acaso vienen de los confines del espacio, se acumulan en nuestro cuerpo para componer el más perfecto organismo; y sobre todas estas varias determinaciones y modos de la materia universal, se eleva en nosotros el misterio indecible, inenarrable, sublime: ese misterio del alma que llega por grados a ver lo infinito y a desembocar en la eternidad. Todas las cosas piensan en nosotros y todas las cosas en nosotros padecen. Nuestra voz repite el quejido universal de los seres que se duelen del esfuerzo empleado por traspasar el límite y de la fatalidad que al límite los sujeta como a su cadena, como a su prisión, como a su eterno suplicio. Este quejido, más agudo a medida que el ser crece y progresa, encuentra un eco en todas las estancias de las *Follas Novas*, y un eco poético. Pero el dolor más bellamente expresado es el dolor de su madre Galicia. Se ve el aislamiento en que la patria común ha dejado a tan hermosas provincias. Se oye el resuello de una raza forzada por su triste condición social a todos los trabajos más materiales y penosos. Se ven las marcas de las heridas seculares abiertas en los pobres campesinos por la antigua tiranía señorial. Se notan las cualidades de aquella familia de pueblos, la inteligencia aguda, la astucia fina, la tristeza perpetua. Sobre todo, el dolor de los dolores gallegos se halla repetido a cada verso: el dolor de la separación, el dolor de la ausencia, el dolor de la nostalgia, el dolor de las emigraciones, la patria apareciéndose húmeda, fresca, verde, sencilla como un idilio, grata como una mañana de primavera, con su aroma de frutas y flores, con sus cadencias campestres repetidas por la zampoña y por la gaita, con sus rías transparentes y tranquilas, en medio de los

ardores del implacable trópico y de las tristezas del forzado destierro. Toda obra poética, por subjetiva, por particular, por personalista que a primera vista parezca es una obra social. Los dolores de Galicia hablan por boca de Rosalía, y los hombres de Estado, los que han tenido el Gobierno en sus manos, que hoy lo tienen, los que mañana pueden volver a tenerlo, necesitan, heridos por voces tan dulces como ésta, averiguar la cantidad de satisfacciones que deben darse a las justas exigencias de esas provincias y el remedio que puede colegirse entre todos para sus antiguos e inveterados males. No olvidemos que hace poco un escritor insigne del vecino reino trazaba una especie de nacionalidad literaria compuesta de portugueses, brasileños y gallegos. Estas cosas podían pasar por juegos de la imaginación cuando no habían transcurrido horribles crisis, y no se habían visto ciertas tendencias que podrían reaparecer mañana, ora bajo la bandera del absolutismo, ora bajo la bandera de la demagogia que tantos desastres han derramado en nuestros territorios y tantas amarguras en nuestros corazones. Para matar el provincialismo exagerado no hay medio como satisfacer las justas exigencias provinciales. No olvidemos que muchas de nuestras regiones, como Galicia por ejemplo, tienen brillantísima literatura propia, la cual, respondiendo a una ley de la vida, a la ley de variedad, debe coexistir con la literatura nacional, sin daño de la patria, mayor a medida que crecen sus hijos, y se fortifican los órganos que componen su cuerpo y se abrillantan las estrellas que pueblan su cielo. Rosalía, por sus libros de versos gallegos, es un astro de primera magnitud en los vastos horizontes del arte español.

Emilio Castelar

Dúas palabras da autora

Gardados estaban, ben podo dicir que para sempre, estes versos, e xustamente condenados pola súa propia índole á eterna olvidanza, cando, non sin verdadeira pena, vellos compromisos obrigáronme a xuritalos de présa e correndo, ordenalos e dalos á estampa. Non era

esto, en verdade, o que eu quería, mais non houbo outro remedio; tuven que conformarme co duro das circunstancias que así o fixeron. «¡Vaian en boa hora —lles dixen estonces—, estes probes enxendros da miña tristura; vaia antre os vivos o que xa é, pola súa propia natureza, cousa dunha morta ben morta!». E fóronse, sin que eu sepa para que, nin me faga falla o sabelo.

Máis de dez anos pasaron —tempo casi que fabuloso a xusgar pola présa con que hoxe se vive— desde a maior parte destes versos foron escritos, sin que as contrariedades da miña vida desasosegada, e unha saúde decote endebre, me permitise apousar neles os meus cansados ollos i o meu fatigado espírito. Ó leelos de novo, vin ben craro, como era incompreto e probe este meu traballo poético, canto lle faltaba para ser algo que valla, e non un libro máis, sin outro mérito que a perene melancolía que o envolve, e que algúns terán, non sin razón, como fatigosa e monótona. Mais as cousas teñen de ser como as fan as circunstancias, e se eu non poden nunca fuxir ás miñas tristezas, os meus versos menos.

Escritos no deserto de Castilla, pensados e sentidos nas soidades da natureza e do meu corazón, fillos cativos das horas de enfermidade e de ausencias, refrexan quisais con demasiada sinceridade, o estado do meu espírito unhas veces, outras a miña natural disposición (que non en balde son muller) a sentir como propias as penas alleas. ¡Ai!, a tristeza, musa dos nosos tempos, cónceme ben, e de moitos anos atrás; mírame como sua, é outra como eu, non me deixa un momento, nin inda cando quero falar de tantas cousas como andan hoxe no aire e no noso corazón. ¡Tola de min! ¿No aire, dixen? No meu corazón inda, mais, ¿fóra del?

Aunque en verdade, ¿que lle pasará a un que non sea como se pasase en tódolos demais? ¡En min i en todos! ¡Na miña alma e nas alleas!... ¿Mais dirase por eso que me teño por unha inspirada, nin que penso haber feito, o que se di, un libro trascendental? Non, nin eu o quixen, nin me creo con forzas pra tanto. No aire andan dabondo as cousas graves, é certo; fácil é conocelas, e hastra falar delas; mais son muller, e ás mulleres a penas se á propia feminina fraqueza lle é permitido adiviñalas, sentilas pasar. Nós somos arpa de soio dúas cordas, a imaxinación i o sentimento: no eterno panal que traballamos alá no íntimo, solasmente se dá mel, máis ou

menos doce, de máis ou menos puro olido, pero mel sempre, e nada máis que mel. ¡Que se os problemas que tén ocupados ós máis grandes entendementos, teñen algo que ver connosco, é nentramentas que os que comparten e levan a unha con nosoutras os traballos da vida, non poden ocultarnos de todo as súas tristezas e os seus desfalecementos! E deles ver as chagas e sondalas e buscarlles procuro, é noso axudarlles a soportalas, máis con feitos iñorados que con palabras e romores. O pensamento da muller é lixeiro, góstanos como ás borboletas, voar de rosa en rosa, sobre as cousas tamén lixeiras: non é feito para nós o duro traballo da meditación. Cando a el nos entregamos, imprenámolo, sin sabelo siquiera, da innata debilidade, e se nos é facil enganar ós espíritus frívolos ou pouco acostumbrados, non socede o mesmo cos homes de estudio e reflexión, que logo conocen que baixo da crara corrente da forma non se atopa máis que o limo insustancial das vulgaridades. E nos dominios da especulación como nos do arte, nada máis inútil nin cruel do que o vulgar. Del fuxo sempre con todas as miñas fórzax, e por non caer en tan gran pecado nunca tentei pasar os límites da simple poesía, que encontra ás veces nunha espresión feliz, nunha idea afertunada, aquela cousa sin nome que vai direita como frecha, traspasa as nosas carnes, fainos estremecer, e resoa na alma dorida coma un outro ¡ai! que responde ó largo xemido que decote levantan en nós os dores da terra.

Despois do xa dito, ¿tendrei que añadir que este meu libro non é, en certa maneira, fillo da mesma inspiración que don de si os *Cantares Gallegos*? Paréceme que non. Cousa este último dos meus días de esperanza e xuventude, ben se ve que tén algo da frescura propia da vida que comenza. Mais o meu libro de hoxe, escrito coma quen di, en medio de tódolos desterros, non pode ter anque quixera o encanto que soie emprestarlles a inocencia das primeiras impresiós: que o sol da vida, o mesmo que o que aluma o mundo que habitamos, non loce nos seus albores da mesma sorte que cando vai poñerse tristemente, envolto antre as nubes do postreiro outono.

Por outra parte, Galicia era nos *Cantares* o obxeto, a alma enteira, mentras que neste meu libro de hoxe, ás veces, tan soio a ocasión, anque sempre o fondo do cuadro: que si non pode, se non ca morte,

despirse o espírito das envolturas da carne, menos pode o poeta prescindir do medio en que vive, e da natureza que o rodea; ser alleo a seu tempo e deixar de reproducir, hastra sin pensalo, a eterna e laiada queixa que hoxe eisalan tódolos labios. Por eso iñoro o que haxa no meu libro dos propios pesares, ou dos alleos, anque ben poden telos todos por meus, pois os acostumados á desgracia, chegan a contar por súas as que afrixen os demais. Tanto é así que, neste meu novo libro, preferín, ás composicións que puideran decirse personales, aquelas outras que, con máis ou menos acerto, espresan as tribulacións dos que, uns tras outros, e de distintos modos, vin, durante largo tempo, sufrir ó meu arredore. E ¡sófrese tanto nesta querida terra gallega! Libros enteiros poideran escribirse falando do eterno infortunio que afrixe os nosos aldeáns e marineiros, soia e verdadeira xente do traballo no noso país. Vin e sentín as súas penas como si fosen miñas, mais o que me conmoveu sempre, e polo tanto non podía deixar de ter un eco na miña poesía, foron as innumerables coitas das nosas mulleres: criaturas amantes para os seus i os estraños, cheas de sentimento, tan esforzadas de corpo como brandas de corazón e tamén tan desdichadas que se dixeran nadas solasmentes para rexer cantas fatigas poidan afrixer a parte máis froxa e inxel da humanidade. No campo compartindo metade por metade cos seus homes as rudas faenas, na casa soportando valerosamente as ansias da maternidade, os traballos domésticos e as arideces da probeza. Soias o máis do tempo, tendo que traballar de sol a sol e sin axuda pra mal manterse, para manter ós seus fillos, e quisais ó pai valetudinario, parecen condenadas a non atoparen nunca reposo se non na tomba.

A emigrazón i o Rei arrebatánlles de contino o amante, o irmán, o seu home, sostén da familia decote numerosa, e así, abandonadas, chorando o seu desamparo, pasan a amarga vida antre as incertidumbres da esperanza, a negrura da soidade i as angustias dunha perene miseria. I o máis desconsolador para elas é que os seus homes vansen indo todos, uns por que llos levan i outros porque o exemplo, as necesidades, ás veces unha cobiza, aunque disculpable, cega, fannos fuxir do lar querido daquela a quen amaron, da esposa xa nai e dos numerosos fillos, tan pequeniños

que inda non acertan a adiviñar, os desdichados, a orfandade a que os condenan.

Cando nas súas confianzaas estas probes mártires se astreven a decirnos os seus sacretos, a chorar os seus amores sempre vivos, a doerse das súas penas, descríbese nelas tal delicadeza de sentimentos, tan grandes tesouros de ternura (que a inteireza do seu carácter non é bastante a mermar) unha abnegación tan grande que, sin querer, sentímonos inferiores a aquelas oscuras e valerosas heroínas que viven e morren levando a cabo feitos maravillosos por sempre iñorados, pero cheos de milagres de amor e de abismos de perdón. Historias dinas de ser cantadas por mellores poetas do que en son, e cuias santas harmonías deberan ser espresadas cunha soia nota e nunha soia corda, na corda do subrime, e na nota da delor. Anque sin forzas pra tanto, tentei algo deso, sobre todo no libro titulado *As viudas dos vivos e as viudas dos mortos*, mais eu mesma conoso que non acertei a decir as cousas que era menester. As miñas forzas son cativas, quéreas maiores de quen haia de cantarnos con toda a súa verdade e poesía, tan sencilla como dolorosa epepeia.

Creerán algús que porque, como digo, tentei falar das cousas que se poden chamar homildes, é por que me esprico na nosa lengoa. Non é por eso. As multitudes dos nosos campos tardarán en ler estos versos, escritos a causa deles, pero só en certo modo pra eles. O que quixen foi falar unha vez máis das cousas da nosa terra, na nosa lengoa, e pagar en certo modo o aprecio e cariño que os *Cantares Gallegos* despertaron en algúns entusiastas. Un libro de trescentas páxinas escrito no doce dialecto do país era naquel estonces cousa nova e pasaba polo mesmo todo atrevemento. Aceptárono i, o que é máis, aceptárono contentos, e eu comprendín que desde ese momento quedaba obrigada a que non fose o primeiro i o último. Non era cousa de chamar as xentes á guerra e desertar da bandeira que eu mesma había levantado.

Alá van pois, as *Follas Novas*, que mellor se dirían vellas por que o son, e últimas, porque pagada xa a deuda en que me parecía estar coa miña terra, difícil é que volva a escribir máis versos na lingua materna. Alá van, en busca, non de triunfos, senón de perdós, non de alabanzas, senón de olvidos, non das predileccións doutros

tempos, se non da beninidade que di dos maos libros— ¡Deixalos pasar!— Hei o que en deseio: Que o deixen pasar, como un romor máis, como un perfume agreste que nos trai consigo algo daquela poesía, que nacendo nas vastas soidades, nas campías sempre verdes da nosa terra e nas praias sempre hermosas dos nosos mares, ven directamente a buscar o natural agarimo nos corazós que sufren e aman esta querida terra de Galicia.

Santiago, 30 de marzo de 1880

— | —

Vaguedás

— | —

Daquelas que cantan as pombas i as frores
todos din que teñen alma de muller,
pois eu que n'as canto, Virxe da Paloma,
¡ai!, ¿de que a terei?

— || —

Ben sei que non hai nada
novo en baixo do ceo,
que antes outros pensaron
as cousas que ora eu penso.

E ben, ¿para que escribo?
E ben, porque así semos,

relox que repetimos
eternamente o mesmo.

— III —

Tal como as nubes

que impele o vento,

i agora asombran, i agora alegran
os espazos inmensos do ceo,
así as ideas

loucas que eu teño,

as imaxes de múltiples formas,
de estranas feituradas, de cores incertos,
agora asombran,

agora acrarian

o fondo sin fondo do meu pensamento.

— IV —

Diredes destes versos, i é verdade,
que tén estrana insólita harmonía,
que neles as ideas brilan pálidas
cal errantes muxicas

que estalan por instantes,

que desaparecen xiña,

que se asomellan á parruma incerta
que voltexa no fondo das cortiñas,
i ó susurro monótono dos pinos
da beiramar bravía.

Eu direivos tan só que os meus cantares
así sán en confuso da alma miña
como sai das profundas carballeiras
ó comenzar do día,

romor que non se sabe

se é rebuldar das brisas,

si son beixos das frores,

se agrestes, misteirasas harmonías
que neste mundo triste

o camino do ceu buscan perdidas.

— V —

¡Follas novas!, risa dáme
ese nome que levás,
cal se a unha moura ben moura
branca lle oise chamar.

—
Non *Follas novas*, ramallo
de toxos e silvas sós,
hirtas, coma as miñas penas,
feras, coma a miña dor.

—
Sin olido nin frescura,
bravas magoás e ferís...
¡Se na gándara brotades,
como non serés así!

— VI —

¿Que pasa ó redor de min?

¿Que me pasa que eu non sei?

Teño medo dunha cousa

que vive e que non se vé.

Teño medo á desgracia traidora
que vén, e que nunca se sabe onde vén.

— VII —

Algúns din: ¡miña terra!
din outros: ¡meu cariño!
I este: ¡miñas lembranzas!
I aquel: ¡os meus amigos!
Todos sospiran, todos,
por algún ben perdido.
Eu só non digo nada,
eu só nunca suspiro,
que o meu corpo de terra
i o meu cansado espírito,
a donde quer que eu vaia,

van conmigo.

— VIII —

Alá, pola alta noite,

á luz da triste e moribunda lámpara,
ou antre a negra oscuridad medosa,
o vello ve pantasmas.

—

Uns son árbores muchos e sin follas,
outros, fontes sin auguas,

montes que a neve eternamente crube,
ermos que nunca acaban.

—

I ó amañecer do día,

cando ca última estrela aqueles marchan,
outros veñen máis tristes e sañudos,
pois a verdade amarga

escrita trán nos apagados ollos
e nas asienes calvas.

—

Non digás nunca, os mozos, que perdeches
a risoña esperanza,

do que a vivir comeza sempre é amiga:
¡só enemiga mortal de quen acaba!...

— IX —

Paz, paz deseada:
Pra min, ¿onde está?
Quixais n'hei de tela...
¡N'a tiven xamais!

Sosego, descanso,
¿onde hei de o atopar?
Nos mals que me matan,
na dor que me dan.

¡Paz!, ¡paz, ti es mentira!
¡Pra min non a hai!

— X —

Unha vez tiven un cravo

cravado no corazón,

i eu non me acordo xa se era aquel cravo
de ouro, de ferro ou de amor.

Soio sei que me fixo un mal tan fondo,
que tanto me atormentou,

que en día e noite sin cesar choraba
cal chorou Madanela na pasión.

«Señor, que todo o podedes,

—pedinlle unha vez a Dios—

daime valor para arrincar dun golpe

cravo de tal condición».

E doumo Dios e arrinqueino,

mais... ¿quen pensara...? Despois

xa non sentín máis tormentos

nin soupen que era delor;

soupen só que non sei que me faltaba
en donde o cravo faltou,

e seica, seica tiven soidades
daquela pena... ¡Bon Dios!

Este barro mortal que envolve o espírito
¡quen o entenderá, Señor...!

— XI —

Cando un é moi dichoso, moi dichoso,
¡incomprensible arcano!,

casi que —n'e mentira anque a pareza—
lle a un pesa do ser tanto.

¡Que no fondo ben fondo das entrañas
hai un deserto páramo

que non se enche con risas nin contentos,
senón con froitos do delor amargos!

Pero cando un tén penas

i é en verdá desdichado,

oco n'atopa no ferido peito,
porque a dor ¡enche tanto!

Tan abonda é a desgracia nos seus dones
que os verte, ¡Dios llo pague!, ós regazados.
Hastra que o que os recibe,

¡ai!, reventa de farto.

— XII —

Hoxe ou mañán, ¿quen pode decir cando?
Pero quisais moi logo,

viranme a despertar, i en vez dun vivo,
atoparán un morto.

—

Ó redor de min levantaranse
xemidos dolorosos,

aies de angustia, choros dos meus fillos,
dos meus filliños orfos.

—

I eu sin calor, sin movemento, fría,
muda, insensibre a todo

así estarei cal me deixare a morte
ó helarme co seu sopro.

—

E para sempre iadios, canto eu quería!
¡Que terrible abandono!

Antre cantos sarcasmos

hai, ha de haber e houbo,

non vin ningún que abata máis os vivos
que o da humilde quietú dun corpo morto.

— XIII —

Xa nin rencor nin desprezo,
xa nin temor de mudanzas,
tan só unha sede... unha sede
dun non sei qué que me mata.
Ríos da vida, ¿onde estades?
¡Aire!, que o aire me falta.

—¿Que ves nese fondo escuro?
¿Que ves que tembras e calas?
—¡Non vexo! Miro, cal mira
un cego á luz do sol crara.
E vou caer alí en donde
nunca o que cai se levanta.

— XIV —

Aquel romor de cántigas e risas,

ir, vir, algarear;
aque! falar de cousas que pasaron
i outras que pasarán;
aquela, en fin, vitalidade inquieta
xjuvenil, tanto mal
me fixo, que lles dixen:
Ivos e non volvás.

Un a un desfilaron silenciosos
por aquí, por alá,
tal como cando as contas dun rosario
se espallan polo chan.
I o romor dos seus pasos, mentres se iñan,
de tal modo hastra min veu resoar,
que non máis tristemente
resoará quisais
no fondo dos sepulcros
o último adios que un vivo ós mortos dá.

I ó fin soia quedei, pero tan soia
que hoxe da mosca o inquieto revoar,
do ratiño o roer terco e constante,
e do lume o *chis chas*,
cando da verde pónla
o fresco sugo devorando vai,
parece que me falan, que os entendo,
que compañía me fan;
i este meu corazón lles di tembrando:
¡Por Dios!... non vos vaiás!

¡Que doce, mais que triste
tamén é a soledad!

A un batido, outro batido,
a unha dor, outro delor,
tras dun olvido, outro olvido,
tras dun amor, outro amor.

! ó fin de fatiga tanta
e de tan diversa sorte,
a vellés que nos espanta,
ou o repousar da morte.

— XVI —

Cando era tempo de inverno
pensaba en donde estarías,
cando era tempo de sol
pensaba en donde andarías.
¡Agora... tan soio penso,
meu ben, si me olvidarías!

— XVII —

Mais vé que o meu corazón
é unha rosa de cen follas,
i é cada folla unha pena
que vive apegada noutra.

Quitas unha, quitas dúas,
penas me quedan de sobra;
hoxe dez, mañán corenta,
desfolla que te desfolla...

¡O corazón me arrincaras
desque as arrincares todas!

— XVIII —

Co seu xordo e constante mormorio
atraime o oleaxen dese mar bravío,
cal atraí das serenas o cantar.

—Neste meu leito misterioso e frío,
dime, ven brandamente a descansar.

—

El namorado está de min... o deño,
i eu namorada del.

Pois saldremos co empeño,
que, se el me chama sin parar, eu teño
unhas ansias mortais de apousar nel.

— XIX —

Ando buscando meles e frescura
para os meus labios secos,

i eu non sei como atopo nin por onde,
queimores e amarguexos.

—

Ando buscando almibres que almibaren
estos meus agres versos,

i eu non sei como, nin por onde, sempre
se lles atopa un fero.

—

I o ceo e Dios ben saben
non teño a culpa deso;
¡ai!, sin querelo, tena
o lastimado corazón enfermo.

— XX —

¡Silencio!

A man nerviosa e palpitante o seo,
as niebras nos meus ollos condensadas,
con un mundo de dudas nos sentidos
i un mundo de tormentos nas entrañas;
sentindo como loitan,

en sin igual batalla,

inmortales deseios que atormentan
e rencores que matan,

mollo na propia sangre a dura pruma
rompendo a vena inchada

i escribo... escribo... ¿para que? ¡Volvede
ó máis fondo da ialma

tempestosas imaxes!

Ide a morar cas mortas relembranzas;
que a man tembrosa no papel só escriba
¡palabras, e palabras, e palabras!

¿Da idea a forma inmaculada e pura
donde quedou velada?



¡Do íntimo!

¡Adios!

¡Adios!, montes e prados, igrexas e campanas,
¡adios!, Sar e Sarela, cubertos de enramada,
¡adios!, Vidán alegre, moíños e hondanadas,
Conxo, o do craustro triste i as soedades prácidas,
San Lourenzo, o escondido, cal un niño antre as ramas,
Balvis, para min sempre o das fondas lembranzas,
Santo Domingo, en donde canto eu quixen descansa,
vidas da miña vida, anacos das entraña.
E vós tamén, sombrisas paredes solitarias
que me vicheis chorare soia e desventurada,
¡adios!, sombras queridas, ¡adios!, sombras odiadas,
outra vez os vaivéns da fertuna

pra lonxe me arrastran.

—

Cando volver, se volvo, todo estará onde estaba;
os mesmos montes negros i as mesmas alboradas,
do Sar e do Sarela, mirándose nas auguas.
Os mesmos verdes campos, as mesmas torres pardas
da catedral severa, ollando as lontananzas.
Mais os que agora deixo, tal como a fonte mansa
ou no verdor da vida, sin tempestás nin bágoas,

¡canto, cando en tornare, vítimas da mudanza,
terán de présa andado, na senda da desgracia!
I eu... mais eu nada temo no mundo,

¡que a morte me tarda!

[Grilos e ralos, rans albariñas]

Grilos e ralos, rans albariñas,
sapos e bichos de todas cras,
mentras ó lonxe cantan os carros,
¡que serenatas tan amorosas
nos nosos campos sempre nos dan!

—

Tan só acordarme delas,

non seí o que me fai,

nin sei se é ben,

nin sei se é mal.

[Cal as nubes no espazo sin límites]

¡Cal as nubes no espazo sin límites
errantes voltexan!

Unhas son brancas,

outras son negras;

unhas, pombas sin fel me parecen,
despiden outras

luz de centela...

Sopran ventos contrarios na altura
i á desbandada,

van levándoas sin orden nin tino,
nin en sei pra onde,

nin sei por que causa.

Van levándoas, cal levan os anos
os nosos ensoños

i a nosa esperanza.

[Rico ou probe, algún día]

Rico ou probe, algún día
¡con que contento e pracidadez folgaba!
I agora, probe ou rico, ó desdichado
¡todo, todo lle falta!

—

En balde veñen días, pasan anos,
e inda sigros pasaran;

se hai abondosas fontes que se secan,

tamén as hai que eternamente manan;
mais as fontes perenes nesta vida
son sempre envenenadas.

—

Nelas o espírito que ofendido pena,
na humidá enferma do rencor se baña,
sin que dado lle sea

beber do olvido nas saudosas auguas.

—

¡Odio!, fillo do inferno,
pode acaba—lo amor, mais ti n'acabas,
mamoria que recorda—las ofensas.
Si, si, ¡de ti mal haia!

Na catedral

Como algún día, polos corrunchos
do vasto tempo,

vellos e vellas, mentras monean,
silvan as salves i os padrenuestros;
i os arcebispos nos seus sepulcros,
reises e reinas con gran sosego
na paz dos mármoreos tranquilos dormen,
mentras no coro cantan os cregos.
O órgano lanza tristes cramores,
os das campanas responden lexos,
i a santa imaxe do Redentore
parés que suda sangue no Huerto,

¡Señor Santísimo, ós teus pés, canto
tamén de angustia sudado teño!

Mais se o pecado castigas sempre,
ó que afrixido vaia pedircho
daille remedio.

O sol poniente, polas vidreiras
da Soledade, lanza serenos
raios, que firen descoloridos
da Groria os ángeles i o Padre Eterno.
Santos e apóstoles, ivédeos!, parecen
que os labios moven, que falan quedo
os uns cos outros, e aló na altura
do ceu a música vai dar comenzo,
pois os groriosos concertadores
tempran risoños os instrumentos.

¿Estarán vivos?, ¿serán de pedra
aqués sembrantes tan verdadeiros,
aquelas túnicas maravillosas,
aqueles ollos de vida cheos?
Vós que os fixeches de Dios c'axuda,
de inmortal nome Mestre Mateo,
xa que aí quedaches homildemente
arrodillado, falaime deso;
mais con eses vosos cabelos rizo
santo dos croques, calás... i eu rezo.

Aquí está a Groria, mais naquel lado,
naquela arcada, negrexo o inferno
cas almas tristes dos condanados,
onde as devoran tódolos demos.
De alí non podo quita—los ollos,
mitá asombrada, mitá con medo,
que aqueles todos se me figuran
os dun delirio mortaes espeutros.

¡Como me miran eses calabres

i aqueles deños!

¡Como me miran facendo moecas
dende as colunas onde os puxeron!
¿Será mentira, será verdade?
Santos do ceo,

¿saberán eles que son a mesma
daqueles tempos?...

Pero xa orfa, pero enloitada,
pero insensibre cal eles mesmos...
¡Como me firen!... Voume, si, voume,
¡que teño medo!

Mais xa nos vidros da grande araña
cai o postreiro

raio tranquilo que o sol da tarde
pousa sereno;

e en cada prancha da araña hermosa
vivos reflexos,

cintileando como as estrelas,
pintan mil cores no chan caendo,
e fan que a tola da fantesía
soñe milagres, finxa portentos.
Mais de repente veñen as sombras
todo é negrura, todo é misterio
adiós alxofres e marabillas...
tras do Pedroso, púxose Febo.

Coma pantasma cruzan as naves
silvando salves e padrenuestros,
vellos e vellas que a Dios lle piden

El tan só sabe cales remedios;
que cando o mundo nos deixa, é soio
cando buscamos con ansia o ceo.

Ós pés da virxen da Soledade
—¡de moitos anos nos conocemos...!—
a oración dixen que antes dicía,
fixen mamoria dos meus sacretos,
para mi madre deixei cariños,
para os meus fillos miles de beixos,
polos verdugos do meu espírito
recei... e funme, pois tiña medo.

[Corré, serenas ondas cristaiñas]

¡Corré, serenas ondas cristaiñas,
pasade en calma e maxestosas, como
as sombras pasan dos groriosos feitos!
¡Rodade sin descanso, como rodan
á eternidá xeneraciós sin número
que cal eu vos contempro, contempráronvos!
Daime vosos perfumes, lindas rosas,
da sede que me abrasa, craras fontes,
apagade o queimor... nubes de gasa,
cubrí cal velo de lixeiro encaixe
do ardente sol os briladores raios.
E ti, temprada e cariñosa brisa,
dá encomezo ós concertos misteriosos
antre os carballos da devesa escura
por onde o Sar vai marmurando leve.

O tempo pasou rápido, a centela
tal vez máis lentamente o espazo inmenso
atravesa ó caer, que eles, os anos,
pra min correron en batallas rudas...

¡Mais correron por fin... i o día chega!...
Dáme os teus bicos i os teus brazos ábreme
aquí, onde o río, na espesura fresca...
A ningún digas onde estou... con frores
das que eu quería, a delatora mancha
crube... e que nunca co meu corpo acerten
profanas mans para levarme lexos...
¡Quero quedar onde os meus dores foron!

[Cada noite eu chorando pensaba...]

Cada noite eu chorando pensaba...

que esta noite tan grande non fora,
que durase... e durase antre tanto
que a noite das penas

me envolve loitosa.

Mais a luz insolente do día,
costante e traidora,

cada amañecida

penetraba radiante de gloria
hastra o leito donde eu me tendera
coas miñas congoxas.

Desde estonces busquei as tiniebras
máis negras e fondas,

e busqueinas en vano, que sempre
tras da noite topaba ca aurora...

So en min mesma, buscando no escuro
i entrando na sombra,

vin a noite que nunca se acaba
na miña alma soia.

Ti onte, mañán eu

Caín tan baixo, tan baixo,
que a luz onda min non vai;
perdín de vista as estrelas
e vivo na escuridá.

Mais, agarda... ¡o que te riches
insensibre ó meu afán!
Inda estou vivo... inda podoo
subir para me vingar.

Tirá pedras ó caído,
tiraille anque sea un cento;
tirá... que, cando caiades,
hantos de face—lo mesmo.

[Deixa que nesa copa en donde bebes]

Deixa que nesa copa en donde bebes
as dozuras da vida,

unha gota de fel, unha tan soio,
o meu dorido corazón exprima.

Comprenderás estonces

como abranda a delor as pedras frías,
aunque abrandar non poida

almas de ferro e peitos homicidas.

Bos amores

Cal olido de rosas que sai de antre o ramaxen
nunha mañán de Maio, hai amores soaves
que n'inda vir se sinten, nin se ve cando entraren
pola mimosa porta que o corazón lles abre
de seu, cal se abre no agosto

a frol ó orballo da tarde.

E sin romor nin queixa, nin choros, nin cantares,
brandos así e saudosos, cal alentar dos ánxeles,
en nós encarnan puros, corren coa nosa sangre
i os ermos reverdecen do espírito onde moraren.
Busca estes amores... búscalaos,

si tes quen chos poida dare;

que estes son soio os que duran

nesta vida de pasaxen.

Amores cativos

Era delor i era cólera,
era medo i aversión,
era un amor sin medida,
¡era un castigo de Dios!

Que hai uns negros amores de índole pezoñenta,
que privan os espíritos, que turban as concencias,
que morden se acariñan, que cando miran queiman,
que dan dores de rabia, que manchan e que afrentan.
Máis val morrer de friaxen
que quentarse á súa fogueira.

[Abride, as frescas rosas]

Abride, as frescas rosas;
brilade, os carabeles;
do seu xardín, os árbores, vestivos
cas lindas follas verdes.
Parra que un tempo sombra nos prestaches,
a cubriros de pámpanos volvede.
Natureza fermosa,
a mesma eternamente,
dille ós mortais, de novo ós loucos dille

¡que eles no máis perecen!

De balde...

Cando me poñan o hábito,
se é que o levo;

cando me metan na caixa
se é que a teño;

cando o responso me canten,
se hai con que pagarlle ós cregos,
e cando dentro da cova...

¡Que inda me leve San Pedro
se só ó pensalo non río

con unha risa dos deños!

¡Que enterrar han de enterrarme
aunque non lles den diñeiro!...

¿Quen non xime?

Luz e progreso en todas partes... pero
as dudas nos corazós,

e bágoas que un non sabe por que corren,
e dores que un non sabe por que son.

—

Outro cantar, din, cansados
deste estribilo, os que chegando van
nunha nova fornada, e que andan cegos
buscando o que índa non hai.

—
¡Réprobos!... Sempre ó oculto preguntando,
que, mudo, nada vos di.

Buscade a fe, que se perdeu na duda,
e deixade de xemir.

—
Mais eles tamén perdidos
por unha i outra senda van e vén
sin que sepan, ¡coitados!, por onde andan,
sin paz, sin rumbo e sin fe.

.....
Triste é o cantar que cantamos

mais ¿que facer se outro melhor non hai?
moita luz deslumbra os ollos,

causa inquietude o moito desear.
Cando unha peste arrebatada

homes tras homes, n'hai máis

que enterrar de présa os mortos,

baixa—la frente, e esperar

que pasen as correntes apestadas...
¡Que pasen... que outras vendrán!

[Ladraban contra min, que camiñaba]

Ladraban contra min, que camiñaba
casi que sin alento,

sin poder co meu fondo pensamento
i a pezoña mortal que en min levaba.
I a xente que topaba,

ollándome a mantenta,

do meu dor sin igual i a miña afrenta
traidora se mofaba.

I eso que nada máis que a adiviñaba.
Si a souperan, ¡Dios mío!,

—pensei tembrando— contra min volvera
a corrente do río.

—

Buscando o abrigo dos máis altos muros,
nos camiños desertos,

ensangrentando os pés nos seixos duros,
fun chegando ó lugar dos meus cariños
maxinando espantada: «Os meus meniños
¿estarán xa despertos?»

¡Ai, que ó verme chegar tan maltratada,
chorosa, sin alento e ensangrentada,
darán en se afrixir... mal pocadiños,
por súa nai mal fadada!»

—

Pouco a pouco fun indo

i as escaleiras con temor subindo,
co triste corazón sobresaltado.

¡Escoitei!... Nin as moscas rebullían.
No berce inda os meus ángeles dormían
ca virxen ó seu lado.

[Por que, miña almiña]

¿Por que, miña almiña,
por que ora non queres
o que antes querías?

—

¿Por que, pensamento,
por que ora non vives
de amantes deseios?

—

¿Por que, meu esprito,
por que ora te humildas,
cando eras altivo?

—

¿Por que, corazón,
por que ora non falas
falares de amor?

—

¿Por que xa non bates
co doce batido
que calma os pesares?

—

¿Por que, en fin, Dios meu,
a un tempo me faltan
a terra i o ceu?

—

¡Ouh ti, roxa estrela
que din que comigo
naciche, poideras

—

por sempre apagarte,
xa que non pudeche
por sempre alumarme!...

O toque da alba

Da Catredal campana,

grave, triste e sonora,

cando ó raiar do día

o toque da alba tocas,

no espazo silencioso

soando malencónica,

as túas bataladas

non sei que despertares me recordan.

—

Foron algúns tan puros

coma o fulgor da aurora,

outros cal a esperanza

que o namorado soña,

i á derradeira inquietos,

mitá luz, mitá sombras,

mitá un pracer sin nome,
e mitá unha sorpresa aterradora.

—

¡Ai!, que os anos correron

e pasaron auroras

e menguaron as dichas

e medrano as congoxas.

E cando ora, campana,

o toque da albas tocas,

sinto que se desprenden

dos meus ollos bagullas silenciosas.

—

¡Que xorda e tristemente,

que pavorosa soas

no meu esperto oído,

mensaxeira da aurora,

cando ó romper do día

pausadamente tocas!...

¿En donde van aqueles

despertares de dichas e de gloria?

—

Pasaron para sempre;

mais ti, grave e sonora,

i ai!, ó romper do día

ca túa voz malencónica

vés decote a lembrarnos

cada nacente aurora;

e parece que a morto

por eles e por min a un tempo dobras.

—

Da Catedral campana,

tan grave e tan sonora,

¿por que a tocar volveches

a ialba candorosa

desque eu houben de oírte

en bagullas envolta?

Mais ben pronto... ben pronto, os meus oídos
nin te oirán na tarde nin na aurora.

[¡Mar!, cas túas auguas sin fondo]

¡Mar!, cas túas auguas sin fondo,
¡ceo!, ca túa imensidá,
o fantasma que me aterra
axudádeme a enterrar.

É máis grande que vós todos
e que todos pode máis...
cun pé posto onde brilan os astros,
e outro onde a cova me fan.

Impracabre, bulrón e sañudo,
diante de min sempre vai,
i amenaza perseguirme
hastra a mesma eternidá.

[Cava lixeiro, cava]

Cava lixeiro, cava,

xigante pensamento,

cava un fondo burato onde a memoria
do pasado enterremos.

¡Á terra cos difuntos!

¡Cava, cava lixeiro!

E por lousa daraslle o negro olvido,
i a nada lle darás por simiterio.

[Cando penso que te fuches]

Cando penso que te fuches,
negra sombra que me asombras,
ó pé dos meus cabezales
tornas facéndome mofa.
Cando maxino que es ida,
no mesmo sol te me amostras,
i eres a estrela que brila,
i eres o vento que zoa.
Si cantan, es ti que cantas,
si choran, es ti que choras,
i es o marmurio do río
i es a noite i es a aurora.
En todo estás e ti es todo,
pra min i en min mesma moras,
nin me abandonarás nunca,
sombra que sempre me asombras.

Aventura é traidora

Tempra a que unha inmensa dicha
neste mundo te sorprenda;
gorias, aquí, sobrehumanas,
tran desventuras supremas.
Nin maxines que pasan os dores
como pasan os gustos na terra;
¡hai infernos na memoria,
cando n'os hai na concencia!

Cal arraigan as hedras nos muros,
nalgúns peitos arraigan as penas,
e unhas van minando a vida

cal minan outras as pedras.

Si; tembra, cando no mundo

sintas unha dicha imensa;

val máis que a túa vida corra

cal corre a iaugua serena.

[Lévame a aquela fonte cristaiña]

Lévame a aquela fonte cristaiña
onde xuntos bebemos

as purísimas auguas que apagaban
sede de amor e llama de deseios.
Lévame pola man cal noutros días...
mais non, que teño medo

de ver no cristal líquido

a sombra daquel negro

desengano sin cura nin consolo,
que antre os dous puxo o tempo.

O pazo de A***

Era ó caer da tarde,

encomenzaba o cántico dos grilos,
xorda a presa ruxía,

brilaban lonxe os lumes fuxitivos.
Ó pe do monte, maxestuoso erguíase

na aldea escura o caserón querido,
ca oliva centenaria

de cortinax ó ventanil servindo.
Deserta a escalinata,

soio o paterno niño,

e enriba del caendo misteriosas
coas sombras do crepúsculo, as do olvido.

¿Quen ó pasado volve

os ollos compasivos?

¿Quen se lembra dos mortos,

se inda non poden recordarse os vivos?

[No ceo, azul crarísimo]

No ceo, azul crarísimo;
no chan, verdor intenso;
no fondo da alma miña,

todo sombrero e negro.
¡Que alegre romaría!
¡Que risas e contentos!...
I os meus ollos en tanto
de bágoas están cheos.
Cubertos de verdura,
brilan os campos frescos,
mentras que a fel amarga
rebosa no meu peito.

A xusticia pola man

Aqués que tén fama de honrados na vila
roubáronme tanta brancura que eu tiña,
botáronme estrume nas galas dun día,
a roupa decote puñéronma en tiras.
Nin pedra deixaron, en donde en vivira;
sin lar, sin abrigo, morei nas curtiñas,
ó raso cas lebres dormín nas campías;
meus fillos... ¡meus anxos!... que tanto eu quería,
¡morreron, morreron, ca fame que tiñan!
Quedei deshonrada, mucháronme a vida,
fixéronme un leito de toxos e silvas;
i en tanto, os raposos de sangue maldita,
tranquilos nun leito de rosas dormían.

—
—*Salvádeme, ¡ouh, xueces!*, berrei... ¡Tolería!
De min se mofaron, vendeume a xusticia.
—*Bon Dios, axudaime*, berrei, berrei inda...
Tan alto que estaba, bon Dios non me oíra.
Estonces cal loba doente ou ferida,
dun salto con rabia pillei a fouciña,
rondei paseniño... ¡Ne—as herbas sentían!
I a lúa escondíase, i a fera dormía
cos seus compañeiros en cama mullida.

Mireinos con calma, i as mans estendidas,
dun golpe, ¡dun soio!, deixeiños sin vida.
I ó lado, contenta, senteime das vítimas,
tranquila, esperando pola alba do día.

I estonces... estonces, cumpreuse a xusticia:
eu, neles; i as leises, na man que os ferira.

[Dios puxo un velo enriba]

Dios puxo un velo enriba
dos nosos corazóns,
velo que oculta abismos
que El pode ollar tan só.
Cando eu penso o que viran
no que adorando estou
homilde e de rodillas
cal se adora al Señor,
se este velo caíse
de repente antre os dous,
tembro... e incrinando a fronte
digo: «¡que sabio é Dios!»

[¡Tas-tis!, ¡Tas-tis!, na silenciosa noite]

¡Tas—tis!, ¡Tas—tis!, na silenciosa noite
con siniestro compás repite a péndola,
mentras a frecha aguda,

marcando un i outro instante antre as tiniebras,

do relox sempre inmóbil

recorre lentamente a limpa esfera.
Todo é negrura en baixo,

e só na altura inmensa,

só na anchura sin límites do ceo
con inquietú relumbra algunha estrela,
cal na cinza das grandes estivadas
brilan as charamuscas derradeiras.
I a péndola no—máis, xorda batendo
cal bate un corazón que hinchán as penas,
resoa pavorosa

na escuridade espesa.

En vano a vista con temor no escuro
sin parada vaguea.

Uns tras doutros instantes silenciosos
pasando van, e silenciosos chegan
outros detrás, na eternidá caendo
cal cai o grau na moedora pedra,
sin que o porvir velado ós mortais ollos
rompa as pesadas brétemas.

¡Que triste é a noite, i o relox que triste,
se inquieto o corpo i a concencia velan!

Amigos vellos

Cando antre as naves tristes e frías
de alto mural,

cal elas fría, cal elas triste,
ó ser da tarde vou a rezar,
¡que pensamentos loucos e estraños
á miña mente veñen e van!

—

Xordo silencio que eu xa conozo,
que é meu amigo de anos atrás,
pero que é cheo de outras lembranzas,
pero onde o espírito parez que escoita
eco mortal,

reina nos ámbitos da gran basílica,
con misteriosa serenidad.

—

Incertas sombras, raios tembrosos,
cabo do altar,

pousan, vaguean, foxen i agrándanse
de adiante atrás.

I o Santo Apóstol, sempre sentado
no seu sitial

de prata e ouro, contempra inmóbil
con ollos fixos canto alí está.

—

Quen fora pedra, quen fora santo
dos que alí hai;

coma San Pedro, nas mans as chaves;
co dedo en alto como San Xoan,
unhas tras outras xeneracioes
vira pasar,

sin medo á vida, que dá tormentos;
sin medo á morte, que espanto dá.

—
Logo se acaba da vida a triste
pelerinax.

Os homes pasan, tal como pasa
nube de vran.

l as pedras quedan... e cando eu morra,
ti, Catredal,

ti, parda mole, pesada e triste,
¡cando eu non sea, ti inda serás!

[Maio longo... Maio longo]

Maio longo... Maio longo,
todo cuberto de rosas,
para algú telas de morte,
para outros telas de vodas.
Maio longo, Maio longo,
fuches curto para min,
veu contigo a miña dicha,
volveu contigo a fuxir.

Lúa descolorida

Lúa descolorida

como cor de ouro pálido,

vesme i eu non quixera

me vises de tan alto.

Ó espazo que recorres

lévame, caladiña, nun teu raio.

—

Astro das almas orfas,

lúa descolorida,

eu ben sei que n'alumas

tristeza cal a miña.

Vai contallo ó teu dono

e dille que me leve a donde habita.

—

Mais non lle contes nada,

descolorida lúa,

pois nin neste nin noutros

mundos terei fortuna.

Se sabes onde a morte

tén a morada escura,

dille que corpo e alma xuntamente
me leve a donde non recorden nunca,
nin no mundo en que estou nin nas alturas.

[Que pracidamente brilan]

Que pracidamente brilan
o río, a fonte i o sol.
Canto brilan.... mais non brilan
para min, non.

—

Cal medran herbas e arbustos,
cal brota na arbor a frol.
Mais non medran, nin frorecen
para min, non.

—

Cal cantan os paxariños
enamoradas canciós.
Mais anque cantan, non cantan
para min, non.

—

Cal a natureza hermosa
sorrí a Maio que a mimou.
Mais para min non sorrí,
para min, non.

—

Si... para todos un pouco
de aire, de luz, de calor..
Mais si para todos hai,
para min, non.

—

¡E ben!.... xa que aquí n'atopo
aire, luz, terra, nin sol,
¿para min n'habrá unha tomba?

Para min, non.

Estranxeira na súa patria

Na xa vella baranda

entapizada de hedras e de lirios
foise a sentar calada e tristemente
frente do templo antigo.

—

Interminable precesión de mortos,

uns en corpo no—máis, outros no espírito,
veu pouco a pouco aparecer na altura
do dereito camiño,

que monótono e branco relumbraba
tal como un lenzo nun herbal tendido.

—

Contemprou cal pasaban e pasaban
collendo hacia o infinito,

sin que ó fixaren nela

os ollos apagados e afundidos
deran sinal nin moestra

de habela nalgún tempo conocido.

—

I uns eran seus amantes noutros días,
deudos eran os máis i outros amigos,
compañeiros da infancia,

serventes e veciños.

Mais pasando e pasando diante dela,
fono os mortos aqueles prosiguingo
a indiferente marcha

camiño do infinito,

mentras cerraba a noite silenciosa
os seus loitos tristísimos

entorno da extranxeira na súa patria,
que, sin lar nin arrimo,

sentada na baranda contemplaba
cal brillaban os lumes fuxitivos.

[¡Padrón!... ¡Padrón!]

¡Padrón!... ¡Padrón!

*Santa María... Lestrove...
¡Adios! ¡Adios!*

I

Aquelas risas sin fin,
aquele brincar sin dolor,
aquela louca alegría,
¿por que acabou?

Aqueles doces cantares,

aquelas falas de amor,
aquelas noites serenas,
¿por que non son?

Aquel vibrar sonoro
das cordas da arpa i os sons
da guitarra malencónica,
¿quen os levou?

Todo é silencio mudo,
soidá, delor,

onde outro tempo a dicha
sola reinou...

¡Padrón!... ¡Padrón!...

Santa María... Lestrove...
¡Adios! ¡Adios!

II

O simiterio da Adina
n'hai duda que é encantador,
cos seus olivos escuros
de vella recordazón;
co seu chan de herbas e frores
lindas, cal n'outras dou Dios;
cos seus canónegos vellos
que nel se sentan ó sol;
cos meniños que alí xogan
contentos e rebuldós;
cas lousas brancas que o cruben,
e cos húmedos montóns

de terra, onde algunha probe
ó amanecer se enterrou.
Moito te quixen un tempo,
simiterio encantador,
cos teus olivos escuros,
máis vellos cóos meus avós,
cos teus cregos venerables,
que se iban sentar ó sol,
mentras cantaban os páxaros
as matutinas cancións,
e co teu osario humilde
que tanto respecto impón
cando da luz que nel arde
vé un de noite o resprandor.
Moito te quixen e quérote,
eso ben o sabe Dios;
mas hoxe, ó pensar en ti
núbraseme o corazón:
que a terra está removida,
negra e sin frois.

¡Padrón!... ¡Padrón!...

*Santa María... Lestrove...
¡Adios! ¡Adios!*



Fun un día en busca deles,
palpitante o corazón,
funos chamando un a un
e ningún me contestou.
Petei nunha i outra porta,
non sentín fala nin voz,

cal nunha tomba baldeira
o meu petar resonou.
Mirei pola pechadura,
¡Que silencio!... ¡que pavor!...
Vin no máis sombras errantes
que iban e viñan sin son,
cal voan os lixos leves
nun raio do craro sol.
Erguéronseme os cabelos
de estrañeza e de delor,
¡nin un soio!... ¡nin un soio!...
¿Donde están?, ¿que deles foi?
O triste son da campana,
vagoroso a min chegou...
¡Tocaba a morto por eles!...

¡Padrón!... ¡Padrón!

*Santa María..., Lestrove...
¡Adios! ¡Adios!*

Pasade

Brila, raio da aurora,

cal un sono de paz branco e purísimo;
¿a aquel que naceu cego, que lle importa
o teu fulgor divino?

—

Xemí, serenas ondas,

co romor dos pinares;

músicas, ¡ai!, e cantos i harmonías,
para un xordo, ¿que valen?

—

¡Pasá!... pasade, hermosas,

feitizo dos que esperan e dos que aman;
amores e praceres son mentira
pra quen tén seca a ialma.

[Por que, Dios piadoso]

¿Por que, Dios piadoso,

por que chaman crime

ir en busca da morte que tarda,
cando a un esta vida

lle cansa e lle afixe?

—

Cargado de penas,

¿que peito resiste?

¿Cal rendido viaxeiro non quere
busca—lo descanso

que o corpo lle pide?

—

¿Por que se un non rexe

as dores que o oprimen,
por que din que te amostras airado
de que un antre as tombas
a frente recrine?

—
Inferno no mundo,
e inferno sin límites
máis alá desa cova sin fondo
que a ialma cobiza
que os ollos non miden.

—
Se é que esto é verdade,
¡verdade terrible!,
ou deixade un inferno tan soio
de tantos que eisisten,
ou si non, Dios santo, piedade dos tristes.

¡Soia!

Eran craros os días,
risoñas as mañáns,
i era a tristeza súa
negra como a orfandá.
Íñase á amañecida
tornaba coa serán...

mais que fora ou viñera
ninguén llo iña a esculcar.
Tomou un día leve
camiño do areal...
como naide a esperaba,
ela non tornou máis.
Ó cabo dos tres días
botouna fóra o mar,
i alí onde o corvo pousa,
soia enterrada está.

III

Varia

Non hai peor meiga que unha gran pena

I

—Marianiña, vaite ó río..
—Deixá, ña nai, que aquí estea,
que eu non vexa a luz do día,
que a luz a min non me vexa.
—¿Que estás dicindo, rapaza?..
—Que onte á mañán na devesa
a iauga se tornou roxa
cando me fun lavar nela;
que en baixo dos meus peíños
íñanse muchando as herbas,
que ó ferirme o sol na cara
tornouma color da cera;
que os ourizos dos castaños

nos meus cabelos se enredan,
que as espiñas dos espiños
contra min se volven feras;
que ó pasa—las correidoras
prenden en min as silveiras;
que me pican as ortigas;
que me mágoan as areas,
i os paxariños ó verme
din cantando en son de queixa:
¡Vai a morrer Marianiña!...
¡Rezade todos por ela!

—¡Ai, miña virxe do Carme,
que a miña filla está enferma!
¡Ai, Dios, que ma enfeitizaron!...
¡Ai, que a abafou unha meiga!
Non foras ti tan bonita,
naide envidia che tivera.
Prenda das miñas entrañas,
ven a min, non tomes pena,
que has de ir a San Pedro Mártir,
mais que bois e vacas venda...
—Mi madriña, mi madriña,
levaime a donde quixeras,
mas para min n'hai remedio
en todo o redor da terra,
sinón é nun corazón
que me oprime antre cadeas,
si n'e nunha mala boca
que me pragueou maldicenta...

—¿Quen te pragueou, ña filla?
¿Que males, meu ben, fixeras?
—Non mo preguntés, mi madre,
vale máis que nunca o sepas.
Secretos desta feitura
deben dormir antre as pedras.

—Fala, rapaza, que sinto
ferverme o sangue nas venas.
—Que eu non vexa a luz do día,
que a luz a min non me vexa...
Mi madriña, mi madriña,
non me maldizás cal ela.
Deixame ir co meu sacreto
dormir no fondo da terra.
—Non irás co teu sacreto.
Non irás, anque ben queiras;
que alí a preguntarcho fora
tu madre, e alí responderas.
—¡Ai, mi madre!, era bonito
coma os anxos das igresias;
era en falas amoroso,
muito, muito, máis que as sedas;
era doce.... muito, muito,
máis que a mel que sai da cera.
Olía a rosas de Maio,
seus ollos eran estrelas,
e tiña cal ouro puro
a enrisada cabeleira...
—Acaba, Mariana, acaba,
que o corazón se me aperta...
¿De quen falas?, dimo, dimo...
¿Ou quizais soñaches, nena?
—Non soñei, mi má, non soño,
anque soñar ben quixera.
Folguei co conde, señora,
prometido da condesa.
Falábame antre os carballos
cando iba ó monte por leña;
falábame ó pé do río,
nas tardes do vran serenas,
falei con el... ¡ai, falara,
mi madriña, a vida enteira!
—¡Ai!, miña Virxe querida,

que a miña filla está enferma,
enferma de mal de amores
que enfermaron a honra dela.
Ben fan en cantarche os páxaros,
Marianiña, miña prenda:
*«¡Vai a morrer Marianiña!
¡Que rezen todos por ela!»*

Marianiña vai secando,
a probe sin sangue queda,
n'hai alimento que tome,
n'hai augua que lle apeteza.
Amigas n'hai que a consolen,
músicas n'hai que a entreteñan,
i á vista do sol acora,
i á vista das frores tembra.
A súa nai anda tola
en busca de santas herbas,
que no leito de Mariana
pon de noite á cabeceira;
e vai de ermida en ermida,
leva ofrenda tras ofrenda
a cada bendita virxe,
a tódolos santos reza
i ás ánimas lles pon luces
para que pidan por ela.
Pero non sanda Mariana,
Mariana sin sangue queda...
Todos din que unha *chuchona*
vén de noite a chuchar nela,
e hai algún que ven de noite,
a *compaña* pola aldea.

II

—¿Con que morre a namorada

¿Por min morre a linda nena?...
¡Nunca!, porque eso non fora
dino da miña nobreza.
Enxugade esas bagullas,
non chorés máis, probe vella,
que a nena das trenzas longas
ben pronto será condesa.
Vamos a darlle esta nova,
vámonos a cabo dela.
E a trote largo camiñan
polo medio da devesa.

—Meu señor.. ¿n'oís os corvos?
Véñen camiño da aldea...
Mirá cal baten as alas...
cal baten as alas negras.
—Deixá que as batan, que é cousa
dos corvos facer tal moestra.
—Señor, señor... ¡como chilan!
¡Que agoreiramente berran!
É porque adiviñan morte,
é que mortandade hai cerca.
—¡Habría! que Dios acolla
a aquel que deixa esta terra.
—Meu señor, tocan a morto...
¡Ai!, tocan na nosa igrexa...
¡Ña virxe! ¿Quen morrería?
—Non pensés en quen morrera,
pensá, ña vella, tan soio
na vosa filla, que pena.
—Señor, señor.. pouco andamos,
picade, por Dios, espuela,
que ó salir, á mañanciña,
n'había enfermos na aldea
sinón era miña filla,
que tiña o color da terra,
i os pés coma a neve fríos,

i as manciñas coma cera,
i ó redor dos tristes ollos
unhas coma manchas negras.
—Afrixisme co eses ditos,
e aguillóame a impacencia...
Medio condado daría
por salvar a vida dela;
da máis fermosa villana
que hai en toda a redondeza.
Mas se é que a atopase morta,
si tal nos acontecera...
Xa que a matase, hastra a morte
hei de facer penitencia.

Morreu, morreu Mariana,
o conde viuna antre as velas,
mais ela non veu a el,
que antes de chegar morrera.
Morreu como un paxariño,
i antre os lenzos que a rodean
pares un anxel que agarda
que veñan do ceu por ela.

.....
.....

Ninguén soupo que de amores
e que de olvido morrera.
Uns dixeron que unha praga
con ela na tomba dera;
outros contaban que fora
de abafada dunha meiga...
Mais por ela o conde fixo
hastra o seu fin penitencia.

Vamos bebendo

—Teño tres pitas brancas
e un galo negro,

que han de poñer bos ovos,
andando o tempo.

I hei de vendelos caros
polo Xaneiro,

i hei de xunta—los cartos
para un mantelo,

i heino de levar posto
no casamento,

i hei...
—Pois mira, Marica,

vai por un neto,

que antramentas non quitas
eses cerellos,

i as pitas van medrando
co galo negro,

para poñe—los ovos,
e todo aquilo

do Xaneiro, dos cartos,
i o casamento,

miña prenda da ialma,
¡vamos bebendo!

[Un verdadeiro amor é grande e santo]

—Un verdadeiro amor é grande e santo,
dos encantos encanto,

i é doce..., doce antre as dozuras todas.

—Seica por eso, tanto

tras dunhas i outras modas,
dálle por empachar, anque ben sabe.

—¿Por máis que acabe en vodas?...

—Anque en vodas acabe;

pois coma todo doce, miña vida,
i esta é cousa sabida

coma que queima o fogo,

canto máis come un del, repuna logo.

[Non cantes, non chores, non rías, non fales]

—Non cantes, non chores, non rías, non fales,
nin entres, nin sallas sin mo perguntare.

¡Válate San Pedro, con tanto gardarme!

—Pois de que así sea, nena, non te asañes;
que cantes, que chores, que rías, que fales...

«¡Can pasa!», nun tempo, meniña, diranche.

¡Adiante!

No escuro pavoroso
i ante o xordo rumor dos pinos bravos
que a tempestá azoutaba coma a escravos,
oicuse, como queixa de raposo,
un asubío medoso.

E un laio de temor que daba frío,
ó medoso asubío
respondeu dende o fondo da espesura,
aumentando no espírito a tristura
que daba o ronco marmurar do río.

Antre as negras ribeiras manso e lento,
como corre o abatido pensamento
antre os tristes remorsos i a esperanza,
iña a compás do vento
correndo tras da estensa lontananza.

Mais cabe da ancha orela,
misterioso e agachado un centinela
nunha lancha do Miño apousentaba;
i a arma na man i en vela
a través da ramaxen axexaba.

¡Nin ás escuras...!

I

—Todo está negro, as sombras envolven a vereda,
e nin o ceo tén ollos, nin o pinar tén lingua.

—¡Vamos! Do que hai oculto, ¿quen miden as fonduras?

¡Alma n'habrá que sepa!... ¡Ven!... a noite está escura.

—

—¿Escura?... mais relumbra non sei que luz traidora...

—E un-ha estrela que brila, n'as auguas bulidoras.

—

—¿E non oies que runxe algo onde aquel herbal?

—É o vento que anda tolo correndo antre a fóllax.

—

—Escoita, sinto pasos, e asoma seica un bulto...

—¡Se é un vivo, matarémolo! Non fala se é difunto.

—

—Mais aquí, onde este cómaro, hai unha cova fonda:
ven, e, santos ou deños, que nos atopen ora.

II

¿A donde irei conmigo? ¿Donde me esconderei
que xa ninguén me vexa i eu non vexa a ninguén?

—

A luz do día asómbreme, pásmame a das estrelas.
I as olladas dos homes na ialma me penetran.

—

I é que o que dentro levo de min, penso que ó rostro
me sai cal sai do mare ó cabo un corpo morto.

—

¡Houbera, e que saíra!... mais non: dentro te levo,
¡fantasma pavoroso dos meus remordementos!

[Xigantescos olmos, mirtos]

Xigantescos olmos, mirtos
que brancas frores ostentan,
unhas con cogollos inda,

outras que o vento esfollea.
Buxos que xa contan sigros
e que xuntos verdeguean
formando de rama e troncos
valos que naide atravesa,
e nos que moi descansadas
fan o seu niño as culebras.
Lourciros, irmáns dos buxos
pola altura i a nacemento,
pois arraigaron a un tempo
no máis profundo da terra.
Limoeiros e laranxos
que o verde musgo sombrean
i olido esparcen de azare
con que a xente se recrea.
Eternos bosques en donde
sombrió misterio reina,
onde só os paxaros cruzan
polas tristes alamedas
onde ó marmular as fontes
un coidara que se queixan,
i onde o mesmo sol do estío
melancónico penetra.
I en medio desta espesura
e desta hermosa tristeza,
nunha casa inda máis triste,
si de fachada soberba,
alí din que tén o niño
a nai de tódalas meigas:
casa con portas de cedro,
en cada ventana reixa,
cociña coma de monxes,
silencio coma de igrexa,
criados que non dan fala,
cans que morden como feras.
Alí a viron negra e fraca
coma unha gata lamenta,

no máis san e máis frorido
da hermosa terra gallega.
I estes mals que nos afrixen
din que todos veñen dela...
¡Mais socede nesta vida
que os que tén culpa na levan!

Cada cousa no seu tempo

Do alegre Maio unha alborada fresca
foite a sorrir no outono malencónico,
e por nadal os membros ateridos
quentache ben contente a un sol de agosto;
despois trembaches espantado e fuches
buscando a sombra inquieto e pesaroso;
mais a mamoria, preguizosa, tarde
trouxera ó teu recordo

que aqueses cambios bruscos,

raros e intempestosos,

de loitos e pesares, nesta vida,
sinal segura eternamente fonon.
E tras daquel calor que che emprestara
no inverno un sol de agosto,

só sentiche da frebe o mortal frío
que helou hastra os teus ósos.

As cousas no seu tempo

i as feras no seu tobo.

[Cabe das froles a nena]

Cabe das froles a nena

canta alegre o seu cantar,

i é branca coma azucena,

pálida como o luar.

E onde a boquiña, un lunar

gracioso lle dou Dios, tan feito, tanto,
que é de todos o encanto.

—

Cor de luar.. ¡que cor lindo!,

uns ollos cal noite escura,

labios que falan sorrindo,

i aquel sinal... fermosura

máis no cabe en criatura

que a que Dios quixo darche, linda rosa,
doce, casta e preciosa.

—

Ser amada, ese é o teu sino,

amada cal n'outra houber,

e ¡que dichoso destino!

ser querida e ben querer.

Hei a ambición da muller

e o soio ben que buscan sin medida
nesta mísera vida.

—

Pero, nena alunarada,

¿Sabes o que o refrán di?

Que é en amores desdichada

a que un lunar tén así.

E tamén din que o eres ti,

a pesar das risadas dos teus labios
que non saben de agravios.

—

En bon hora, o en mal hora,

que nesto de enamorar,

tamén se mete a traidora

mala sorte a traballar.

E métese a enfeitizar

corazóns inocentes e almas puras
n'aféitas a amarguras.

—

.....
.....

¡Ai da nena alunarada,

pálida como o luar!

Como canta o seu cantar

tan serena, e sin pensar

que a que lunares tén, fortuna esquiva
lle ha de ser mentras viva.

—

Alegre e dichosa canta

aquela linda canzón,

que trai á súa mente tanta

querida recordazón,

que asin e coma oración

que a ialma, triste, con amor marmura
pedindo a Dios ventura.

—

I ela non pensa, toliña,

e non maxina a coitada
que mal tras do amor camiña
e tén fertuna menguada
a que nase alunarada:
que a que tén un lunar tan primoroso
nunca terá reposo.

—

Tan soio te agardan penas,

linda rosa a do lunar,

as grandes tras das pequenas,

unha tras outra a chamar

á tua porta han de chegar;

que naide, tal é a forza do destino,
naide torce o seu sino.

Pelouro que roda

Dou en comezo pensando,
despois, gustoulle pensar,
e deste gusto ó deseio
a toda presa se vai.

—

E decote descendendo,

descendendo sin parar,
desde o deseio ó pecado
a toda presa se vai.

A disgracia

¿Por que existe? ¿Quen é? ¿Donde a soberba
morada tén? ¿Arteira, en donde habita?
Sono lixeiro ou pasaxeira nube
pra moitos é, que a penas deixa rastro.
Outros os golpes alevosos sinten
que lle asesta con negra traidoría
dende o comenzo ó fin da vida escrava.
Pero n'a ven, anque a mirada tendan
arrededor, para evitaren, cautos
o seu bafo pestífero, n'atopan
no espazo, nin na terra, nin no mare,
anque ela en todo está sempre dañina.

.....

O mal do inferno é fillo, o ben do ceo;
a disgracia ¿de quen? Loba que nunca
farta se ve, que o seu furor redobra
da fonda frida, á vista ensangrentada,
¿De donde vén?, ¿que quer?, ¿por que a consintes,
potente Dios, que os nosos males miras?
¿Non ves, Señor, que o seu poder afoga
a fe i o amor no esprito que en ti fía?
¡Como endurece o corazón que un tempo
era todo brandura! ¡Como mata
da espranza a luz, que un resprandor tranquilo
nos astros derramaba da existencia,
nova forza prestando ó pé cansado
e máis valor á ialma temerosa!
Todo o mucha ó seu paso, a pranta súa

maldita todo para sempre estraga.
Todo a súa lama pegaxosa entrubia.
¡E que oco tan profundo fai en torno
daquel a quen persigue! ¡Como fuxen
as xentes del pra non oír os laios
que o seu penar lle arrinca, ou a espantosa
brASFemia que con labio balbucente
a sí mesmo mordéndose prenuncia!
Que apestado n'existe nesta vida
que tanto horror á humanidade cause
como o que da desgracia vai tocado.

¡E como non, se o ben contra el se volve!
Se o mesmo sol non loce onde el habita,
se a fonte onde beber envenenada
decote está, se o pan se volve asentes
para seu paladar, i o mar sin fondo
enxoito nun instante se quedara
se el na onda amarga se afogar quixera;
¡e nos brazos da morte que aborrece,
a mesma morte o deixa abandonado!

¡Ah, piedade, Señor! ¡Varre esa sombra
que en noite eterna para sempre envolve
a luz da fé, do amor e da esperanza!
¡Sombra de horror que os astros briladores
escurece dos ceos, que un novo inferno
neste mundo formou, e un mundo novo,
donde todo valor perde os seu bríos
e toda forza sin loitar se estrela,
onde as tinebras da impiedá, estendidas,
borran todo camino que a ti guíe!

¡Dios de bondá, co teu potente sopro,
de nós aparta ese fantasma horrible
que a desesperazón dá por remate;
pois xa abasta cas dores, ca miseria

da carne fraca e coa infalible morte
pra tormento e castigo dos que, tristes
porque pecaron, viven desterrados
da patria celestial por que suspiran!

¡E ben! Cando comprido

¡E ben! Cando comprido

teñas ese ardentísimo deseo,
o meu rir sin descanso será estonces,
aunque un rir, triste e negro.

—

Dendes do meu corruncho solitario
estarei axexándovos sereno,
e tras da primadera e tras do estío,
verei cal chega para vós o inverno.
¡E que inverno tan triste,

tan áspero e tan fero!...

—

Como no outono as follas cán dos árbores,
dos vosos corazós irán caendo
as brancas ilusións con que crubíades
o chan do simeterio

en donde os nosos mortos dormen xuntos
do olvido no silencio.

—

E nas negras mortaxas que os envolven,
diante de vós aparecer verédelos,
decindo: —N'era aquilo o que buscábades

cando enganados insultaste os ceos...
¡N'era aquilo sin duda, desdichados,
mais... tampouco era *esto!*...»

I eu desde o meu corruncho sorrireime
cun sorrir triste e negro.

Sin niño

Por montes e campías,
camiños e espranadas,
Vén unha pomba soia,
soia de rama en rama.

Síguena as probes crías,
sedentas e cansadas,
sin que alimento atope
pra darlles a bicada.

Trai manchadas as prumas,
que eran un tempo brancas,
traí muchas e rastreiras
i abatidas as alas.

¡Ai!, probe pomba, un tempo
tan querida e tan branca.
¿Onde vai o teu brilo?...
¿O teu amor, onde anda?

Eu por vós, e vós por outro

—A linda, a grande señora,

de non vista fermosura,
¿Onde irá tan a deshora
nunha noite tan escura?
¿Onde irá con tal premura?

—
Vai enfouzando na lama
o zapatiño de seda...
¡Polo toxal vai a dama,
i o dono antre holandas queda!...
Bon sono Dios lle conceda.

—
Que el durma, que eu velarei
pola dona máis fermosa
que vin no mundo e verei;
xardiñeiro, coido a rosa
de cuio olido outro gosa.

—
Coido dela noite e día,
sin descanso nin sosego,
que atopalo non podría;
corpo e ialma, non o nego,
a esa tarefa me entrego.

—
E anque desto nada sabe,
eu sei canto poido dela,
mais que tal saber me acabe...
sai, pombiña; sai, estrela,
que un valente por ti vela.

.....
¿A donde vai? A escondida
porta se abre paseniño...
romor de seda comprida
runxe alá polo camiño
que vai da fonte ó muíño...

—
N'a vexo, mais ela é,
chégame o seu doce olido,

sento o pisar do seu pé,
i o meu corazón ferido
de pracer dou un batido.

—

Nobre dama, linda dona
dos corazóns que prendás,
perdóname, si, perdona
si che sigo a donde vas,
¿non ves que en perigo estás?

—

En noite tan tempestosa
¿quen vos meteu tal deseio?
¡Enlamugarse así a rosa!...
E no meu corazón leo
que non levás paz no seo.

—

¿E si atopás a *compaña*?
¿E si vos sai a *estadea*?
¿Si con falas vos engaña
e vos pon mantel e cea,
mentras troa e lostreguea?

—

N'irés soia, pesi a vos,
n'irés mentras que eu alente,
pois fora atentar a Dios.
Señora, Dios non consente
que o perigo busque a xente.

—

Sin que sepás que vos sigo,
irei tras de vós agora,
por si vos tenta o enemigo.
I entanto non sai a aurora
non vos deixarei, señora.

—

—¡Adios.... adios, dama hermosa!
¡Darvos a tan malos modos!...
Non vos levou a *compaña*,

mais o enemigo levouvos.

—

Embágame o asombro a ialma...

¡Ai, amor tolo... amor tolo!...

Ben di aquel refrán sabido:

eu por vós, e vós por outro.

[¡Valor!, que anque eres como branda cera]

—¡Valor!, que anque eres como branda cera,
aquí en perigro estamos,

e noutro lado a libertá che espera
que aquí ninguén che dera.

—Vamos, señor, a donde queiras... ¡Vamos!

—

—Tan nobre eres, meu ben, como esforzada;
mais, ¡tembras coma a cerva acorralada,
ora que xuntos por ventura estamos
para fuxir, ña prenda namorada!...

—¡Pois, fuxamos... fuxamos!...

—

—¿Tés medo, miña vida,

a seres nos meus brazos sorprendida
e a que xuntos, amándonos morramos?

—¡Ai, non, que a dicha así fora cumprida!...

Mas, partamos... partamos...

¡E adios, paz e virtú, sempre querida!

Dulce sono

Baixaron os ángeles
adonde ela estaba,
fixéronlle un leito
cas prácidas alas,
e lonxe a levano
na noite calada.
Cando á alba do día
tocou a campana,
e no alto da torre
cantou a calandria,
os ángeles mesmos,
pregadas as alas:
«¿Por que —marmurano—,
por que despertala?...»

[Espantada, o abismo vexo]

—Espantada, o abismo vexo
a onde camiñando vou...
¡Corazón... canto es tirano,
i es profundo, meu amor!
Pois eu, sin poder conterme
n'escoito máis que unha voz,
e a donde ela quer que vaia,
sin poder conterme, vou...

—

—Hoxe, á noite, des que durman,
sairei polo ventanil;
daránme as sombras alento...
e ¡adíos, casa onde nacín!
Honra que tanto estimei,
santidade do meu lar..

¡Polo meu amor vos deixo
para toda a eternidá!
¡Señor!..., daesme castigo;
que o merezo ben o sei;
mais... condename Señor,
a sufrilo cabo del.

[Para a vida, para a morte]

—Para a vida, para a morte
e para sempre en jamás,
pedinte a Dios, e Dios dóuteme
por toda unha eternidá.
—Para a vida, para a morte
e para sempre en jamás,
quero ser vosa, e que seades
o meu Señor natural.
—Mais a que así querer sabe
non debe ter pai n'irmán,
nin home, se é que é casada,
nin fillos, se acaso é nai.
—Espanta o que estás decindo...
mais en sinto que é verdá;
lévame, señor, que irei
onde me queiras levar...
—Pois vente... ¿Que importa o mundo
a quen tén a eternidá?
Xuntos hemos de vivir,
xuntos nos han de enterrar,
e os nosos corpos aquí,
e as nosas almas alá,
quer Dios que en unión eterna
esten pra sempre jamás...
—
Cal ó paxaro a serpente,

cal á pomba o gavián,
arrincouna do seu niño
e xa nunca a el volverá.

Na tomba do xeneral inglés sir John Moore morto na batalla de Elviña (Coruña) o 16 de xaneiro de 1809

A miña amiga María Bertorini,
nativa do país de Gales.
Coruña, 1871

¡Cuan lonxe, canto, das escuras niebras,
dos verdes pinos, das ferventes olas
que o nacer viron!... dos paternos lares,
do ceo da patria que o alumou mimoso,
dos sitios, ¡ai! do seu querer, ¡que lexos!...
viu a caer, baixo enemigo golpe
pra nunca máis se levantar, ¡coitado!
¡Morrer asín en estranxeiras praias,
morrer tan mozo, abandona—la vida
non farto aínda de vivir e ansiando
gustar da froita que coidado houbera!
¡l en vez das ponlas do loureiro altivo
que do heroe a testa varonil coroan,
baixar á tomba silenciosa e muda!...

¡Ouh brancos cisnes das britanas islas,
ouh arboredos que bordás galanos
dos mansos ríos as ribeiras verdes
i os frescos campos donde John correra!...
Se a vós amargo xemidor suspiro
chegou daquel que no postreiro alento
vos dixo ¡adios! con amorosas ansias

a vós volvendo o pensamento último,
que da súa mente se escapaba inxele,
¡Con que pesar, con que dolor sin nome,
con que estrañeza sin igual diríades
tamén ¡adios! ó que tan lonxe, tanto,
da patria, soio, a eternidás baixaba!

I o gran sillón, a colgadura inmóbil
do para sempre abandonado leito;
a cinza fría do fogar sin lume,
a branda alfombra que leal conserva
do pé do morto unha sinal visibre,
o can que agarda polo dono ausente
i o busca errante por camiños ermos,
as altas herbas da alameda escura
por onde el antes con solás paseaba,
o sempre igual mormoruxar da fonte
donde el nas tardes a sentarse iña...
¡Cal falarían sin parar de Moore,
co seu calado afrixidor linguaxe,
ós ollos, ¡ai!, dos que por el choraban!
¡Xa nunca máis.... xa nunca máis, ¡ouh!, triste,
ha de volver, onde por el esperan!
Parteu valente, a combatir con gloria.
¡Parteu, parteu!.... e non tornou, que a morte
segouno alí nos estranxeiros campos,
cal frol que cae onde a semilla súa
terra n'atopa en que arraigar poidera.

Lonxe caíche, pobre jolín, da tomba
onde cos teus en descansar pensaras.
En terra allea inda os teus restos dormen
i os que te amaron e recordan inda,
mirando as ondas do velado Oceano,
doridos din, desde as nativas praias:
—¡Aló está el, tras dese mar bravío;
aló quedou, quisais, quisais por sempre;

tomba onde naide vai chorar, cobexa
amadas cinzas do que nós perdemos!...
I os tristes ventos i as caladas brisas
que os mortos aman si lexanos dormen
do patrio chan, a refrescarte veñen
do vran na noite calorosa, e traen
pra ti nas alas cariñosas queixas,
brandos suspiros, amorosos ecos,
algunha bágoa sin secar, que molla
a seca pedra do mausoleo frío,
do teu país algún perfume agreste.

¡Mais que fermosa e sin igual morada
lle coupo en sorte ós teus mortales restos!...
¡Quixera Dios que para ti non fora
nobre estranxeiro habitación allea!...
Que n'hai poeta, ensoñador esprito
non pode haber que ó contemplar no outono
o mar de seca amarillenta folla
que o teu mausoleo con amor cobexa;
que ó contemplar nas alboradas frescas
do mes de Maio as sonrosadas luces
que alegres sempre a visitarche venen,
non diga: «¡Asín cando eu morrer, poidera
dormir en paz neste xardín frorido,
preto do mar.. do cimenterio lonxe!...»
Que ti n'escoitas enjamás, ¡ouh, Moore!
Choros amargos, queixumbrosos rezos,
ni—os outros mortos a chamarte veñen,
pra que con eles na calada noite
a incerta danza dos sepulcros bailes.
Só doce alento do cogollo que abre,
da frol que mucha o postrimeiro adiose,
loucos rebuldos, infantiles risas
de lindos nenos que a esconderse veñen
sin medo a ti tras do sepulcro branco.
I algunha vez, ¡moitas quizais!, suspiros

de ardente amor que o vento leva donde
Dios sabe só... por sin igual compañía
dichoso tés na habitación postreira.
¡I o mar, o mar, o bravo mar que ruxe
cal ruxe aquel que te arrolou na cuna,
mora onda ti, vén a bicar as pedras
dun chan de amor que con amor te garda,
i arredor teu deixa crece—las rosas!...
¡Descansa en paz, descansa en paz, ouh, Moore!
E vós que o amás, do voso honor celosos,
fillos de Albión, permanecei tranquilos.
Terra fidalga é nosa terra —tanto
cal linda Dios a quixo dar—, ben sabe
honra facer a quen merece honra,
i honrado así, cal mereceu, foi Moore.
Soio n'está no seu sepulcro; un puebro
co seu respecto compasivo véla
polo estranxeiro a quen traidora morte
fixo fincar lonxe dos seus, i a alleos
vir a pedir o derradeiro asilo.

Cando do mar atravesés as ondas
i ó voso irmán a visitar vaiades,
poñé na tomba o cariñoso oído,
e se sentís rebuligar as cinzas
e se escoitás indefinibres voces
e se entendés o que esas voces digan,
a ialma vosa sentirá consolo.
¡El vos dirá que arredor do mundo
tomba mellor que a que atopou n'achara
sinón dos seus antre o amoroso abrigo!

I

[Cal grasirosa brandeas]

Cal grasirosa brandeas
o teu corpo lixeiro,
si bailas nos estrados
c'aquel galán soberbo,
brandea o norte as ponlas
xentís dos ameneiros;
i unha tras outra folla
de cor amarillento
vai deixando, enredada
nos teus rizados cabelos,
triste coroa pondoche,
tan mucha, Dios do ceo,
como a que na alma túa
pon o teu pensamento...
¡É que se vai o outono!
¡É que se vén o inverno!

Mas inda nas fonduras
do ameno val, serenos
sopran ventos soaves,
que aromas tran do ceo.
Inda na farta beira
cuberta de xilmendros
por onde corre o Miño,
maxestuoso e lento,
do vran se oie o máis doce
sospiro derradeiro
que alí quedou durmindo
antre o romeu i o espriego,
como quedou un raio
de esperanza no teu peito.

||

[Mas o que tén mal sino]

Mas o que tén mal sino,
mal sino o seguirá,
que as rápidas correntes
non volven nunca atrás.
¿Que asperas, se a esperanza
caso de ti non fai?...

Adiante, pelegrina,
dá fin ó teu romax,
que, anque acabar non queiras,
aló te han de levar
do teu mal fado as ondas
e os fortes huracáns.

¡Que inda tes fe!... Terala,
ña probe, no teu mal;
terala nas espiñas
que te han de atormentar;
na fel que pezoñosa
sin sede beberás;
no pan amargo e duro
que te alimentará.

Nunca do mar as ondas
doces se tornarán,
nunca túa sorte terca
ca dicha amainará,
nin ca ilusión te alentes
dun brando descansar;
que só o sono da morte
o triste dorme en paz.

Acaba logo, acaba
o teu triste romax,
que ó que en mal sino nace,
mal sino o seguirá.
Nas alas da disgracia

o teu destino vai,
e as rápidas correntes
non volven nunca atrás.

Sin terra

«¡Calade, ouh ventos nouturnos;
calá, fonte da Serena,
que alá por cabo das Trompas
quero oír quen chega!»

—

Calaron os ventos todos,
xurrou a fonte máis queda,
e vin qué iban a enterrar
o corazón dela.

—

Vina despois inda viva
por campos e por devesas,
mais iña para unha tomba
pedindo terra.

—

Non a atopou, e por eso,
amostra ás vistas alleas
inda aquel corazón morto
a súa cangrena.

[Para uns, negro]

Para uns, negro;

Pra outros, branco;

e para todos,

traspoleirado.

I

—Sé astuto se é que sabes,

víngate das ofensas se é que podes;
ó que che sirva, págalle,

mais a quen non che de, nunca lle dones;
porque a moral dos santos

non reza sempre ca moral dos homes.

Esto un gallego montañés e rudo,
farto de humillaciós e de rencores,
ó agonizar lle aconsellaba a un fillo,
herdeiro dos seus mais e de seu nome.

II

—Sé inxenuo e leal sempre,

perdoa a quen te ofenda

fai ben decote a amigos i enemigos
i á porta franca, sin temor, espera:
n'hai máis que un Dios i unha moral que salve
ós tristes fillos de Eva.

Esto a probe viuda
do montañés, morrendo antre a miseria,
resinada ó seu fillo lle dicía...
i a Dios o esprito lle entregou serena.



E fixolle el as honras,
mais tan só con xemidos e con bágoas;
crego non houbo ó redor que á probe
o enterro de limosna lle cantara.
Nun corruncho do adro
onde as ortigas ásperas medraban,
sin cruz, señal, nin lousa,
alí quedou perdida e sepultada;
e triste o fillo e soio
tornou sanudo á solitaria casa.
«Meu pai doume un consello —iña pensando—
e miña mai domne outro;
e se ela tiña santidá e concencia,
esprencia el tiña e sabidá dabondo.
Son fillo del e dela...
partirei, pois, a hirencia de dous modos;
ña nai, fareille ben a quen cho fixo...
Meu pai, venganza piden os teus ósos».

Tristes recordos

Unha tarde alá en Castilla
brilaba o sol cal decote
naqueles desertos brila.

Craro, ardoroso e insolente,
con perdón del, pois n'e modo
aquel de queima—la xente,

e secar con tales bríos
a probe inxeliña pranta,
a fonte, os sedentos ríos.

Unha tarde, ¡ouh, que tristeza
me acometeu tan traidora,
véndome en tal aspereza!

¡A donde vin a parar!,
pensaba mirando o ceo
para a terra non mirar.

Por que o ceo era, eso si,
un máis ou menos azul
como o que temos aquí.

Mentras que a terra, ¡bon Dios!...
Señor, ¿posibre será
que aquela a fixeses vós?

Mais, ¿por que estrañarme tal
se as cousas que vós facés
jamás as facedes mal?

Fixestes tan tristes llanos,
mais fixécheos, Dios caramente,

soio para os castellanos.

¡Ai!, cada pomba ó seu niño,
cada conexo ó seu tobo,
cada ialma ó seu cariño.

Aquesto me eu repetía
naquela tarde, recordo
de negra malencolía.

E namentras, contempraba
da igual, extensa llanura
a terra que branqueaba,

do largo pinar cansado
a negra mancha sin término,
do puebro o color queimado,

i antre o chan i o firmamento
as nubes de denso polvo,
que iba levantando o vento.

Do deserto fiel imaxe,
¡co mesmo alento de brasa,
co mesmo ardente coraxe!

Ó lonxe o mular pasaba,
viña a tourada máis preto,
a ovella enferma balaba.

E no xa queimado espiño,
fuxindo do sol ardente
pousábase o paxariño.

¡Dios mío, que ansia cativa!
Pesaba en min a tristeza
cal se me enterrasen viva.

Lembranzas da terra hermosa,
calmá ca vosa frescura
as penas da alma chorosa.

Porque ese sedento río
envolto en malinas brétemas,
dá callentura, dá frío.

De pronto oín un cantar,
cantar que me conmoveu
hasta facerme acorar.

Era a gallega canzón,
¡era o *alalá!*... que fixo
bater o meu corazón

con un estraño bater,
doce, como o ben amar,
fero, como o padecer.

De polvo e sudor cubertos
ca fouce ó lombo, corrían
por aqués campos desertos,

un fato de segadores...
¡l eran eles, eran eles
os meigos dos cantadores!

¡Adios, pinares queimados!
¡Adios, abrasadas terras
e cómaros desolados!

Pechei os ollos e vin...
vin fontes, prados e veigas
tendidos ó pé de min.

Mais cando a abrilos tornei,
morrendo de soidades,
toda a chorar me matei.

E non parei de chorar
nunca, hastra que de Castela
ouvéronme de levar.

Leváronme para nela
non me teren que enterrar.

[Meses do inverno fríos]

Meses do inverno fríos,
que eu amo a todo amar;
meses dos fartos ríos
i o doce amor do lar.
Meses das tempestades,
imaxen da delor
que afrixe as mocedades
i as vidas corta en frol.
Chegade e, tras do outono
que as follas fai caer,
nelas deixá que o sono
en durma do non ser.
E cando o sol fermoso
de abril torne a sorrir,
que alume o meu reposo,
xa non o meu sufrir.

|

[Era no mes de Maio]

Era no mes de Maio,
no mes do amor, das prantas e das frores,
mes dos soaves perfumes
i os transparentes cores,
dos trinos matinais dos paxariños,
das cándidas e frescas alboradas,
das pasaxeiras nubes,
e das tardes sorrintes e douradas.
Cando o mar está azul, o ceo sereno
como o dormir dun neno,
mansos os ríos, altas as estrelas,
máis desvaída a lúa,
si tamén máis fermosa,
co aquela gracia sin igual que é súa,
i era, en fin, cando todo nesta vida
sorrí ós mortais ca alegre, esplendorosa
sorrisa virxinal da primadera
que amar i a ser dichoso os convida.
A todos... ¡ai!, quixera
que así a sorte o fixera,
mais algún hai que envolto na negrura
da súa propia tristura,
tan soio ve, da primadera hermosa,
no sol morno e na rosa
co fresco orballo da mañán cuberta,
un triste e mal agoiro que desperta
pensamentos de loito e desventura.

||

[Era nunha mañán do mes de Maio]

Era nunha mañán do mes de Maio

en que parés que os ánxeles cantaban,
mentras mansas as brisas se queixaban
con amoroso laio;
en que o rego o pasar polas curtiñas
non sei que cousas mormuraba leve,
i o voar das inquietas anduriñas
que nos aires chiaban,
á vista dos nubeiros sabidores
venturas e contentos agoiraba:
mañán de encantos cheia
cal o espírito as deseia,
cando espera e confía;
mañán que chama a toda cras de seres
ó pracer i á alegría,
menos á triste ialma,
que, dendes que é non sabe
que é ter sosego ou calma,
donde a dozura do gozar comence,
donde a crudeza da delor acabe.



[Da Garda ánxel bondoso]

Da Garda ánxel bondoso,
que as brancas alas paseniño bates
ó redor do acongoxado espírito,
pra derramar en el santos consolos
que nos tras do infinito,
¿en donde, en donde estabas,
que antre negros querbantos
soia un alma tristísima deixabas?
Fe, esperanza, virtudes,
orixen das eternas beatitudes,
e que dendes rexiós máis venturosas

vindes calmar as amarguras nosas...
¿Donde estades, en donde?
¿Cando ó que en vós confía,
soio, en loita coas ansias da agonía,
orfo, vos chama, e naide lle responde?

IV

[Por aqueles que odiaba perseguido]

Por aqueles que odiaba perseguido,
polos que amaba odiado,
un triste a dura sorte condenado
contemplaba do cántabro a bravura
con un ollar profundo,
cal si tras de tan fonda sepultura
entrevise as anchuras do outro mundo.
E con ánimo forte,
do líquido cristal hastra tocalo,
en carreira chegou vertixinosa
cal se atraisón do abismo misterioso,
con forza estraña o conduxese á morte.

E dixo: —¡Vida, adios!, ¡adios, tormento,
que con martirio lento
me arrancache astra os soños da esperanza!
Da desventura miña
vou a crebar o brazo poderoso,
alí donde n'hai dor, nin ha ¡mudanza,
e se enterra a inquietude no reposo.
¡E ti, mala pasión que en min te cebas
e foches o meu Dios i o meu castigo,
xa que me qués matar, morre conmigo!

Calou o triste, e inmensas, pavorosas,

cas súas crins espumosas,
retorcéronse as ondas pola area,
incitando ó coitado
a dar fin á pelea
que houbera no seu peito encomenzado.

Mais un brando sonido
fireu de pronto o contrubado oído
daquel ser desdichado...
e escoitou asombrado
dun invisible ser a fala hermosa,
que con branda e celeste melodía,
soave e mainamente lle decía:

—¡Detente ó pé da orela
da túa vida, cobarde centinela;
non queiras por fuxires do presente
da eternidade descorre—los velos!
Agarda a que a medida,
con rosas ou con fel, enchas da vida;
nin fagas que na tomba se derrame
antes que Dios cha pida.
Que ningún fillo de Eva
ó fin se ha de librar do seu penare
anque á morte se astreva.
Despois de atravesare
os desertos inmensos do infinito,
ó mundo volverías en esprito
a sufrir, i o ten crimen a pagare.
As noites tras dos días
sin descanso nin tregua
apegado a aquel seo te verías,
do ingrato corazón vendo os batidos
non por ti, mais por outros repetidos.
En aquel pensamento
con impracable craridá leerías
a traizón alevosa, o olvido amargo

sin velo que os crubir, nin finximento.
—¡Ouh Dios, Dios poderoso!...
¡Que tormento espantoso!

—Ninguén torce o poder dos seus destinos,
infaustos ou beninos;
nin a ninguén lle é dado
renegar do seu fado.
Só vence quen espera...
Volve a vivir e espera resinado.

E tornou a vivir, arrepentido,
anque triste e dorido,
aquele probe coitado:
pideulle a Dios perdón do seu pecado,
e Dios, compadecido,
mandoulle santa paz e doce olvido.

¿Que tén?

Sempre un ¡a! prañideiro, unha duda,
un deseio, unha angustia, un delor...
É unhas veces a estrela que brila,
e outras tantas un raio de sol;
é que as follas dos árbores caen,
é que abrochan nos campos as frois,
i é o vento que zoa,

i é o frío, e a calor...

e n'é o vento, n'é sol, nin é o frío,
non e... que e tan só

a alma enferma, poeta e sensibre,

que todo a lastima,

que todo lle doi.

[Ti, a feiticeira e branca como as neves]

—Ti, a feiticeira e branca como as neves,
i a linda antre as millores;

ti, arrededor de quen, cal as abellas
a redor dunha rosa, andan os homes,
(xente que o mesmo acaso que as mulleres
é dada a toda crase de traizoes);
non queiras en jamás, se es queridora,
non dones en jamás, mas que chen donen;
se é que te firen, miña prenda, rite,
se é que te engañan, meu amor, non chores.
Ve que pasou o tempo das Corinas,
i o máis que ora se sofre,

só porque non se diga,

é rabiar canto un pode.

—¡Rabiar no máis... dixera que mentides!

—Si, si, rabear ben forte;

mas ca rabia picante e aguilloeira
que é salsa apetitosa das pasioes.
¿Que fora, ¡ouh Dios!, sin os asentes ferros
dos estómagos probes?

Dos corazóns do día,

¿Que fora sin as rabias, meu amore?

Ruinas

(harmonías da tarde)

Traducción de Ruiz de Aguilera

Xa Novembro espiraba
cando cansado e só, tomei asento
ó pé do endebre muro,
vella defensa e límite dun puebro.
Polas abertas fendas,
casa que ás sabandixas abre o tempo,
hoxe o lagarto mira
con fría ollada o estrago en torno feito.
Sin core a trepadora,
ortiga vil e xaramago enfermo,
cuios muchos ramallos
moven os aires ó pasar xemendo;
coroan capiteles
o destrozado pórtico do templo,
que tende na campía
antre polvo de altares o esqueleto.
Xa no lare sagrado
lume n'encede a ríai ó son dun rezo,
e da tishada pedra
a borralliña os ventos xa varreron;
e xa dos vellos arcos
e colunas as pedras van caendo,
cal unha e outra bágoa
cai dos ollos dun triste sin achego.
¡Como as muchadas follas
se desprenden da ponla onde naceron,

restos daquela vida
con que a vista encantaba o souto ameno!
¡E cal amostra o río,
casi que enxoite o empedregado leito,
regueiro miserable
doutro farto raudal, limpo e sereno!
¡Cal os outeiros arden
do sol do outono ó lampo derradeiro,
mentras sombrisa a noite
vai caladiña os valles sorprendendo!
Bataladas ó lonxe
dá unha campana sospirando resos;
i á tarde que agonisa
mándalle a relixión o adios máis tenro.
I o moucho revoando
berra tamén con chilos agoreiros,
coma morto sin tomba
que anda soio ó redor dun simeterio.
Cando as alas sacude
a voz desperta de dormidos ecos;
e parés que resoa
tras do que pasa pensatible, austero,
o ruxir misterioso
de visións que en tropel forman os medos,
polo chan arrastrando
pardo saial, os brancos esqueletos.
Ou ben que resucita
a pobraición do seu reposo eterno,
rendido pelegrino
que cobra, descansando, novo alento,
i a camiñata emprende
ó doce amanecer dun día sereno,
que crube os seus albores
baixo un de nubes pudoroso velo.
Mais acábase o encanto
un momento despois; así os xa restos
das ilusíons mortañas

enchen da ialma o dolorido seo.
I ora outra ves do muro
os cantos sin parar rodan desfeitos,
i ó seu compás as follas
das amarelas ponlas van caendo,
cal unha e outra bágoa
cai dos ollos dun triste sin achego,
ou anacos da vida
con que a vista encantaba o souto ameno.
Todo así pasa; a sombra
sigue decote á lus do craro ceo;
e, ¡ai!, a vellés caduca,
da moxedá é recordo pasaxeiro.
Ti soio non acabas,
¡ouh esprito que ximes nun encerro!
Mais con man compasiva
a morte, ó fin, quebrantará os teus ferros.
Quedará o fráxil vaso
da túa esencia inmortal anacos feito,
e polos aire, ela
en busca irá do seu amor eterno.
Á terra que perdeche
voarás lixeira do manchado suelo,
que as túas alas tocaron
ó pousarte do mundo no deserto.
Nel, ¡ai!, triste a recordas,
como da súa os azulados ceos
o probe desterrado
na beiriña dos ríos estranxeiros.

[Chirrar dos carros da Ponte]

Chirrar dos carros da Ponte,
tristes campanas de Herbón,
cando vos oio partídesme

as cordas do corazón.

—

Ceboleiras que is e vindes
de Adina polos camiños,
á beira do camposanto
pasá leve e paseniño.

—

Que anque din que os mortos n'oien,
cando os meus lle vou falar,
penso que anque estén calados
ben oien o meu penar.

A bandolinata

Ca espada asesina
no peito encravada,
o espírito na sombra
i o corpo na lama,
máis negra que a morte,
que a terra máis baixa,
bagullas de sangue
chorando en estaba.

De pronto antre o espeso
da brétema parda
con rara harmonía
salíu unha cántiga...
¡Que fresca e que doce,
que leve e que estraña
soou nas recónditas
cavernas da praia!

Calmouse o meu dore
cal sede ca iaugua
do probe sedento

na fonte se calma.
Nos ollos detidas
quedáronse as bágoas,
namentras inmoble,
suspensa, escoitaba.

De tempos remotos
de edades leixanas,
de noites sereas,
pra sempre acabadas,
aquele cantar tróuxome
non sei que lembranzas,
non mortas... dormentes,
¡quen sabe en que campas!

Coidara que a oíra
nos campos de Italia,
sendo eu quizais reina,
quizais sendo escrava,
na orella do Bósforo
do pazo á ventana...
mais sempre amor fondo
sentindo na ialma.

¿Que estraños soñares
se en min despertaran
do músico incónito
ca sonora cántiga?
¿De anteriores vidas,
cales recordanzas
calmaron a dore
das presentes ansias?

¿Quen pode decilo?
Misterios da humana
fráxil natureza,
naide os espricara;

so sei que sintindo
consolo na ialma
amei desde estonces
a bandolinata.

[Branças virxes de cándidos rostros]

Branças virxes de cándidos rostros,
varóns santos de frente serea,
nobres matronas,

monxas austeras,

i aínda aquelas que parés que nunca
tocaron cas prantas

os lodos da terra,

na concencia ¿quen sabe, a escondidas
as manchas que levan?

—

Mais se hai anchos ríos,

e mares imensos,

e lagos sin fondo,

e torrentes que arrancan as penas,
deste mundo nos ámbitos todos
n'hai auguas que laven

manchadas concencias

i aqués que se manchan,

manchados se quedan.

¡Soio as lavan as bágoas abondas
da penitencia!

Vanidade

Algúns ricos entérranse ó probe,
e algúns probes ó grande se enterran,
todos para distinguirse,

e hastra ó morrer ter fachenda.

¡Vanidá!, ¡canto vals antre os homes,
que hastra as portas da morte penetras!
Mas de que can no burato,

todos iguales se quedan,

i o polvo, ó polvo se torna

e onde os vivos a soberbia.

[Para á vida e para á morte]

—Para á vida e para á morte
E para sempre jamas
Pedinte a Dios, e Dios dóuteme
Por toda un-ha eternidad.
—Para á vida e para á morte

E para sempre en jamas,
Quero ser vosa, e que séades
O meu señor natural.
—Mais a que así querer sabe
Non debe ter pay, n'hirmans,
Nin home, s'é qu'é casada,
Nin fillos si acaso é nay.
—Espanta o qu'estás decindo...
Mais eu sinto qu'é verdá,
Lévame señor qu'irey
Ônda me queiras levar.
—Pois vente ¿qu'importa o mundo
A quen ten á eternidá?
Xuntos hemos de vivir,
Xuntos nos han d'enterrar,
Y os nosos corpos aqui,
Y as nosas almas alá,
Quer Dios qu'en union eterna
Esten pra sempre en jamás.
.....
.....
Cal ô páxäro a serpente,
Cal â pomba o gabilan,
Arrincouna d'o seu niño
E äa nunca á el volverá.

[Apresa, Alvaro de Anido]

Apresa, Alvaro de Anido,
vive moito en pouco tempo,
espolea o teu cabalo
e espoleándoo revéntao.
¿Que importa un nobre cabalo?
¿Que importan dous nin trecentos?
O que importa, Álvaro Anido,

é chegar cedo.

Vai dun polo a outro polo,
rexistra os antros terreos,
monta na locomotora,
sube nos grobos aéreos,
e coa centela recorre
do vacío o espazo inmenso:
es home, e cansarás, Álvaro,
correndo e correndo.

[Decides que o matrimonio]

Decides que o matrimonio
é santo e bueno. Seraio;
mais non casou san Antonio,
por máis que o mesmo demonio
tentouno a face—lo ensaio.

—
Celicios, cantos poder;
penitencias, a Dios dar;
mais santo n'houbou, a meu ver,
que dos casados quixer
ca pesada cruz cargar.

—
Nin os santos padres todos,
de quen tes tantos escritos
e alabas de varios modos,
quixeron naqueles lodos
meter os seus pés benditos.

—
Do dereito, do rivés,
matrimonio, un dogal es;

eres tentazón do inferno;
mais casarei... pois no inverno
¡non ter quen lle a un quente os pés!

[Agora cabelos negros]

Agora cabelos negros,
máis tarde cabelos brancos;
agora dentes de prata,
mañán chavellos querbados,
hoxe fazulas de rosas,
mañán de coiro enrugado.
Morte negra, morte negra,
cura de dores e engaños:
¿por que non máta—las mozas
antes que as maten os anos?

[Premita Dios que te vexas]

—Premita Dios que te vexas
cal as cóbregas arrastro,
que a iaugua que a beber vaias
che se volva xaramagos,
que pidas e non atopas
pousada, acougo, n'amparo;
e que inda morto de fame
quedes ó pé dun valado.
—Praguea, boca, praguea
mentras que en me vou marchando;
pragas de malas mulleres
nunca lle can ós soldados.

[Tengo un mal que non tén cura]

Teño un mal que non tén cura,
un mal que naceu comigo,
i ese mal tan enemigo
levarame á sepultura.

—

Curandeiros, ceruxanos,
dotores en medecina,
pra esta enfermidade miña
n'hai remedio antre os humanos.

—

Deixá, pois, de remexer
con concencia ou sin concencia,
os libros da vosa cencia,
pois para min n'han de ter.

—

¿Que o dudás? Duda non cabe
nesto que digo, doutores,
anque pese, hai amargores
que non pasan con xarabe.

—

¿Asañasvos porque digo
verdás que sabés de sobra?
Pois a probar... mans á obra:
vede de curarme, amigo.

—

O meu mal i o meu sufrir
é o meu propio corazón:
¡quitaimo sin compasión!
Despois: ¡faceme vivir!

[Sarna con gusto, non pica]

Sarna con gusto, non pica;
o conto é sarna sin él,
i o verdadeiro castigo
no máis fondo ha de doer.
Non é sufrir chorar sangue,
ós pés de quen un quer ben;
del vivir lonxe e olvidado...
¡este si que penar é!

[É verdade que un pode]

«É verdade que un pode
ser pior ou millor,
pero vir de bon tronco,
eso sempre foi bo.
Teus pais eran xitanos,
e ti hoxe eres marqués,
masque... que ó fin i ó cabo
un vén de donde vén.
Can fillo dun raposo,
que o teñan por leal;
que si non come os pitos
e que non poderá».

Esto cantaba un cego
na feira da Asunción,
e do seu cantar ríanse
todos que era un primor.
I uns ós outros mirábanse
cal querendo decir:
«Rásquese a quen lle proia,
que esto non vai pra min».

[Fas uns versos... ¡ai, que versos!]

Fas uns versos... ¡ai, que versos!
Pois cal eles non vin outros,
todos empedregullados,
e de cotomelos todos,
parecen feitos adrede
para lerse a sopramocos.

[Tembra un neno no húmedo pórtico]

Tembra un neno no húmedo pórtico...
Da fame e do frío
ten o selo o seu rostro de ánxel,
inda hermoso, mais mucho e sin brillo.

Farrapento e descalzo, nas pedras
os probes peñños,
que as xiadas do inverno lañaron,
apousa indeciso;
pois parés que llos cortan coitelos
de aceirados fíos.

Coma can sin palleiro nin dono,
que todos desprezan,
nun curruncho se esconde, tembrando,
da dura escaleira.
E cal lirio se dobra ó secárese,
o inocente a dourada cabeza
tamén dobra, esvaesido ca fame,
e descansa co rostro nas pedras.

E mentras que el dorme,
triste imaxen da dor i a miseria,

van e ven *ja adoraren o Altísimo!*
fariseios, os grandes da terra,
sin que ó ver do inocente a orfandade
se calme dos ricos
a sede avarienta.
O meu peito ca angustia se oprime.
¡Señor! ¡Dios do ceo!
¿Por que hai almas tan negras e duras?
¿Por que hai orfos na terra, Dios boeno?

Mais n'en vano sellado está o libro
dos grandes misterios...
Pasa a gloria, o poder i a alegría...
Todo pasa na terra. ¡Esperemos!

— IV —

Da terra

¡Calade!

Hai nas ribeiras verdes, hai nas risoñas praias
e nos penedos ásperos do noso inmenso mar,
fadas de estraño nome, de encantos non sabidos,
que só con nós comparten seu prácido folgar.

Hai antre a sombra amante das nosas carballeiras,
e das curtiñas frescas no vívido esprendor,
e no romor das fontes, espíritos cariñosos
que só ós que aquí naceron lles dan falas de amor.

I hai nas montañas nosas e nestes nosos ceos,
en canto aquí ten vida, en canto aquí ten ser,
cores de brillo soave, de transparencia húmida,

de vaguedade incerta, que a nós só da pracer.

—

Vós, pois, os que naceches na orela doutros mares,
que vos quentás á llama de vivos lumiaredes,
e so vivir vos compre baixo un ardente sol,
calá se n'entendedes encantos destes lares,
cal n'entendendo os vosos, tamén calamos nós.

[Miña casiña, meu lar]

Miña casiña, meu lar,

¡cantas onciñas

de ouro me vals!

Vin de Santiago a Padrón
cun chober que era arroiado
descalciña de pé e perna,
sin comer nin almorzar.
Polo camiño atopaba
ricas cousas que mercar,
i anque ganas tiña delas,
non tiña para as pagar.
Nos mesóns arrecendía
a cousas de bon gustar,
mais o que non tén diñeiro
sin elas tén que pasar.
Fun chegando á miña casa
toda rendida de andar,
non tiña nela frangulla
con que poidera ceo,
a vista se me varría,
que era aquel moito aunar.

Fun á porta dun veciño
que tiña todo a fártar,
pedinlle unha pouca broa,
e non ma quixo emprestar.
As bagullas me caían,
que me fora a avergonzar,
volvinme á miña casiña
alumada do luar,
rexistrei cada burato
para ver de algo atopar:
atopei fariña munda,
un puñiño a todo dar.
Vino no fondo da artesa;
púxenme a Dios a alabar.
Quixen alcende—lo lume,
non tiña pau que queimar;
funllo a pedir a unha vella,
tampouco mo quixo dar,
sinón era un toxo verde
para me facer rabiar.
Volvín triste como a noite
a chorar que te chorar;
collín un feixe de palla,
do meu leito o fun pillar;
rexistrei polo cortello
mentras me puña a rezar
e vin uns garabullíños
e feitos a Dios dar.
¡Meu San Antón milagroso,
xa tiven fogo no lar!
Arrimeí o pote ó lume
con augua para quentar.
Mentras escarabellaba
na cinza, vin relumbrar
un ichavo da fortuna...
¡Miña Virxe do Pilar!
Correndiño, correndiño

o fun en sal a empregar,
máis contenta que unhas pascoas
volvín a porta a pechar,
e na miña horta pequena
unhas coles fun catar.
Con un—pouco de unto vello
que o ben soupén aforrar,
e ca fariñiña munda,
xa tiña para cear.
Fixen un caldo de groria
que me soupo que la mar;
fixen un bolo do pote
que era cousa de envidiar;
despois que o tiveren comido,
volvín de novo a rezar;
e despois que hotiben rezado
puxen a roupa a secar,
que non tiña fío enxoito
de haber tanto me mollar.
Nantramentras me secaba,
púxenme logo a cantar
para que me oiran

en todo o lugar:

Meu lar, meu fogar

¡cantas onciñas

de ouro me vals!

Soberba

Cor de promo amontónanse as nubes,
rodan lentas as ondas do mar,
e zoando con son pavoroso
vén o huracán.

—

¡Que cargado está o ceo e que triste,
que escuro, que negro tornándose vai!
Encendámo—la vela bendita,
que hai tempestá.

—

Cabalgando nas alas dos ánxeles,
por mandado de Dios correrán
as centelas que asombran ós malos
co seu lostregar.

—

Nove follas de olivo queimemos
por que alexen de nós todo mal,
que nos libren de raio e centela
que nos matar.

—

O trisaxio cantemos en coro...
Incrinaivos i a Dios adorai;
pois si trona é que quer recordarnos
que é grande e inmortal.

—

¡Santo, santo!, din todos a unha,
fillos e nai...

Todos non, que un, soberbo e sañudo,
calado está.

—

Mais os tronos afunden os ceos
e cega dos lóstregos o brillo fatal.
¡Ouh, que noite!... ¡Que noite terrible
de tempestás!

—

El Señor está airado... ¡Incrinémonos!
¡Ei, malvados da terra, tembrai!
O que salvo esta noite saíre,
que contar há.

—

—Ña nai, a vaca marela
tembra coma vós na corte.
¿Fixo algún pecado ela?
¿Virá un raio a darlle morte?

—

—Se ela non fixo pecado,
mal cristiano, ti o fixeche;
que es pecador rematado
mesmo dendes que naceche.

—

—¿I a probe vaca marela
paga, decí, o que en pequei?
—Pagas ti; morrendo ela,
di, ¿con que te mantereis?

¡Aprobiña, que está xorda!...

«Alá enriba da montaña,
sai fume das chamineas...
Valor, meu corpiño vello,
levaime aló miñas pernas.
Paseniño, paseniño,
aquí para, alí te sentas,

irás chegando, Xuana,
a donde as casas fomegan.
¡Dios diante, a Virxe te valla!
Que hoxe, seica... seica... seica...
has de comer sete cuncas
de bon caldo, coa da cea,
e máis compango de porco
ou de sardiñas salpresas,
que os montañeses son homes
que cando dan, dan de veras.
Despois, quentaraste a un lume
grande como unha fogueira,
e cando xa estés ben quente
¡a dormir.. e que amañeza!»

I a vella vai, sube, sube
a costa do mar de ovellas
cun ollo posto no chan
i outro onda as casas fómegan.

Mentras tanto o sol da tarde
tras dos pinares se deita
i aluma con tristes raios
as sombrisas arboredas.
Dos *Anxos* o val hermoso,
sabán de verdor ostenta
alá no fondo tranquilo
que soaves brisas ourean.
Aquí fonte, alí regato,
a iaugua brila antre as herbas,
color de ouro, que o postreiro
raio de sol fire nelas.
Quieta, docísima calma
arriba i en baixo reina;
a noite vén silenciosa,
maina, pero sin estrelas.
Nin siquera unha relumbra

no firmamento, que espesa
brétema tamén se corre
polas llanuras etéreas.
Comenza a orballar, escuro
todo arrededor, a penas
se acerta, o que o máis conoza,
con camiño nin carreira.
Mas non importa por eso,
que o que é valente é de veras;
i a vella vai, sube, sube,
a costa do mar de ovellas
cun ollo posto no chan
i outro onde as casa fomegan;
que alí relumbra unha luz,
e vai direitiña a ela,
marmurando: «Arriba, Xuana,
que ou me engaño ou terás festa».

A esperencia insina a todos,
e ten a vella esperencia,
por eso non pensa mal,
pensando que arriba hai festa.

Un carballo arde no lume,
i arredor do lar se sentan
rapazas de alegres ollos,
avós de brancas gadellas,
vellas que inda rompen mangas
e tocan as castañetas,
os afillados que a dona
i o dono ten pola aldea,
i os amigos i os cuñados,
os curmáns i a parentela
toda xunta, e mailo crego
i o zuruxano das bestas.
Un cego ca súa zanfona
en compañía doutra cega,

que, si ben lle dá ó pandeiro,
fai lalar as castañetas;
un manco, un coxo, unha tola
i outros probes, que se sentan
nun tallo para dez posto
nun curruncho da lareira,
e abofellas máis non caben
anque algún máis vir quixera.
Foran chegando, chegando,
máis de nove ulindo a festa,
i a ningún botou da porta
a rica da montañesa;
que hai para todos, o día
que alí cocen carne fresca
por arrobas, e se fan
papas de arroz en caldeiras.
Matouse un carneiro, grande
como un boi, e unha tenreira
como unha vaca, e gordiña
como unha cocha pequena.
Hai viño a Dios dar, un viño
do Ribeiro, que é canela,
e para a xente de *menos*
haino tamén do da terra,
un pouco agriño, mais fresco
e sabroso como fresas.
Coceuse unha gran fornada
de millo branco que albea,
con mixtura de centeo
i unha pouca de manteiga.
Parece biscoito a broa,
i un non se ve farto dela,
que inda é muito máis sabrosa
que os moletes que en tres cestas,
escollidos, de Santiago
trouxeron as panadeiras.
En fin, a comida roda

polos pés, i o viño alegre
as xentes tanto, que rabia
de envidia a negra tristeza.
Os probes que alí viñeron
i atoparon lume e mesa,
contan contos que dan risa,
así ás mozas coma ás vellas;
uns en verso, outros en prosa,
pois falan en todas lengoas,
i apostan entre eles todos
a quen fai copras máis feitas.
Ma—lo da zanfona gana,
que lle apunta a compañeira,
e axúdalle o viño branco
con que a gorxa lle refrescan.

«¡Viva a cega! ¡Viva o cego!...»,
de cando en cando lle berran,
i el di, herrando máis forte:
«¡Vivan eles!... ¡Vivan elas!...
I a máis bonita de todas,
que veña a darme unha prenda.
Ju—ju—ru—jú! I aturuxa
hastra enxordecé—las pedras,
i a cega dálle ó pandeiro,
i o cego toca nas tecras,
i ó compás do *zongue, zongue*,
de novo bailan as nenas,
e din os probes, botando
leña no lar: «¡Esta é festa!
¡Quen che hoxe andivera fóra
ca tripa toda baldeira!...
«I un ollo botan sorrindo
os feixes de palla fresca
onde han de dormir quentiños,
coma rixóns en caldeira,
mentras fóra zoa o vento

e ladran os cans nas eiras.

Xa preto da media noite,
dan encomenzo as peleas;
os mozos loitan cas mozas,
medindo as forzas que teñan,
e n'andan en cumprimentos
para botarse por terra.
¡Si as vírades que valentes
se amostran na loita as nenas!...
¡Fanlle ós mozos cada mágoa
cas súas mans pequeneiras!...

—Un xa caíu... foi un home...
¡Ela venceu... venceu ela!
¡Ben pola nena bonita!
¡Que vivan, as montañesas!
¡Que vivan, pois loitar saben!
—¡Si fixo trampa! —el contesta
avergonzado —. Foi trampa,
que sinón, nin cen coma ela.
—¡Que trampa nin que morcegos!...
Vencinte...
—Non.

—Si.

—¡Me venzas!...

E mentres que nesto están:
¡Plum!, ¡plum!, ¡plum!, dan cunha pedra
na porta.
—¿Quen é? —preguntan.

—Son unha probiña vella
que me perdín neste monte...
—responde unha voz que tembra—.
¿Non me darán pousadiña,
que está chovendo e lostrega?
—Vaia con Dios, xa vén tarde,
non hai sitio —lle contestan.
—¿Que di, señora? Son xorda
coma un canto, miña prenda.
Ábrame a porta que Dios
llo pagará...
—Probe vella...

Un pouco adiante, pretiño,
hai máis portas, chame nelas.
—¿Que di, señorriña? Mire
que está unha noite moi fera,
e teño medo que os lobos
me coman...
—¡Dios diante! ¡Seica...!

N'hai lobos aquí; ande, ande,
vaia con Dios, que outra aldea
hai preto.
—¿Que di, señora?

—Vaia con Dios, non sea terca,
que aquí xa non caben máis
nin probes nin ricos, ¡eia!
—¿Que di, ña filla?... Son xorda,
e non oio aunque me fendan.
¡Brr.. que frío, señorriña...!
Vosté, que é tan limosneira,
déixeme entrar e estarei
no cortelliño onda as bestas.
¡Brr..!, ¡que morro ca friaxe!
¡Quenja!, ¡quenja!, ¡quenja!, ¡quenja!

¡Que tos... Dios me valla... brr...!
¡Xa non podo máis!
—Pois veña,

e si non ten onde pórse,
brinque a cabalo da artesa
—falou a dona, que tiña
o corazón de manteiga.
—¡Dios llo pague, queridiña!
Xa topará a recompensa
no ceo... Abra, miña xoia...
—exclamou de pronto a vella.
—¿Logo n'e xorda, que oieu?
—dixeron dentro, antramentras
que quitaban o tranqueiro
da porta.
—¿Que di, ña prenda?

Non lle oio nada, mas teño
moito sentido...
—¡Abofellas

que non mente! Vaia, vaia
adentro...
—Santas i buenas

noites teñan mis señores...
¡Xesús! Seica están de festa,
que hai moita xentiña xunta.
De hoxe nun ano aquí os vexa.
Dios os bendiga... el Señor
lles dé fertuna ás mancheas
e saudiña...
—¡Amén, amén!

—Busque un sitio na lareira
e quéntese...

—¿Que me dixo?

Son xorda como unha pedra,
e a máis non probei frangulla
desde onte á noite, e nas venas
xa teño o sangue callado
polo frío...
I antramentras

que esto di, vaise arrimando
ó lume moi compangueira
cos outros probes, e fura
por antre eles, por antre elas.
Brinca por riba do cego,
e que queiras que non queiras,
sempre tembrando de frío
e xorda como unha pedra,
según di, no mellor sitio
con moita homildá se senta
e arrima un mando de lume
pra onde ela está.
—¡Ei, miña vella!

Mire que hai máis que vostede
aquí: ¡que comenenceira
parece! —lle di outro probe
cunha cara de desteta
nenos.
—¿Como di, meu fillo?

(sorrindo reprica ela
sentándose máis a gusto)
Eu de calquera maneira
me amaño; que así no ceo
me amañe el Señor...
—¡Bah!, seica

quer facer mofa da xente...
¡Poche, co xuncras da vella!
Mesmo parece un espeto.
—¿Si quero un neto, ña prenda?
Si mo desen inda pode
que pouco a pouco o bebera,
pois teño moita sedaña
e fame, e frío...
—¡Rabea,

can!, que non vin unha xorda
máis fraca nin lagarteira.
¿É filla dalgún raposo?
—¿Que pille un óso? Da vella
quérense rir.. ¡Ai, Dios mío!
Pero a fame élle moi negra:
tráiamo se é que inda ten
apegada algunha freba,
e ireino raspando a modo
cun canteiro que me queda.

Todos riron ca resposta
e... «¡Inda nunca Dios me dera
—dixo o cego—, que esa xorda
sabe máis que eu, abofellas!»
—Merece comer compango
e voulo dar, miña vella,
porque onde queira que a atopo
gústame sempre a sabencia.
¡Coma e fártese!... Aquí ten
talladas e viño... Beba,
beba pola miña conta
á salú das montañas
dixo a dona, e doulle un prato
de callos como unha cesta
á probe, e viño, e pan branco,
canto quixo; fartouse ela

mesmo hastra que tuvo a tripa
coma un pandeiro. Rabenta
por pouco... mais o pelexo
tiña duro, e nin siquera
lle arregañou, i ó outro día
xa estaba tan peneireira.

—Coidado —lle dixo a dona
cando se foi—. Conta teña
de non volver por aquí
mentras lle dure a xordeira.
—¿Que di, miña queridiña?
—responden ríndose a vella—.
Son mesmo como unha tapia,
e non lle oio, anque me fendan.

Xan

Xan vai coller leña ó monte,
Xan vai a compoñer cestos,
Xan vai a poda—las viñas,
Xan vai a apaña—lo esterco,
e leva o fol ó muíño,
e trai o estrume ó cortello,
e vai á fonte por augua,
e vai á misa cos nenos,
e fáí o leite i o caldo...
Xan, en fin, é un Xan compreto,
desos que a cada muller
lle conviña un polo menos.
Pero cando un busca un *Xan*,
casi sempre atopa un *Pedro*.

Pepa, a fertunada Pepa,
muller do Xan que sabemos,

mentras seu home traballa,
ela lava os pés no rego,
cátalle as pulgas ó gato,
peitea os longos cabelos,
bótalles millo ás galiñas,
marmura co irmán do crego,
mira se hai ovos no niño,
bota un ollo ós mazanceiros,
e lambe a nata do leite,
e si pode bota un neto
ca comadre, que agachado
traillo en baixo do mantelo.
E cando Xan pola noite
chega cansado e famento,
ela xa o espera antre as mantas,
e ó velo entrar dille quedo:

—Por Dios non barulles moito...
que me estou mesmo morrendo.
—¿Pois que tes, ña mulleriña?
—¿Que hei de ter? Deita eses nenos,
que esta *madre* roe en min
cal roe un can nun codelo,
i ó cabo ha de dar comigo
nos terrós do simiterio...
—Pois, ña Pepa, toma un trago
de resolio que aquí teño,
e durme, ña mulleriña,
mentras os meniños deito.

De bágoas se enchen os ollos,
de Xan ó ver tales feitos;
mas non temás, que antre mil,
n'hai máis que un anxo antre os demos,
n'hai máis que un atormentado
antre mil que dan tormentos.

O encanto da pedra chan

Co sono da inocencia,

que non turban remorsos da concencia,
i a Virxen ó seu lado

dormían os meus ánxeles na cuna,
cando, ás furtadas, nun sereno día,
co peito palpitante de alegría
soia saín en busca da fortuna.

—

Iña tras dun tesouro cobisado,
de todos iñorado,

mais do que solasmentes eu sabía:
e n'era só de prata, nin só de ouro
aquele sin par tesouro,

que era dun canto deseiar podía.

—

Nunca eu fora nin rica nin dichosa,
i ó ver que para selo

só me faltaba o gordo dun cabelo,
de seca espiña me tornara en rosa.
E como virxen pura

que por primeira vez sinte a dozura
das inquietús do amor, así eu sentía
que algo que en min dormía,
despertaba, chamándome á ventura.

—

Por eso, dando ó olvido

as penas que me houberan consumido

dendes de que nacera,

vía a terra i o ceo cor de esperanza
i ó meu redor, perene primadera.

—

¡Cal o sol relumbraba!

¡Que mansamente marmuraba o río!
I o paxariño voador cantaba,
mentras que eu camiñaba

lixeira ó meu avío.

—

Tal como a neve, albeas,

as roupas i as marañas

tendidas nas silveiras e as montañas,
xa en raro, xa ás moreas,

cal pinta a branca nube o ceo sereno,
brilando ó sol, pintaban o paisaxe
coma ningún ameno.

—

Cabo da ría na ribeira verde,
a cal gana, a cal perde,

xogaban os rapaces ca onda escrava;
a anxeliño tocaba

en un lugar veciño,

e anque os pais do menino,

ó enterralo, choraban que partían,

compasivos os vellos,

«¡de cantas penas se librou!», decían.

—

En tanto, os carros sin parar chirraban,
mentras ó seu compás os carreteiros
despaciosos cantaban;

e aquí a fonte corría,

alá nunha canteira resoaban,
metálicos, os picos dos pedreiros.
Máis preto, os cans ladraban
i ante a fóllax o vento rebulía
indo das encanadas ós outeiros...
¡Canta paz!, ¡canto sol!, ¡canta alegría!...

—

«¡Ó fin, sorte, cansache!

I o quiñón que lamenta me negache
na hirencia dos praceres,

dándome só o das ansias e as pelears,
cal a aqués que ben queres,

ora darasmo en gustos ás mancheas».

—

Esto eu iba dicindo,

de dichosa cal n'outra presumindo,
mentras que camiñaba

tan contenta e segura

de atopar a fortuna en que esperaba,
cal sei que atopa a Dios quen o precura.

—

Antre buxos e silvas agachado
o encanto deseado

estaba como merlo no seu niño,
polo romor das augas arrolado
do apartado moíño...

En din volta á devesa,

pasei a corredeira da Codesa,
¡i ó fin cheguei!...i enriba dunha lousa,
en onde á amañecida o corvo pousa,
un nobre cabaleiro

coa súa pruma enrisada no sombreiro,
e vestido de seda e pedrería
a estilo da treidora mourería,
don en chamarme arteiro

cun modo loumiñeiro,

que do ceo, non da terra, parecía.

—

«¡El é!», dixen ó punto temerosa...
Mais o do encanto, afeito

seica a tratar con damas dende antano,
sin que de verme se atopase estrano,
dende lonxe chamándome sorría.

—

I o ceo pódose foi de cor de rosas,
mentras nas carballeiras e encanadas,
sopraban unhas brisas repousadas,
soaves e saudosas,

cal promesas cumpridas, se esperadas.

—

Eu non sei que sentía,

vendo que el en chamarme proseguía,
pois antre ansiosa i adusta,

cunha valor que asusta

fumme indo cabo del, de gozo chea,
cal palomiña vai tras da candeia.

—

Tiña nas mans un cetro adiamantado;
bateu con el na laxe misteriosa
que se abreu, como se abre do granado
o froito sazonado;

e con voz harmoniosa

e garrido sembrante,

«¡vamos! —me dixo gasalleiro—, ¡adiante!»

—

E fun cal fólga inxel vai ca encalmada
corrente, que primeiro asosegada
a arrastra nas súas auguas cristaíñas
pra darlle sepultura cariñosa
nas orelas veciñas,

e que dempois a leva, arrebatada
pola negra enxurrada,

ós abismos da mare tormentosa.

—

¡E entrei pensando penetrar no ceo!...
¿Por que tén a maldade forza tanta?
Pois canto á vista encanta

e nos finxe o ardentísimo deseo

nunca farto nin cheo,

alí os meus ollos viron, e prendados
quedaron como nunca e namorados.

—

Do tesouro escondido

o brillo e fermosura,

¿a quen que fose de muller nacido,
a que mortal criatura

na houbera contrubado e seducido?

—

E na lumieira i antreaberta porta,
sin astreverme, de primeiro ausorta,
a vixiar da espréndida morada
unha tras doutra estensa galería,
cal si quedase para todo morta
menos para o que vía,

excramei no supremo da alegría:

—

«¡Aquí Dios, aquí as dichas do universo
sin voltas nin reverso;
aquí o que a maxinar nunca chegara
a comprida ventura,

que nunca outra topara

máis grande, nin máis santa, nin máis pura!»

—

Tal brasfemei, sin medo nin coidado,
¡tola de min, cegábame o pecado!
I aquel brillo que vía

ó par que me alentaba a fantesía

daba comprida fe do ben buscado.

—

Pensando que por sorte
ó paraíso terreal chegara
i era verdade a dicha que soñara,
sin me acordar da vida nin da morte,
olvidando o pasado i o presente
co porvir xuntamente,

soio pensei en abarcar nun punto
aquele tanto ben xunto,

ñorado da xente.

—

Co poder do que pode, erguinme altiva
sin coidar canto a humana natureza
é falibre e cativa,

e maxinando eterna fonte viva
tanta e tanta riqueza

como ante min soberba se ostentaba,
dixen seguindo ó hermoso cabaleiro:
—Xa que vos atopei tan lisonxeiro
pra gozar logo do que é meu, decime,
por onde debo encomenzar primeiro.

—

—Por onde vós querás, reina e señora,
contestou gasaloso

co seu falar gracioso,

que é voso canto aquí vos enamora;
pero vós e máis eu antes bebamos
nesta copa dourada

polos mals que nos deixan e deixamos,
i os bés que nos sorrín dende a alborada
dunha mañán de abril nunca acabada.

—

—¡Pois bebamos!, ¡bebamos!,
repetín eu, trubada e non de viño,
sin que a sinal da cruz antes fixese
pra que ben me emprestase o que bebese...
I hastra o líquido fresco e cristaíño
os dous nos abaixamos

e ambas bocas mollamos...

—

Nunca me olvidarei daquel momento
de inmensa dicha e de infernal tormento,
pois de dentro da copa

saíndo de repente

unha e outra cabeza de sarpenete
contra min se volveno desatadas,
e todas xuntamente

a un tempo asubiaron,

e nas entrañas mesmas

o aguillón pezoñoso me encrabanon.

—

Caín, caín ferida

e casi que sin vida,

e inda enriba de min, feras volveno
co seu mortal veneno

unha i outra sarpente maldecida.

—

Cal brétema espallada

polo Sur, na encanada,

dispareceu o lindo cabaleiro,
i espesa nube de trebóns preñada,
partindo da sombrisa Compostela,
que no confín lexano se trasvía
cal se trasvé na tarde morimunda
a raia sin fulgor da noite fría,
ven contrubar a miña mente inxela.

—

I alí enriba da lousa
en donde á mañecida o corvo pousa,
atopeime de pronto sin ventura,
das miñas doces ilusiós despida,
soia e probe, cal n'outra criatura,
envenenada, triste e malférida.

—

E non sei que voz ronca marmuraba
co vento que soaba:

«Coma ti, mal tesouro,

que aquí deixou o mouro

e que a cubiza alaba,

son os encantos todos terreales:
A tan grandes pracers, tan grandes males».

[Tanto e tanto nos odiamos]

—«Tanto e tanto nos odiamos,
tanto e tan mal nos quixemos,
que por non verme, morriche,
e desque morriche alento.
Mas ora tócame a min
tamén marchar, e di o crego
que che perdone, pois logo
a axuntarnos volveremos.
¡O crego volveuse tolo!
¡Xuntarnos!... Nunca máis, penso;
que si ti estás onda a Dios
eu penso de ir xunto ó demo».

Esto unha vella viuda,
e terca como un carneiro,
falaba do seu difunto,
xa dos bichocos comesto.
I en tanto que así falaba,
tamén ela iba morrendo.
Mas din que o difunto i ela
se atoparon nos infernos
man a man e codo a codo
como dous bos compañeiros.

—¿Con que estás aquí? —lle dixo
estonces a vella ó vello—;
pois voume a donde está Dios,
xa que ti estás onda o demo.
E sin saberse por onde
colleu direitiña ó ceo;
mais topou fechada a porta,
que lla fechara San Pedro.

—¡Prum!, ¡prum! ¡Abrí, que son eu!
—falou a vella moi recio.
—¡Non hai! —respondeu o Apóstol,
apertando o tarabelo.

—Coidá que xurei n'estar
onde el esté, meu San Pedro...
—¡Non hai! —repiteulle o Santo,
índose inda máis adentro.
—¡Por vida das vosas chaves,
que facés un bo porteiro,
e que roncás!... Xa se ve...
¡Como estades satisfeito!...

Mais eu xurei, e Dios manda
que un cumpra seus xuramentos.
¡Á terceira vez!... ¿Abrides?
—Nin ás tres nin ós trescentos;
a muller vaia onda o home:
¡Al infierno, anda al infierno
con el, por sempre en jamás!
—¡Poche, meu Santo San Pedro,
que ben deixás conocer
que andiveches sempre ceibo,
que nunca foches casado
nin na terra nin no ceo!
Todiñas as comenencias
para vós quixeches, ¡deño!
¿I a min non me dás ningunha?...
Pois ve que eu tamén as quero.
Se aló con cadea andiven,
en tela agora non penso,
que todo ca morte acaba
según pedrican os cregos.
Unha ves nos separamos
eu i o meu home, e por certo
que foi pra sempre... e está dito,
pois son terca, si sós terco.
¿Que non me querés na groria?
Pois xurei non ir ó infierno,
donde el está, i acabouse,
e n'hai que falar máis desto.

¿Que habés de facer de min?
¿Irei ó limbo dos nenos?
¡Me vaias!, que xa estou deles
hasta a punta dos cabelos.
—¡Caramba, coa muller esta!
—dixo enfadado San Pedro—,
que si non fora por Dios...
—Bah, señor, deixavos deso
e permitime que pase...
—Non, non e non. ¡Caramelos!
Fóra de aquí... e ¡pum!, botouna
direitiño cara ó inferno.
—¡Que o xurei! Xa o teño dito...
—berraba a vella—. Non entro.
Señor, Señor.. *Sursum corda*,
aquí estou, e aquí me quedo.

E quedouse, si, quedouse.
¿Onde? Non se sabe certo,
nin si foi porque a oíse Dios
ou porque na quixo o deño.
Só se sabe, ben sabido,
que anda nas alas do vento,
metendo medo ós rapaces
nas negras noites de inverno;
encelando namorados,
desfacendo casamentos,
malquistando matrimonios...
¿Por que na levou San Pedro?
Que ora anda ceiba e ben ceiba
para meternos no inferno.
Poñelle a figa, mociñas,
si querés ter casamento;
que onde ela esté, nin un home
toparés para un remedio.

En cornes

I

Formoso campo de Cornes
cando te crobes de lirios,
tamén se me crobe a ialma
de pensamentos sombrisos.
De Cornes lindo lugare,
que cruzan tantos caminos;
anque cuberto de rosas,
as rosas tamén fan guizos.

Antre as pedras, alelises;
antre os toxos, campanillas;
por antre os musgos, violas;
regos, por antre as curtiñas.
Río abaixo está o moíño,
Compostela, río arriba...
Río arriba, ou río abaixo,
todo é calma na campía.

Convidando a meditare,
soan de Conxo as campanas;
beben os bois no teu río
i o sol alegre a escampada.
Das túas casas terreñas
sai fume i os galos cantan...
¡Quen en tan fresco retiro
dirá que as dores fan lama!

Donde hai homes hai pesares,
mais nos teus campos, ña terra,
maxino que os hai máis fondos,
cando te amstras máis leda.
¡Porque eses tríos dos páxaros,

eses ecos i esas brétemas
vaporosas, i esas frores,
na alma triste, canto pesan!

Polas silveiras errante
vexo unha meniña orfa
que triste vai marmurando:
—¡Ña Virxe, quen rosa, fora!
—¿Por que qués ser rosa nena?
—lle preguntei cariñosa.
I ela contesta sorrindo:
—Porque non tén fame as rosas.

Costa arriba, costa arriba,
desandémo—lo camiño,
fuxamos deste sosego,
dos pesares enemigo.
¡Que negro contraste forman,
da natureza o tranquilo
reposo, coas ansias feras
que abaten o inxel esprito!

II

Cruceiro de Ramírez que te ergues solitario
dos Agros na esplanada, antre as rosas dos campos:
o sol da tarde pousa en ti o postreiro raio
coma nun alma triste pousa ún soño dourado.

Algunha vez no estío, eu ó teu pé sentada
escoito silenciosa, mentras a tarde acaba:
baixo das pedras mudas, que teu sacreto gardan,
maxino que resoa o brando son dun arpa,
¡música incomprendible que doutros mundos fala!

¡Tal de Memnon se oían ó amañecer na estatua,

aqueles sons divinos que as almas encantaban!



Ódiote, campo fresco,
cos teus verdes valados,
cos teus altos loureiros
i os teus camiños brancos
sembrados de violetas,
cubertos de emparrados.
Ódiovos, montes soaves
que o sol poniente aluma,
que en noites máis sereas
vin ó fulgor da lúa,
i onde en mellores días
vaguei polas alturas.
E ti tamén, pequeno
río, cal n'outro hermoso,
tamén aborrecido
es antre os meus recordos...
¡Porque vos ameí tanto,
e porque así vos odio!

San Lourenzo



Ó mirar cal de novo nos campos
iban a abrocha—las rosas,

dixen: «¡En onde, Dios mío,

irei a esconderme agora!»

E pensei de San Lourenzo

na robreda silenciosa.

—

Nalgún tempo aqués vellos carballos,
amostrando as súas raíces,

calvas as redondas copas

que xa de musgo se visten,

ás tristes almas falábanlles

tan soio de cousas tristes.

—

O alciprés que dereito se asoma
do convento tras do muro,

i o lixeiro campanario

cuberto de herbas e musgo,

da devesa, co cruceiro

eran cintinelas mudos.

—

I aquel Cristo que no arco de pedra
abatido a fronte incrina,

soio, cal se inda no Gólgota

loitase coas agonías,

os corazos oprimidos

resignación lle infundía.

—

E si dentro do craustro deserto
e ruinoso penetraba,

nunca do olvido unha imaxen

vira no mundo máis crara,

nin de máis grande silencio

na terra vos rodeara.

—

No profundo da fonte escondida
medraban con libertade

antre as silvas, as violas;

antre o buxo, as dixitales,

i a morte ¡cal fora grata

naquel deserto lugare!

—

E por eso ó mirar cal nos campos
de novo abrochan as rosas

dixen: «¡En onde, Dios mío,

irei a esconderme agora!»

I ó bosque de San Lourenzo

me encamiñei silenciosa.

II

¿Onde estaba o sagrado retiro?...
Percibín ruídos estraños,

pedreiros iñan e viñan

por aquel bosque apartado.

¡Era que unha man piadosa

coidaba os desamparados!

—

Dunha ollada medín o interiore...
Todo relumbraba branco,

cada pedra era un espello,

i o vello convento un pazo

coberto de lindas froes.

¡Que terrible desencanto!

—

¡Negra nube cubreu de repente
os meus ollos asombrados,

e mais que nunca abatida

fuxín!... que o retiro amado

pareceume a alma limpa dun monxe
sumerxida nos lodos mundanos.

Marzo de 1880.

V

As viudas dos vivos e as viudas dos mortos

¡Pra a Habana!

I

Vendéronlle os bois,
vendéronlle as vacas,
o pote do caldo
i a manta da cama.
Véndéronlle o carro
i as leiras que tiña,
deixárono soio,
coa roupa vestida.
«María, eu son mozo,
pedir non me é dado,
eu vou polo mundo
pra ver de ganalo.
Galicia está probe,
i á Habana me vou...
¡Adios, adios, prendas
do meu corazón!»

II

Cando ninguén os mira,
vense rostros nubrados e sombrisos,
homes que erran cal sombras voltexantes
por veigas e campíos.

Un, enriba dun cómaro
séntase caviloso e pensativo;
outro, ó pé dun carballo, queda inmóbil,
coa vista levantada hacia o infinito.

Algún, cabo da fonte recrinado,
parés que escoita atento o murmurío
da augua que cai, e eisala xordamente
tristísimos sospiros.

¡Van a deixa—la patria!...

Forzoso, mais supremo sacrificio.

A miseria está negra en torno deles,

¡ai!, ¡i adiante está o abismo!...

III

O mar castiga bravamente as penas,
e contra as bandas do vapor se rompen
as irritadas ondas
do cántabro salobre.

Chilan as gaviotas

¡alá lonxe!... ¡moi lonxe!,

na prácida ribeira solitaria

que convida ó descanso i ós amores.

De humanos seres a compauta linea

que brila ó sol adiántase e retórcese,

mais preto e lentamente as curvas sigue

do murallón antigo do Parrote.

O corazón apértase de angustia,

óiense risas, xuramentos se oien,

i as brasfemias se axuntan cos sospiros...
¿Onde van eses homes?
Dentro dun mes, no simiterio imenso
da Habana, ou nos seus bosques,
ide a ver que foi deles...
¡No eterno olvido para sempre dormen!...
¡Probes nais que os criaron,
i as que os agardan amorosas, probes!

IV

«¡Ánimo, compañeiros!
Toda a terra é dos homes.
Aquel que non veu nunca máis que a propia,
a iñorancia o consome.
¡Ánimo! ¡A quen se muda Dios o axuda!
¡E anque ora vamos de Galicia lonxe,
verés des que tornemos
o que medrano os robres!
Mañán é o día grande, ¡á mar amigos!
i Mañán, Dios nos acoche!»
¡No sembrante a alegría,
no corazón o esforzo,
i a campana harmoniosa da esperanza,
lonxe, tocando a morto!

V

Este vaise i aquel vaise,
e todos, todos se van,
Galicia, sin homes quedas
que te poidan traballar.
Tés, en cambio, orfos e orfas
e campos de soledad,

e nais que non teñen fillos
e fillos que non téñen pais.
E tés corazóns que sufren
longas ausencias mortás,
viudas de vivos e mortos
que ninguén consolará.

¡Olvidémo—los mortos!

I

¡Profanemos do bosque as umbrías!...
E ante estes mudos testigos,
o río, a fonte i os ceos,
que eu rompa os xa vellos vínculos!
Do pasado correron as horas,
só Dios sabe antre que abismos,
¡non tornarán... olvidemos!,
que a recordanza é un martirio.

II

Hai un niño de rosas silvestres
cabo da fonte escondido,
e un prado de herba trebiña
alfombra ó arredor sombriso.
Cal un tempo, rebuldan as brisas,
na fronda cantan os xílgaros,
as margaridas sorrinme,
i oio o marmurar do río.

III

Sin amar, cal é negra esta vida
e perde o sol o seu brillo,
deixa que o sorbo postreiro
beba do celeste viño.
Din que dorme o privado no leito
ancho dos fondos olvidos;
ambos, pois, xuntos bebamos
deste bosque antre os espiños.

IV

¡Que harmonioso na altura resoa
o zoar ronco dos pinos!
Mais maxino que nos miran
Sereos dende o monte arisco.
E parés que trasvexo antre a brétema,
nas vaguedás do infinito,
o perfil triste e emborrado
dos meus ensoños perdidos.
E que adustas me axexan as sombras
tras desos coutos e riscos,
dos meus mortos adorados
e dos meus delores vivos.
¡Mais n'importa! Da antiga devesa
profanemos os retiros...
Séntate ó meu lado e dime,
dime... o que tantas oíron.

V

Es garrido e lanzal i os teus ollos
nos meus coma estrelas fixos,
dormentes, din que o amor neles
pousa o seu dedo divino.

Eu contémpote en tanto serea,
dura coma os seixos fríos,
e do teu corazón conto
os turbulentos latidos.
Faise a asmósfera densa ó redore...
¡Decote o mesmo camiño!
Coma o seu cantar os páxaros,
tes, corazón, o teu ritmo.
Mais de bágoas se inunda o meu rostro,
e da ialma no máis íntimo
o hastío lento penetra
coma espada de dous fíos.
¡Ea!, apártate lonxe... non quero
profanar este retiro,
nin pode o corazón tolo
ser de si mesmo asesino.
Sosegavos, ñas sombras airadas,
que estou morta para os vivos.
¡Sagrado quedaches, bosque!
¡Sin mancha ti, meu esprito!

¡Terra a nosa!

I

Baixo a prácida sombra dos castaños
do noso bon país,

baixo aquelas frondosas carballeiras
que fan doce o vivir,

cabe a figueira da paterna casa
que anos conta sin fin,

¡que contos pracenteiros... que amorosas

falas se din alí!

¡Risas que se oien nas seráns tranquilas
do cariñoso Abril!

E tamén ¡que tristísimos adioses
se acostuman oír!

II

—Quen casa ten de seu, ten media vida.
Unhas telliñas para nos crubir,
catro paus que ardan na lareira nosa,
¡e a traballar sin fin!

¡Valor, valor! I espera, desdichado,
mentras teñas aquí

unhas paredes tristes e desnudas
mais que herdache, infeliz,

e das que naide despoxarte pode.
¿Naide?... a miseria si.

III

O forno está sin pan, o lar sin leña,
non canta o grilo alí,

e se non é coa pena que o consome,
o probe soio está co seu sufrir.
Sin que comer e sin abrigo tremba,

por que os ventos sutils,

húmedos inda, silban antre as pedras
i as portas fan xemir.

¡Que ha de facer, Señor, se o desamparo
tén ó redor de si!...

¿Deixar a terra en que nacen i a casa
en que espera ter fin?

¡Non, non!, que o inverno xa pasou i hermosa
primadera vai vir.

¡Xa os árbores abrochan na horta súa!
¡Xa chega o mes de abril!

l anque a torrentes chove en horas tristes,
en outras o sol ri;

xa a terra pode traballarse, a fame
dos probes vai fuxir.

¡Ai!, o que en ti nacen, Galicia hermosa,
quere morrer en ti.

IV

¡Ouh miña parra de albariñas uvas,
que a túa sombra me dás!

¡Ouh ti, sabugo de froriñas brancas,
que curas todo mal!

¡Ouh ti, en fin, miña horta tan querida

e meus verdes nabals!

¡Xa non vos deixo, que as angustias negras
lonxe de min se irán!

O vran chega crubíndovos de fruto,
todos son ricos xa,

os paxarmos tén gran nas campías,
abrigo na follax.

As noites son tranquilas e serenas,
craro e sempre o luar,

por antre as tellas entran os seus raios
i hastra o meu leito van,

i así durmo alumado pola lámpara
que ós probes lle luz dá:

lámpara hermosa, eternamente hermosa,
consolo dos mortals.

V

Esos varios sendeiros das montañas
ós fondos vales cán...

Aló enriba, o *sun sun* dos pinos bravos;
en baixo, a doce paz.

Na cima, crara luz, aires purísimos,
salvaxen soledá,

romores misteriosos que despertan

pensamentos de brava libertá,
perfumes penetrantes, que deseios
loucos e estraños dan.

En baixo, amante calma, cariñosas
brisas que ó rebuldar

por antre as follas, nas súas alas traen
romores da ciudad,

eco dalgunha voz fresca e sonora
de timbre virxinal,

da campana da aldea o cramoroso,
prolongado soar,

da presa do moíño o ronco estrondo,
i o batidor compás

da lavandeira que cos brancos liños
contra unha pedra dá.

VI

¡Si, si! Dios fixo esta encantada terra
pra vivir e gozar;

pequeno paraíso, este é un remedo
do que perdeu Adán.

Este prácido sol que nos aluma,
estes aires do mar,

este tempo soave, estas campías

que non teñen igual;

esta fala mimosa que nós temos,
de tan doce solás

que non sabe decir si non cariños
que hastra os corazós van;

esta terra, n'hai duda Dios a fixo
pra ser amada e amar.

¡Ei!, Galicia, a que dorme soños de ánxel,
e chora ó despertar

bágoas que, si consolan as súas penas,
¡non curan os seus mals!

VII

¡Que te aman os teus fillos! ¡que os consome
do teu chan se apartar!

Que ximen sin consolo, se a outras terras
de lonxe a morar van.

Que aló está o corpo nas rexións alleas
i o espírito sempre acá,

que só viven, só alentan cas lembranzas
do seu país natal

e coa esperanza, coa esperanza ardente
de a Galicia tornar...

E ¡como n'adorarte deste modo,

santa e querida nai,

como non morrer lonxe daquel seio
que mel de meles dá,

i é gloria i é contento e paraíso
no mundo terreal!

VIII

¡Que hermosa te dou Dios, terra querida,
desdichada beldá!

¡Que brando e melancólico sosego
sinto ó te contemplar!

¿Por que, por que entre as frores, as espinas
entretexidas van,

nesa coroa que a túa testa ciñe
de verdor eternal?

¡Ouh Galicia, Galicia!, a arpa sonora
pronto descolga xa

da seca ponla onde olvidada dorme,
dorme, a sigros contar.

Os bardos fillos teus a voz levanten
das cordas ó compás,

i enchan o mundo harmónicas i altivas
tan só pra te alabar.

[Tecín soia a miña tea]

Tecín soia a miña tea,
sembrei soia o meu nabal,
soia vou por leña ó monte,
soia a vexo arder no lar.
Nin na fonte nin no prado,
así morra coa carrax,
el non ha de virme a erguer,
el xa non me pousará.
¡Que tristeza! O vento soa,
canta o grilo ó seu compás...
Ferbe o pote... mais, meu caldo,
soíña te hei de cear.
Cala, rula, os teus arrulos
ganas de morrer me dan;
cala, grilo, que si cantas
sinto negras soidás.
O meu homiño perdeuse,
ninguén sabe en onde vai...
Anduriña que pasache
con el as ondas do mar,
anduriña, voa, voa,
ven e dime en onde está.

[Os manantiales sécanse]

Os manantiales sécanse,

ós robres cáenlle as follas,

pero a túa ialma é plena primadera:
non veu máis que unha aurora.

—

E en vano oies do mundo,

en vano oies da vida...

N'apagará a túa sede o que outros beben
nas auguas maldecidas.

—

Mais cando chegue a tarde do teu día
e chegue o teu outono,

ven hastra a miña tomba paseniño,
e deposita nela os teus remorsos.

Dor alleo n'e meu dor

Uns magoan querendo consolare,
outros o dedo afincannos na llaga,
mais o peor de todos é o traidore
que repite ó ferirnos: «¡Todo pasa!»

—

I, a concencia tranquila,
déixanos tan dichoso e tan sereno,
entregados a un dor que, se non mata,
fái da vida un inferno.

—

Mais se o trance lle chega
do mesmo que magoa ser magoado,
di que eterno cal Dios é seu penare
e pón no ceo o lastimeiro laio.

[Como venden a carne no mercado]

—¡Como venden a carne no mercado,
vendeute o xurafás!

—¡Pero que importa ó fin que me vendese,
se eu n'o podo olvidar!

—Mátoute a penas, sin piedá, e deixoute,
deixoute o desleal.

—Pois olvidada morrerei e triste,
que olvidalo... ¡non xa!

—Cal se pisan as herbas, el pisoute
¡Ódiate!... ¿E n'o odiarás?

—Anque me odie, e me pise, e me maldiza,
heillo de perdoar.

—¡Mal haia a túa constancia, probe tola,
i a túa lealtad!

Mais, anque ti o perdones, Dios, que é xusto,
n'o pode perdoar.

(Un incrédulo, aparte,

sorrindo cun sorrir de Satanás)

—Fiádevos en Dios e non corrades
¡Dios!, ¿quen sabe se o hai?

(Unha vella que pasa) —Aquel que as fixo,
eu sei que tarde ou cedo as pagará.

(Outro) —Ás escuras vamos,

sen que sepa ninguén pra donde vai.
Pero cobre na man o que poidere;

mais val ter en seguro que esperar.
(*Un bon*) —Hai tantos homes

como intencióis e pensamentos hai.
Pero dichoso aquel que inda morrendo
ó que o matou lle pode perdoar.

[Foi a Pascoa enxoita]

Foi a Pascoa enxoita,
choveu en San Xoán;
a Galicia a fame
logo chegará.
Con malenconía
miran para o mar
os que noutras terras
ten que buscar pan.

[Non coidarei xa os rosales]

Non coidarei xa os rosales
que teño seus, ni os pombos:
que sequen, como eu me seco,
que morran, como eu me morro.

[Eu levo unha pena]

Eu levo unha pena
gardada no peito;
eu lévoa, e non sabe
ninguén por que a levo.

Orelas vizosas
do Miño sereno,
onde o paxariño
ten o seu espello,
i antre as margaridas
pacen os cordeiros,
vós soias sabedes
o meu sentimento.
Cabo dunha pena
onde mana un rego,
á sombra dun pino
manso e xigantesco
que soberbo brama
cando o move o vento,
coma nun sepulcro
dorme o meu sacreto.
Mais, anque alí dorme,
vive en min desperto.
Eu levo unha pena
gardada no peito,
tamaña, tamaña,
bon Dios, que n'a rexo.
¡Quen me dera, orelas
do Miño sereno,
ser un daqués cómaros
que en vós tén asento!
Sin medo e sin penas,
de vran e de inverno
un sigro tras doutro
morara onde eu quero...
ca veiga por pazo
co espazo por teito.

[Meus pensamentos, ¡cal voás tolos!...]

Meus pensamentos, ¡cal voás tolos!...
¿A donde vás?

¿A donde? A donde, se eu non o digo,
naide o sabrá.

—

Da fonte ó río, do río á veiga,
da veiga o mar,

¿que buscás, tolos?... Se eu non o digo,
naide o sabrá.

—

Meus pensamentos... ¿por que perenes
me atormentás?

¿Por que ís decote, ¡ai!, se a donde ides
naide o sabrá?

—

Cal palomiña buscás a llama
que vos queimar...

I a triste morte que vós teredes,
naide a sabrá.

Vivir para ver

Marcháchete un día
ti, aquel que eu quería,
fuxiste da terra
que tanta alegría
i encantos encerra.
Dixeches: «María,
máis doce que as meles,
máis linda que as frores,
paloma sin feles,
non chores, non chores,
que ausencia envivece,
non mata, n'esquece
os doces amores
que a dicha axuntou.
¡Eu voume!... mais se ora
delor nos ofrece
fertura treidora,
jamás te olvidara
quen tanto te adora
quen tanto te amara.
¡Adios, miña vida!
no peito escondida
te levo, antre tanto
non torno a te ver,
¡ti espera!, pois xuro
por Dios sacrosanto,
que si non morrer,
aquí hei de volver».
Morrer, non morreche...
i anque eu esperara...
¡que ben que compriche,
palabra que diche,
amor que tiveche!
Que os anos pasaron,
as frores mucharon,
os negros cabelos
en brancos tornaron;

e nunca máis, nunca,
¡poder dun querer!,
quixeches volver..
Vivir para ver.

N'è de morte

—¿Xa estás de volta, Rosa de Anido?
¡Eu non coidara verte tan cedo!
I as meigas todas contigo, Rosa,
aló na vila seica andiveron,
que de difunto tes a colore
i a vista brava, i o falar seco.
—É que de pena, da terra lonxe,
pouquiño a pouco me iba morrendo;
mais... colorosa me verás logo,
que agora vivo, porque te vexo.
—¡Tola de Rosa, co que ela saíe!...
¿Inda te acordas daqueles tempos?
—¡Se inda me acordo!... ¿Como olvidalos
cando tan soio sei pensar neso?
Bebemos xuntos naquela fonte,
xuntos pousamos naquel portelo,
herba collemos xuntos no prado,
e íbamos xuntos toma—lo fresco
no mes de agosto dendes que a lúa
branca saía tras dos outeiros.
Estas lembranzas me consumían,
de ti apartada, da terra lexos...
Pero e ti, dime, ¿non te acordaches
e non te acordas de todo aquilo?
—¡Ti que me pides, rapaza, cando
desmemoriado son coma un deño!
I ademais, Rosa, direicho todo,
pra que non volvas a pensar neste.

Bebín con outras naquela fonte,
pousei con outras naquel portelo,
¡ai, e con tantas á luz da lúa
no mes de agosto tomei o fresco!...
Dime, meniña, se un home pode
cargar con tantos recordos destes,
e si non debe botalos fóra
por que n'estorben no pensamento.
Quíxente un día, quíxente, Rosa,
mais di unha copra que o amor e o vento,
des que fixeron o seu facido,
vanse, rapaza, como viñeron.
¡E que lle vamos a facer, Rosa,
se aquestas cousas non ten remedio!
Adios, prá Habana domingo embarco;
i anque ora chores, non teñas medo,
que mal de amores n'é mal de morte,
i ó fin i ó cabo pasa co tempo.

[¡Quérome ire, quérome ire!]

¡Quérome ire, quérome ire!
Para donde non o sei.
Cégame os ollos a brétema
¿para donde eide coller?
N'acougo cunha inquietude
que non me deixa vivir;
quero e non sei o que quero,
que é todo igual para min.
Quérome ire, quérome ire,
din algúns que a morrer van;
¡ai!, queren fuxir da morte,
¡i a morte con eles vai!

[O meu olido máis puro]

O meu olido máis puro
dérache se eu fora rosa,
o meu marmurio máis brando
se é que do mar fora onda.
O bico máis amoroso
se fóse raio de aurora,
si Dios... máis ben sei que ti
non qués de min, nin a gloria.

[Médico, doille a cabeza...]

—Médico, doille a cabeza...
Zuruxán, doille unha man...
Mais se é que os esprito lle doi,
¿que menciña lle darás?
—Para infirmidás das almas
na terra cura non hai;
pídelle a Dios que cha leve;
quizás no ceu sandará.

[Anque me des viño do Ribeiro de Avia]

—Anque me des viño do Ribeiro de Avia,
tódolos almibres e tódalas viandas,
das que os reises comen e no mundo haxa,
ña madre querida, non sei que me falta.
Anque me traiades como un santo en palmas,
e que me poñades de tódalas galas,

e que me levedes á corte de España,
ña madre querida, non sei que me falta.
E anque me des ouro, e anque me des prata,
diamantes e alxofres, pelras e esmeraldas
e canto hai no mundo, non me dades nada,
por que, ña madriña, non sei que me falta.
Da esperanza hermosa cortáronme as alas,
e n'hai alegría si n'hai esperanza.

[Dende aquí vexo un camiño]

Dende aquí vexo un camiño
que non sei a donde vai;
polo mesmo que no sei,
quixera o poder andar.
Istreitiño sarpen tea
antre prados e nabals
i anda ó feito, aquí escondido,
relumbrando máis alá.
Mais sempre, sempre tentándome
co seu lindo crarear,
que eu penso, non sei por que,
nas vilas que correrá,
nos carballos que o sombrean,
nas fontes que o regarán.
Camiño, camiño branco,
non sei para donde vas,
mais cada vez que te vexo
quixera poderte andar.
Xa collas para Santiago,
xa collas para o Portal,
xa en San Andrés te deteñas,
xa chegues a San Cidrán,,
xa, en fin, te perdas... ¿quen sabe.
en donde?, ¡que máis me dá!

Que ojallá en ti me perdera
pra nunca máis me atopar...
Mais ti vas indo, vas indo,
sempre para donde vas,
i eu quedo encravada en onde
arraigo tén o meu mal.
Nin fuxo, non, que anque fuxa
dun lugar a outro lugar,
de min mesma, naide, naide,
naide me libertará.

No craustro

Dábanse bicos as pombas,
voaban as anduriñas,
xogaba o vento coas herbas
pobradas de margaridas,
i as lavandeiras cantaban
mentras a fonte corría.
Fóronse indo unha tras doutra,
i alí se quedou soíña,
ca triste frente incrinada
cabe unha arcada sombrisa...
Estonces, non sei que sombras,
quizais de memorias vivas,
quizais dos frades difuntos,
pasar en procesión mística
ven, naquelas soledades,
que amaba canto temía.
Tembrou de angustia e de pena,
e con amarga sorrisa,
mirando o xasmín sin follas
que iban a brotar axiña,
marmurou, mentras dos ollos
as bagullas lle caían:

«Todo volve, todo torna,
menos o ben que eu quería:
todo, todo aquí se queda;
eu soia voi de fuxida.
Non hei de vervos máis, frores,
adorno desas cornisas;
nin a oír os teus marmurios,
fonte que a gozar convidas;
nin a contemprarvos, pedras,
testigos da pena miña;
outros virán profanarvos,
mentras eu morro esquencida».
Sonaron pasos nas bóvedas,
soprou unha forte brisa,
oieuse unha carcaxada
cal si do inferno saíra:
era o trasno do convento,
que recordando outros días,
ríase das ansias negras
e da orfandá da meniña.

[¡Como lle doi a ialma!]

¡Como lle doi a ialma!
¡Pero canto lle doi!
De día nin de noite
non para ca delor.
¡Señor, vós a fixeche;
señor, curaina vós!
I o corazón ferido,
tamén ¡canto lle doi!
I eu ben sei que non pode
sandar do corazón.
¡Señor, daille descanso
na terra que a criou!,

Que o polvo torne ó polvo,
i o esprito ó ceu, bon Dios.

[Ó sol fun quentarme]

Ó sol fun quentarme;
domne escallofríos,
cal se o Norte bravo
me arrastrase arisco.
Sentín unha gaita
de alegre sonido,
i os cabelos todos
puñéronseme irtos;
e tembrei cal tembra
na beira do río
herba que a corrente
toca cos seus limos.
Miña alma dorida,
meu corpo inxeliño,
faivos mal a gaita,
dávos o sol frío.
Miña alma, meu corpo,
se non é feitizo,
é que a morte quorme
para o seu enxido.

[Sempre pola morte esperas]

Sempre pola morte esperas,
mais a morte nunca vén;
¡coitado!, ¿pensas que as penas
poden matar dunha vez?
Nunca, que son coma o hético:

tras de roer e roer,
só deixan un corpo cando
xa non tén que comer nel.
Cando a iaugua das penas
se reverte na copa sin medida,
soio, é remedio a morte
para curar da vida.

¿Que lle digo?

—Eu volvo para a terra;
á túa muller Antona, ¿que lle digo?
—Pois, para non meter guerra,
porque non veñan a petar conmigo,
olvidarás que foches meu testigo.
O demais... boi á liberdade adoito...
Xa sabes o refrán, meu compañeiro:
A libertá primeiro,
e mellor que alá broa, é aquí bizcoito.
—Máis val aquí, coma quen di, solteiro,
que casado e con fillos
andar alá, sudando aqueles millos...
¡Entendo, compañeiro!
—Que como poida se governe Antona,
e anque dela me doio,
como de lonxe nada sei nin oio
quen non sabe nin ve... sempre perdona.
Cando xa vello sea
tornarei cos meus ósos para a aldea,
que algo lle hei de levar á terra nosa;
mais mentras mozo son, non pode sere,
porque se é por mullere,
se é que Antona está alá, teño aquí a Rosa.
—Esa che é a nai do año,
bon Antón de Riaño,

pero en verdad che digo
que as mulleres son todas o enemigo,
e xa que esto así o sea,
antre a nosa i a allea
máis ou menos graciosa,
pois... muller por muller, val máis a nosa.
—A nosa é a que nos quer e nós queremos,
que si falta o cariño,
coidando que unha pomba tes no niño,
unha cróbega tes, filla dos demos.
—Á cróbega a cabeza se lle esmaga,
e coa súa vida paga.
Mais de Antona a pacencia,
¿con que lle paga, dime, a túa concencia?
¿Que cura do seu dor a fonda llaga?
—Déixate de concencias e delores,
que non teñen lugare
tratando de mulleres e de amores.
Que ela vexa, se quer, de se curare;
e cóntalle que cando eu o tivero,
xa lle darei con que se precurare.
I agora, ¡adios!, ¡hastra que Dios quixere!

[Teño un niño de tolos pensamentos]

Teño un niño de tolos pensamentos,
onde o lar escondidos,
e des que vén a noite
i o lume está alcendido
e arrimo o pote i a fiar me sento,
naquel meu corrunchiño,
mentras que quence o caldo, estonces dígolles:
«¡Vinde, meus queridiños!»
E corren e rebuldan
tan contentos de estar soios conmigo,

ca súa nai, súa dona,
seu único agarimo.
E ¡canto alí falamos en secreto,
e sempre del, Dios mío!
Del, que por irse alá... soia deixoume
co corazón ferido.
¡Cantas tristezas, cantos
queixumbrosos sospiros
me atormentaron, cantos
do meu peito saíron!
Pero todo en sacreto,
que esto a ninguén llo digo;
non foran a pensar que marmuraba
dos feitos que el me fixo.
¡Eu, marmurar de ti con xente allea!...
Nunca, meu queridiño,
que ti es meu home, eu túa muller, e debo
calar a miña dor e os teus desvíos.
Só cos meus loucos pensamentos falo,
por que son meus amigos
e tan discretos... tanto,
que só din o que eu quero e lles premito.
Sin eles, meu Xaquín, ¿que de min fora?
¿Soia aquí, donde un tempo houben contigo,
estalara de dor, tal como estalan
no lume eses espiños?
Moitas veces, si, moitas
pra non deixarme descansar, ¡rabisos!,
antre o meu leito veñen
e donde ti dormiche fan o niño;
mais eu, tal como agora,
pra non chorar a fío
e non ter que levar mañán de cedo
os ollos como brasas alcendidos
cando vaía o mercado,
seilles decir: «¡endinos!,
non me atormentés máis, ide a escondervos

no voso buratiño.»
E despídoos de paso
con un amante bico...
Mais, si llo dou a eles, ese beixo
é para ti tan só, Xaquín querido.
¡Volve, volve onda min, porque anque diga
que consolada vivo
con estos loucos pensamentos, seica,
seica me axudan a morrer, Dios mío!
Xaquín, Xaquín, que de muller naciche,
e que doutra muller tiveches fillos,
¡ai!, cal teu pai sin túa nai morrera,
ve que morro sin ti, Xaquín querido.

Basta unha morte

Cala, can negro, n'ouvees,
á porta de quen ben quero;
corvos, non voés por riba
do sobrado onde está enfermo;
co teu resprandor, *compaña*,
vaite, non lle poñas medo.
Se é que queres que alguén morra,
eu sei dun san que, contento,
por el déravo—la vida
e irá convosco ós infernos.

As torres de oeste

A iaugua corría
polo seu camiño,
i eu iba ó pé dela
preto dos Laíños,

sin poder cas penas
que moran conmigo.

—

Con tamaña carga,
¿para donde eu iba?
A Virxe sabraio,
que eu non o sabía;
mais seica fuxindo
de min mesma iña.

—

Por antre os herbales,
profunda e sombrisa,
cal unha serpente
de escamas bruñidas,
brilaba ós meus ollos
dándome cobiza.

—

¡Estaba tan soia!
Nin bote, nin lancha,
nin velas, nin remos,
a vista alegraban;
e soias as veigas
tamén se quedarán.

—

¡Que bonitas eran
noutro tempo as rosas,
que naqueles campos
medran e se esfollan!
Mais muchas estonces
se amostraban todas.

—

! o sol, cal a lúa
en noite de brétema,
brilaba tembrando
por antre as vimbieiras,
tan descolorido
como a mesma cera.

—
I ó ferir as ondas
revoltas e obscuras,
víanse no espeso
da negra fondura
as herbas marinas
e longas que a surcan.

—
De pronto unha i outra,
poñéndome medo,
as loitosas cruces
se me apareceron,
que se erguen na orela
cal nun cimiterio.

—
«Meu ben, ¿onde moras?
—perguntei chorando—.
Xa que ti morreche,
no mundo, ¿que fago,
como vós, ¡ouh torres!,
soia e sin amparo?

—
Soidás me consomen,
bágoas me alimentan,
sombras me acompañan,
cómemme a tristeza.
¡Quen pode con tanta
fartura de penas!»

—
I eu non sei que negra
tentazón maldita
me afrixeu o espírito,
me anubrou a vista,
e sorreume como
me o demo sorrira.

—
Dende a fonda orela

mirei arredore...
A marea viva
petaba nas torres,
orfas antre a líquida
sabán que as envolve.

—

«¡Alá vou! —lles dixen—.
Daime morte doce,
auguas onde as penas
para sempre dormen...»
Saltei... i a corrente
calada levoume.

.....

.....

.....

¡Ouh Torres de Oeste!
Malas tentadoras
auguas apromadas,
de calma treidora;
cómaros pelados
onde o corvo pousa.

—

¡Ouh Torres de Oeste!
Tan soias e mudas,
ca vosa atentaches
a miña tristura.
Ningún triste vaia
cabo de vós nunca.

—

Dos desamparados
tendes o homenaxen,
i aínda ó redor voso
non rexorde o aire
coma si temese
de vos despertare.

—

É das que se apegan

a tristeza vosa,
das que o peito oprimen,
das abrumadoras,
que ó inferno encamiñan
as almas loitosas.

—

Que se inda estou viva,
foi que un mariñeiro,
medio morimunda,
por estes cabelos
tróuxome das ondas,
ó mundo en que peno.

—

Non vaiades nunca,
eu volo aconsello,
ás Torres de Oeste
co corazón negro.

¿Por que?

—¡Escoita! Os algoasiles

andan correndo a aldea;

mais, ¿como pagar, como, se un non pode
inda paga—la renda?

—

Embargarannos todo, que non teñen
esas xentes concencia, nin ten alma.
¡Quedaremos por portas,

meus fillos das entrañas!

—

¡Mala morte vos mate

antes de que aquí entredes!...

Dos probes, ó sentirvos,

os corazós, ¡cal baten tristemente!

—

—María, se non fora

porque hai un Dios que premia e que castiga,
eu matara eses homes

como mata un raposo a unha galiña.

—

—¡Silencio! ¡Non brasfemes

que este é un valle de lágrimas!...

¿Mais por que a algúns lles toca sufrir tanto
i outros a vida antre contentos pasan?

[De soidás morríase]

De soidás morríase,
na vila sospirando pola aldea;
asombrábana as casas cos seus muros,
e asombrábana as torres e as igrexas.

—

As rúas enlousadas, somellábanlle,
sin verdor nin frescura,
cimiterio onde os mortos
fóra andaban das tristes sepulturas.

—

I as comidas sabíanlle

a fariña sin sal i a xaramagos,
i as poucas que tocaba,
en vez de darlle alento a iñan matando.

—

Algunha vez chegaban hastra ela,
non sei se en ilusión se de verdade,
uns agrestes olidos
de leixanas ribeiras e pinares.

—

Íñase estonces a sentar nun alto,
contempraba os estensos horizontes,
e rompendo en sospiros que a afogaban,
ronca excramaba saloucando: «¡Eu voume!»

—

¡E íñase apresa e sen remedio!... ¡Íñase
ca tristeza mortal que a consumía!
Íñase a probe Rosa,
pero... ¡para a outra vida!

[Pois consólate, Rosa]

Pois consólate, Rosa,
que moito ten que padecer na vida
quen moito dela goza,
e olvidada ha de ser quen foi querida.
O que a ti che pasou, pásalle a todos,
desa maneira ou de distintos modos.
¿Non te acordas daquela?
Todo nela era encanto e fermosura,
todo inocencia pura;
e con fonda ternura
e cun amor que as pedras abrandaba,
eu decote a chamaba
pomba sin fel e fonte de cariño.
Bebía no seu peito o paxariño,

¡tan branco relumbraba!
I olor, color, sabor, que eu ben sabía
ó que sabía Anxela,
anque n'inda a cheirala me astrevía...
¡Todo ós meus ollos era santo nela!
Esto nun tempo foi, tempo dichoso,
que inda o corazón lembra cariñoso,
por que despois daquelo
e que un doutro vivimos apartados,
ela índose a Ferrol i en a Cambados,
topámonos na feira do Campelo,
i eu busca que te busca na súa cara,
e no seu xeito todo,
o encanto que nun tempo me encantara,
e n'o poiden topar de ningún modo.
I ela era a mesma, tan lanzal e hermosa,
tan fresca e colorosa
e doce coma a mel dos seus cortizos,
mais a tantos feitizos
eu estaba insensibre,
e do pasado en vano perseguía
un volubre fantasma que fuxía
libre de amor e de cadeas libre.
Medittei un momento
e con certo remorso e sentimento
ó cabo comprendín, ña Rosa cara,
que tanto ben i encanto que namora,
nada para min fora
se aló, cando eu a amara,
outros o meu amor non lle emprestara.
Porque non val sabencia,
bondade, fermosura, n'inocencia,
pureza, nin virtude
para ser ben querido e ben querere,
porque o basta co sere.
Mentras o amor non mude,
se es fea, como ti n'habrá mullere

de maior xentileza e mellor pranta;
se es infame e perdida, serás santa
das que o son sin querelo parecere;
e se es boba e sin sal, é que escondida
tes a esencia i a gracia bendecida,
dentro dun misterioso relicario
donde só o amante cego e visionario
a esencia atopa i o elisir da vida.
Mais des que o amor quere voar, ña prenda,
e que lle cai a venda,
forza é deixalo ire,
que n'hai virtude nin poder que o prenda,
i o que antes nos mirou tras dunha nube,
ou trasparente gasa,
des que a gasa se rompe e a nube pasa,
Rosa, val moito máis que non nos mire.

Ca pena ó lombo

¡Cantas frores silvestres nos valados,
que festós e que encaixes
primorosos de musgos e verdura;
que colorido, que follax nos árbores,
mentras as brisas mansamente corren,
como alento dos ánxeles!
Reina na veiga un prácido sosego,
cai a luz nos regueiros en cambiantes,
i o cómaro e encañada soavemente
van querbando o paisaxen,
lixeramente envolto nos vapores
da misteriosa tarde.
Só se sinte o piar do paxariño,
o marmurar das auguas,
e na cima do monte o cantar triste
dunha muller que pasa,

mentras co seu marmurio o manso rego
naquel ritmo monótono a acompaña.
¡Que tristeza tan doce!
¡Que soidá tan prácida!
Mais para un alma en horfandá sumida,
¡que soidá tan deserta e tan amarga!

—
Sin mirar, fixa os ollos

nas brétemas leixanas,

vaporosas e leves

que o sol pinta de grana,

i as mans en cruz, i os ollos

arrasados en bágoas,

marmura saloucando: «¡Quérome ire
porque agonizo aquí desconsolada!...
Millor que acá antre rosas

¡ai!, ¡quero ir a morrer a donde el vaia!»
E no fondo do barco,

soíña, abandonada,

tras seu amor i a morte, para América,
para morrer de dor, ó mar se lanza.

Tan soio

Os dous da terra lonxe
andamos e sufrimos, ¡ai de min!

Mais ti tan soio te recordas dela,
i eu, dela e máis de ti.
Ambos errantes polo mundo andamos
i as nosas forzas acabando van,
mas, ¡ai!, ti nela atoparás descanso
i eu tan soio, na morte o hei de atopar.

**¡Gracias por leer este libro de
www.elejandria.com!**

**Descubre nuestra colección de obras de dominio
público en castellano en nuestra web**